A LA ORILLA DEL MAR

A LA ORILLA DEL MAR

COMEDIA

en tres actos y un epílogo, en prosa

POR

JOSÉ ECHEGARAY y Eizaguirre

1832-1916

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 12 de Diciembre de 1893

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
VALENTINA, 23 ó 24 años....	SRTA.	MARÍA GUERRERO.
OROSIA, viuda joven y guapa, 30 íd......................	SRA.	ALVERÁ.
LUCÍA, su hermana, 18 íd....		RUIZ.
LEONCIO, 28 ó 30 íd	SR.	THUILLIER.
DON SALUSTIO, de 65 á 70 íd.		CEPILLO.
DON BAUDILIO, 40 íd.......		BALAGUER.
FELIPE, 30 íd...............		GARCÍA ORTEGA.
DON TRIFÓN, 50 íd.........		CIRERA.
DON CRESCENCIO, 55 ídem.		GARCÍA.

Criadas y ama de llaves

ÉPOCA CONTEMPORÁNEA



ACTO PRIMERO

La escena representa el pequeño jardín de un hotel, situado á la orilla del mar. En el fondo, una verja de hierro con su puerta. Detrás, el pretil de un muelle y horizonte de mar y cielo. A la derecha, la fachada del hotel, modesta, pero de buen gusto, con la puerta de entrada, su pequeña escalinata que conduce á ella, su toldo, y si se quiere, dos faroles. A la izquierda (del espectador), sigue la verja, con flores y enredaderas. En el jardín, bancos rústicos, mecedoras, sillas, mesitas de té, flores, etc. A la derecha, en segundo término, es decir, entre la verja y la escalinata, un grupo de árboles y flores. Es el hotel elegante, pero modesto, de un burgués acomodado, pero no de un aristócrata ni de un banquero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON SALUSTIO y FELIPE

FEL. (Deteniéndose delante de don Salustio.) ¿Qué lee usted, don Salustio?

D. SAL. Cosas que ya no se leen.

FEL. ¿Y qué son ellas?

D. SAL. Oiga usted, y medite. (Leyendo.) «Mas, ¡oh, señor, Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que creemos más lo que vemos que lo que ella nos dice. Y, á la verdad, no

vemos sino harta mala ventura en los que se van tras esas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas empozoñosas que tratamos; que, como si á uno le muerde una víbora, se empozoña todo y se hincha, así es acá.» ¿Qué le parece? (Dejando de leer.)

FEL. Muy hermoso. ¿Una de las *moradas* de Santa Teresa? ¿No es verdad?

D. SAL. Justamente. «*Moradas segundas*: de lo mucho que importa la perseverancia para llegar á las *postreras moradas,* y la gran guerra que da el demonio, y cuanto conviene no errar el camino en el principio para acertar.»

FEL. Eso conviene: no errar el camino en el principio.

D. SAL. Pues me parece que todos los que vemos y todos los que nos vemos, erraron y erramos el camino en el principio.

FEL. No todos. Usted, sin que esto sea lisonja, por buen camino marchó siempre. ¡El hombre honrado, el magistrado integérrimo!

D. SAL. El jubilado por edad, tan inútil como viejo y tan pesado como gruñón. Ya lo pensará usted si no lo dice.

FEL. ¡Por Dios, don Salustio, ni lo digo ni lo pienso!

D. SAL. Porque usted es de lo poco que hay. Casi joven por la edad, casi viejo por la madurez. Leal y caballero como lo eran antes... los que lo eran. Cultivando su entendimiento con buenos estudios y sin caer en la tentación de vanidades ni ambiciones por las *cosas visibles, mordedura de víbora emponzoñosa*, como dice Santa Teresa. Ya ve usted cómo le trato. (Riendo.) O justicia por justicia, ó lisonja por lisonja.

FEL. (Riendo también.) Yo soy menos modesto que usted. Todo lo que dice usted de mí es la pura verdad. Casi joven, casi viejo. Leal, lo soy; de caballero, me precio; ¡pues no faltaba más! Que estudio lo que puedo, ¡claro está! Y que no soy vanidoso, ¿pues en qué diablos iba á fundar mis vanidades? Nada,

don Salustio, es justicia, no es lisonja todo eso que ha dicho usted de mí.

D. SAL. Por justicia lo tuve yo al decirlo.

FEL. Pues á fe que me alegra el que le merezca á usted tan buena opinión. Y hoy, más que nunca, porque así le tendré á usted predispuesto á mi favor.

D. SAL. ¿Va usted á pedirme algo?

FEL. Puede ser. (Con cierto misterio.)

D. SAL. Pues á ello, que es usted una de las pocas personas á quienes yo aprecio de veras. Y cuenta conque yo soy un tanto dificultoso en esto de conceder mi aprecio. Mucha gente hay á quienes escribo: «mi apreciable amigo», y estoy pensando: «ni eres apreciable ni yo soy tu amigo.» Qué quiere usted, Felipe, yo no encajo en esta sociedad moderna; los moldes de mi ser son á la antigua. Bueno será el *triángulo* y bueno el *cuadrado*, pero no encajan ni se acoplan. Así soy yo y así es ella.

FEL. Pues algo bueno hay en la moderna sociedad.

D. SAL. No lo niego; pero no entro en ella. Conque á ver eso que va usted á pedirme.

FEL. ¿Y cómo lo digo, don Salustio?

D. SAL. Como un hombre honrado dice cosas honradas; á boca llena. Bocas de corazoncito, labios apretados, medias palabras, son para pedir miserias ó indignidades. Conque en voz alta y mirándome de frente:

FEL. (Plantándose ante don Salustio.) Don Salustio, estoy enamorado. Honradamente enamorado, pero locamente enamorado.

D. SAL. ¿Usted?

FEL. Don Salustio, enamorarse, ni es un delito, ni es una maldad de estos tiempos; que en los que usted tanto admira, también se enamoraba la gente. El amor es un molde eterno, y entre sus moldes de usted, por viejo que sea, debe estar.

D. SAL. Arrinconado, muy arrinconado, como trasto viejo en un desván, lo guardo en lo más

hondo del corazón, por si en la otra vida me sirve; que *moldes de amor*, en la vida del *amor eterno*, de algo deben servir.

FEL. De modo, ¿que no hice mal enamorándome?

D. SAL. Según y conforme. Es decir, según sea ella.

FEL. Es un ángel.

D. SAL. ¡Un ángel!... ¡Un ángel!... Preferiría que fuese una mujer honrada.

FEL. Lo es.

D. SAL. No lo dudo; pero como no la conozco...

FEL. No sea usted hipócrita ni diplomático, que eso sí que no encaja en sus moldes de usted. Usted sabe quién es ella, y sabe usted que es tan buena como hermosa. Vamos, que lo sabe usted todo. Usted, como buen magistrado, es observador y perspicaz.

D. SAL. ¿Se trata de Valentina?

FEL. De Valentina. ¿No es muy buena y muy hermosa? ¿No es un compendio de todas las perfecciones? Para mí, ¿no lo es todo? Usted la recogió al quedar huérfana, y ha sido usted su tutor, su maestro, su padre. Ha educado usted aquella inteligencia, ha formado usted aquel corazón, ha santificado usted aquella alma. Pues si además de ser Valentina lo que es por naturaleza, fué dirigida desde chiquituela por don Salustio, ¿cómo no ha de ser una perfección humana con resplandores de perfección divina?

D. SAL. (Después de escucharle sonriente.) Vamos, vamos, querido Felipe, no pierda usted su aplomo, ni se me pierda usted en el laberinto de las pasiones desordenadas y neuróticas, como ahora se dice.

FEL. ¿Pero usted niega que Valentina...? (Con calor.)

D. SAL. Yo no niego nada. Valentina es buena, es religiosa; ha cumplido y cumplirá siempre sus deberes como una mujer cristiana debe cumplirlos. Si llega usted á casarse con Valentina, no va usted mal; y ella, si no es la *perfecta casada*, porque de perfecciones no hay que hablar tratándose de criaturas humanas, será una buena esposa.

FEL. Pues entonces, ¿qué tachas pone usted á Valentina?

D. SAL. ¡Tachas! ¿Quién soy yo para poner tachas á nadie? Pero digo que Valentina lleva en su cabecita mona *un enemigo* muy peligroso: *su imaginación*. Y *otro*... que puede ser amigo ó enemigo, según los casos: su *carácter enérgico*. Y *otro*... de mucho cuidado: su extraordinaria *sensibilidad*. Y *otro*...

FEL. ¡Don Salustio, por Dios! ¡Dijo usted que no ponía tachas y no acaba usted!

D. SAL. No son tachas: son *cualidades*, *facultades;* como usted quiera llamarlas. Bien encauzadas, podrían hacer de Valentina una santa chiquitita, al menos como pueden ser las santas entre locomotoras y alambres eléctricos, que no me parece á mí que son campos muy abonados para la santidad. Pero en cambio, si la imaginación y el corazón y la sensibilidad de esa criatura *errasen el camino desde el principio*, como dice Santa Teresa, entonces ¡en qué abismos tan negros se precipitaría empeñada y terca en que eran focos de luz divina!

FEL. Pero aprendido tiene el buen camino, que usted le sirvió de guía desde el principio.

D. SAL. Hice lo que pude Y bien va, á no ser que se salga del camino y tome por algún atajo.

FEL. Para atajarla está usted.

D. SAL. Falta que pueda. Pero, mire usted, Felipe, yo me alegraría mucho que Valentina se casase con usted. Le juro á usted que moriría tranquilo.

FEL. ¡Don Salustio!... ¡Don Salustio!... ¡Deme usted la mano! ¡Deme usted los brazos!

D. SAL. ¿Por qué no? (Se abrazan cariñosamente.)

FEL. ¡Cuánto me quiere usted!

D. SAL. Yo, mucho. ¿Y ella?

FEL. No sé. Me demuestra afecto, cariño fraternal, confianza... Pero, la verdad sea dicha, nunca me he atrevido á poner *los puntos* sobre las *ies*. (Riendo.)

D. SAL. Mal hecho, mal hecho: hay que escribir con

buena ortografía, si no la escritura no se entiende.

Fel. Es que ante Valentina me siento cobarde.

D. Sal. Cuando se trata de cosas honradas, uno de los caminos más cortos para ir al infierno, es la *cobardía*. Se queda uno ante el *diablo* ó ante cualquiera de sus dignos representantes, sin atreverse á contradecirle, y le da uno gusto al diablo por no darle un disgusto, que es tontería de á folio.

Fel. Pues hoy mismo dejo de ser cobarde.

D. Sal. Perfectamente.

Fel. ¿Dónde está Valentina? ¿Se fué con doña Orosia, la encantadora viudita y con su preciosa hermana, la atolondrada Lucía?

D. Sal. No, señor. Se fué á misa con el ama de llaves, que es persona de respeto y de confianza.

Fel. ¡Ya!

D. Sal. Con esas señoras va lo menos posible. No, no es que yo tenga que decir nada malo de ellas. Pero ellas viven á la moderna, y yo por mis años y por mis gustos vivo á la antigua. Son de la familia de mi difunta, que en paz descanse, y hay que atenderlas y que obsequiarlas. Y cuando yo no las obsequio, las obsequia Valentina. Y cuando no las obsequiamos ninguno de los dos, *se obsequian ellas*.

Fel. (Riendo.) Eso me ha parecido observar.

D. Sal. Hoy precisamente se convidaron á almorzar en compañía nuestra. Todo sea por amor de Dios. Y ya tardan.

Fel. Me parece que ahí están. (Mirando hacia fuera.)

D. Sal. (Asomándose á la verja.) Sí; me dieron en los ojos cambiantes caprichosos y chillones de la moda, y resplandores insolentes del lujo: ellas son. ¡Ay, Dios mío, que las costumbres en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo!

ESCENA II

DON SALUSTIO y FELIPE, OROSIA y LUCÍA, elegantísimas y á la moda, risueñas, impetuosas

OROSIA Felices días, señor don Salustio. No nos esperaba usted tan temprano, ¿verdad?

LUCÍA No nos esperaba, no; pero aquí estamos.

D. SAL. Pues no acertaron ustedes, y perdonen que se lo diga. Les esperaba: no precisamente como se espera al *Santo Advenimiento*; pero al menos, como se espera á señoras á quienes se considera y respeta.

OROSIA Siempre tan cortés.

D. SAL. Es lo menos que se puede haber aprendido á cierta edad: ser cortés con las damas

LUCÍA (A Felipe.) Usted, como es más joven, no aprendió todavía esas lecciones.

FEL. ¡Lucía!. .

LUCÍA Lo digo, porque no hace usted caso de nosotras.

FEL. Esperaba que acabasen ustedes con don Salustio.

LUCÍA Usted no hace caso más que de Valentina. (En voz baja.)

OROSIA Y Valentina, ¿se levantó ya?

D. SAL. ¡Ave María Purísima! ¡Levantarse y son las once! En mi casa todo el mundo se levanta al amanecer. A las luces de Dios no se les hace esperar: en cuanto llegan, se abren de par en par ventanas y balcones para que entren á favorecernos.

LUCÍA No, pues por mí ya harían antesala.

OROSIA No crea usted, también madrugamos. El médico me ha mandado que tome el baño muy temprano, para entonarme con el agua del mar. ¡Y qué fría está! (Estremeciéndose.)

LUCÍA Y yo también necesito entonarme.

D. SAL. Todos necesitamos entonarnos, señorita.

LUCÍA ¿Usted también? (A Felipe.)

FEL. No sé; no he consultado con el médico.

OROSIA ¿Conque Valentina anda por ahí? ¿Se la puede ver?

D. SAL. No anda; probablemente ahora estará de rodillas.

LUCÍA ¡De rodillas! (Riendo.) ¿La tiene usted castigada?

OROSIA ¿Pero por qué la tiene usted de rodillas? (Riendo mucho.)

D. SAL. La tienen de rodillas sus pecados. Se fué á misa.

OROSIA Es verdad: ¡si hoy es día de misa! ¡Se nos había olvidado! (A su hermana.)

LUCÍA Ya te decía yo que nos faltaba algo. (Con ligereza, como si se tratase de otra casa.)

D. SAL. *Algo* les faltaba á ustedes, en efecto. Pero, en fin, mañana oyen ustedes dos.

OROSIA Si tenemos tiempo, ya lo creo que las oiremos. ¡Pero si esto no es vida, don Salustio!

D. SAL. No es vida, no señora. Esto es sueño, es delirio, es ruindad, es miseria.

LUCÍA ¡Ay, qué mísero está usted, don Salustio! ¿Y usted qué opina, Felipe?

FEL. Yo creo que la vida no es tan mala, sobre todo si la esperanza la ilumina.

LUCÍA ¡No tiene usted malas iluminaciones!

OROSIA No, pues yo no me aburro, ni tengo tiempo para aburrirme. El baño, el desayuno, el paseo, el almuerzo, otra vez el paseo, las tiendas, las visitas, el otro baño, el otro paseo, la comida, el teatro, el concierto, el casino, la cena, ¿qué más quiere usted don Salustio?

D. SAL. Yo no quiero más, señora; ni siquiera tanto.

LUCÍA ¿Y usted, Felipe?

FEL. A mí me basta con un baño y un paseo.

OROSIA ¿Pero en qué ocupa usted el día? ¿Se aburrirá usted?

LUCÍA Sí, sí; se aburre. Cuando llegamos tenía cara de aburrido.

FEL. No, ciertamente; que estaba en compañía de don Salustio. Y después llegaron ustedes, y con ustedes el aburrimiento es imposible. (Entre cortés é irónico.)

OROSIA Es usted muy amable.

D. SAL. En la sociedad moderna, *todos somos amables*: es cosa sabida.

OROSIA Pues eso vamos ganando, si en la *sociedad antigua* no lo eran todos.

LUCÍA ¡Ah! ¿Saben ustedes? Nos ha caído *otra ocupación*.

D. SAL. ¿Pero habrá hueco para esa ocupación?

LUCÍA Será preciso hacérselo. Ha entrado en el puerto un *Yacht* de recreo, que dicen que es una maravilla, y hay que visitarlo.

FEL. Será de algún inglés.

OROSIA No sé. Pero es elegantísimo; al menos por fuera.

D. SAL. Hay muchas embarcaciones empavesadas y elegantes por fuera, que por dentro... no lo son tanto.

LUCÍA Pues el *Yacht* lo es por dentro y por fuera.

OROSIA Irá con nosotros Valentina á verlo. Y usted también.

D. SAL. No sé si podré.

LUCÍA No hay excusa. Iremos todos: usted también, Felipe.

FEL. Me tienen ustedes á sus órdenes.

OROSIA Pero hay que escoger un buen día. Cielo despejado y mar tranquilo, porque á mí me dan mucho miedo las olas.

D. SAL. ¡Hola, hola!

LUCÍA Y á mí también. Cuando vienen tan blandas, tan blandas, y me cogen todo el cuerpo, ¡ay qué miedo!... ¡Pero es agradable al fin!

OROSIA Llevaremos con nosotros á don Trifón, que entiende mucho de cosas de la atmósfera, y de las nubes, y de los vientos.

FEL. Es un gran meteorologista, como si dijéramos.

LUCÍA Eso; *los meteoros*. Y él nos dirá si vamos seguras. Y también á don Crescencio, que es un gran chismógrafo.

D. SAL. ¡Chismógrafo! ¿Y qué tiene que ver eso con que el mar esté tranquilo ó revuelto?

LUCÍA Pues yo lo he oído decir. Una persona que entiende mucho de *terremotos*, ¿no se llama

chismógrafo, ó chismólogo, ó chismologista? A mí me suena.

D. SAL. (¿A qué no te sonará á tí la cabeza?) (Aparte.)

FEL. Una cosa así es: *seismologista*, quiere usted decir; porque en griego *seismos* significa terremoto.

LUCÍA Eso es. *Chismes* ó *scismos* ¿qué más da? Un hombre que cuenta chismes del interior de la tierra: si se oyen ruidos, si se mueve, si palpita, pues de eso sabe mucho don Crescencio.

D. SAL. ¡Ya! Por eso don Trifón va siempre con la cabeza levantada, mirando á las nubes, y don Crescencio con la cabeza baja como buscando un rastro. *Ahora lo comprendo todo.*

OROSIA Yendo los dos no hay cuidado.

D. SAL. Claro está. Ya no puede suceder nada ni en el *cielo* ni en la tierra sin que ustedes se enteren. Donde podría suceder algo de que ustedes no se enterasen, es en el *infierno.*

OROSIA Para eso le llevamos á usted. Para que nos entere de lo que pasa en esas regiones.

D. SAL. Ya se enterarán ustedes cuando vayan.

OROSIA Pues nosotras, ¿qué hacemos *de malo* para ir allá?

D. SAL. Y qué hacen ustedes *de bueno* para no ir?

FEL. Don Salustio es muy severo. (A Orosia y á Lucía.)

OROSIA Ya lo vemos. ¿Y qué diría si supiese que anoche jugamos en el Casino á los caballitos?

LUCÍA No tendría nada que decir, porque ganamos.

D. SAL. No diría nada; porque mi generación fué siempre respetuosa con las damas.

OROSIA Don Salustio, nos ha sofocado usted y quisiéramos quitarnos los sombreros. Como no está Valentina, á usted acudimos.

LUCÍA Es verdad. Quitarnos los sombreros y arreglarnos las cabezas

D. SAL. ¿Arreglar las cabezas?... ¡Vamos allá! (Con precipitación cómica.)

OROSIA Pero se va usted á molestar...

D. SAL. No es molestia, es obra de caridad. Conque yo les llevaré al gabinete de Valentina.

OROSIA Pues vamos. Hasta ahora, Felipe.
LUCÍA ¿Almorzará usted con nosotros, Felipe?
D. SAL. Sí, señora. Todos almorzaremos juntos. Y también don Trifón y don Crescencio si llegan á tiempo. A ver si entre todos arreglamos el cielo y el mar y las cabezas descompuestas. Pasen... pasen... (Llevándolas á la escalinata de subida.)
LUCÍA Adiós, Felipe...
FEL. Adiós...
D. SAL. Vamos, doña Orosia... pase usted, Lucía...

ESCENA III

FELIPE; después VALENTINA, con traje negro y manto ó mantilla: viene de la iglesia y trae un libro de misa en la mano. Le acompaña una DONCELLA ó AMA DE LLAVES

FEL. De mal humor tenemos para todo el día á don Salustio. No es suave de carácter; pero es muy bueno. Y para mí... para mí ha sido un ángel. ¡Ay, mi Valentina! Por don Salustio no hay dificultad. Pero, ¿y por tí? ¡Dios mío, qué miedo me da declararme! Ella viene. Valor.
VAL. Hola, Felipe. Buenos días. (A la criada, quitándose la mantilla y dándole el libro y la mantilla.) Lleve usted esto á mi cuarto. (Sale la criada.)
FEL. ¿Viene usted de la iglesia?
VAL. Sí; de allá vengo.
FEL. ¿Y ha rezado usted por mí?
VAL. Por todas las personas á quienes quiero bien: y usted es una de ellas.
FEL. ¿El *primero*?
VAL. (Riendo.) No les he dado *numeración* todavía. Pero no es usted de los últimos.
FEL. ¡Valentina!...
VAL. ¡Qué calor hace!... ¿Decía usted?...
FEL. Nada dije; pero tengo que decir mucho.
VAL. ¿Ocurre algo?
FEL. A los demás, no sé. A mí, sí: me ocurre mucho.

VAL. ¿Qué le pasa á usted? (Con mucho interés.) ¿Algún disgusto? Ya sabe usted que de veras lo sentiría. Es usted una de las personas á quienes más aprecio. Después de don Salustio, que ha sido para mí como un padre... ¿por qué no decirlo? es usted, para mí, *el primero.* (Dándole la mano.)

FEL. Gracias, Valentina.

VAL. Pues cuénteme usted. Me tiene usted impaciente.

FEL. He hablado con don Salustio, de modo que estoy autorizado por él. Este paso que doy es el de un hombre honrado y leal.

VAL. No comprendo.

FEL. Usted es leal y franca: no finja usted. Usted me comprende, Valentina. (Con expresión y ansiedad.)

VAL. Ya... ¿Y si me equivoco? ¿Y si le doy á usted un disgusto sin necesidad? ¿Y si me pongo en ridículo?

FEL. ¡Valentina!... Antes de conocer mi súplica, ¿ya la niega usted?

VAL. Estamos hablando de una manera... que no nos entendemos.

FEL. Tiene usted razón. Valentina, acabo de decirle á don Salustio, que la quiero á usted con toda mi alma. Que mi dicha suprema sería que fuese usted mi esposa. ¡Mi dicha y mi orgullo! Ya sé que no lo merezco, pero siempre se pide más de lo que se merece.

VAL. ¡Felipe!...

FEL. Respóndame usted con franqueza.

VAL. Me sorprende tanto lo que usted me dice...

FEL. La verdad.

VAL. Tendré que repetir lo que antes dije. Es usted mi mejor amigo: es usted, para mí, como un hermano: si necesitara acudir á alguien, á usted acudiría: por su felicidad de usted, estoy dispuesta á grandes sacrificios, y sus penas me duelen como propias... Pero, Felipe, yo no... yo no he pensado en casarme. (Animándose por grados.) El matrimonio, me lo ha dicho muchas veces don Salustio, es un

sacramento sublime y peligroso. Es dar más que la vida: es dar el alma. Todo el presente, todo el porvenir, quizá la vida sin fin de otra vida. Y yo no puedo ligarme con promesas, ni puedo alentar á usted con esperanzas que ni podría cumplir, ni podría realizar. ¿Le ofende á usted mi franqueza?

FEL. ¿Ofenderme? No, Valentina; pero me causa profunda tristeza. ¿Ni la esperanza me deja usted? ¿Y si á fuerza de cariño y de constancia consiguiese yo que usted me quisiera?

VAL. Si es que le quiero á usted mucho.

FEL. Entonces...

VAL. ¡Pero casarnos, Felipe! Jamás me había ocurrido esta idea. ¿Unirme á un hombre para siempre? ¡Oh! ya no soy una niña, y debo pensar con seriedad en cosas serias. Don Salustio lo dice: una boda no es cosa de juego. Ni es tampoco unir dos cuerpos con una cadena, como se unen dos presidiarios encadenando los grilletes. Es de dos llamas hacer una sola hoguera, de modo que sean siempre la misma luz, y el mismo calor, y, al fin, la misma ceniza. Es fundir dos espíritus en uno solo; y yo siento mi espíritu *mío* y desligado de los demás.

FEL. ¡Qué crueles son sus palabras de usted, Valentina! Bien sé yo que no la merezco, que soy para usted muy poco, nada. Pero mi amor es muy grande, y un amor muy grande consigue mucho. Usted es muy religiosa, Valentina, y sabe bien que, con ser nosotros tan pequeños y ruines, y con ser Dios tan grande, por el amor le hacemos nuestro; pues así aspiro yo á que usted sea mía.

VAL. Si no consiste en ser grande ni pequeño, ni consiste en merecer tampoco. Fuera usted el último de los hombres y yo la mas perfecta de las mujeres, pues como sintiera impulso de amor por usted, le querría con amor. Pero, por Dios, Felipe, dejemos aquí esta conversación, que á usted le molesta y á mí me obliga, por convencerle, á decir

cosas que no está bien que diga. Quedamos buenos amigos, y usted no me guarda rencor, ¿verdad?

FEL. Rencor, nunca. ¿Por qué? La culpa es mía, que no he sabido ganar ese corazón. Pero no desisto, sépalo usted. La constancia puede mucho.

VAL. Por Dios, Felipe, no diga usted eso. Yo probablemente no me enamoraré nunca ni me casaré nunca. Y usted va perdiendo con su tenacidad; porque temerosa yo de alentar en usted esperanzas, que son imposibles, no seré con usted tan expansiva ni tan cariñosa como quisiera. Convénzase usted, yo soy una mujer muy seca de corazón, muy fría.

FEL. Eso, no. Usted es un alma apasionada. Yo sí, que soy un hombre prosaico, un honradote vulgar, que no ha sabido herir su imaginación de usted, que es toda fuego.

VAL. (Procurando echarlo á broma.) ¡Lo acertó usted! Si yo soy la mujer menos romántica que vió la luz del astro esplendoroso. (Riendo.) ¿A qué aspiro? A despachar mis quehaceres domésticos, á cumplir mis deberes religiosos, á vivir muchos años con don Salustio, y por todo entretenimiento, á oirle leer, por las noches, libros muy hermosos que hablan del amor divino. Los oigo adormilada sin comprenderlos bien; pero me llenan el primer sueño de notas alegres ó tristes, siempre muy dulces, y cuando se me cierran los ojos del todo, se me cierran llenos de lágrimas. Yo no leo nada, ni pienso en nada, ni sé nada. Soy una criatura insustancial, que se morirá de vieja sin haber sido joven. Tenga usted paciencia, unos pocos años, y me verá usted con papalina blanca, anteojos azules, un gato en la falda y haciendo calceta, y atrévase usted á pedir entonces la mano de sarmiento de la arrugada Valentina.

FEL. No quiero molestar á usted más. Dejemos esta conversación.

VAL. ¿Pero queda usted enojado? Mire usted, que por nada de este mundo quiero perder su amistad

FEL. No la perderá usted.

VAL. Pues deme usted la mano.

FEL. ¿Puedo ser más feliz? (Con triste ironía.) A pedir su mano vine y usted me pide la mía. (Dándole la mano)

VAL. No sea usted rencoroso.

FEL. Silencio, que ahí vienen.

VAL. ¿Quiénes?

FEL. Orosia y Lucía.

VAL. ¡Ay, qué jaqueca!

FEL. Ya se la dieron á don Salustio. Hoy almuerzan con ustedes.

VAL. Y usted también, ¿verdad?

FEL. También yo, si usted lo desea.

VAL. Lo deseo y lo ruego.

ESCENA IV

VALENTINA y FELIPE; OROSIA, LUCÍA y DON SALUSTIO por la escalera de la derecha

VAL. ¡Queridas!... (Saliéndoles al encuentro.)

OROSIA ¡Ya estás de vuelta, picarona! (Besándola.)

LUCÍA Has de saber, que no te echábamos de menos. Don Salustio y Felipe han estado muy amables con nosotras.

D. SAL. Yo, sobre todo.

FEL No me quite usted la primacía.

D SAL. ¿Vamos adentro?

LUCIA No, no: aquí, hasta la hora de almorzar: el aire libre despierta el apetito.

D. SAL. Como ustedes quieran. (Se van sentando.)

OROSIA ¿Sabes? (A Valentina.) Preparamos una expedición al *Yacht*.

VAL. ¿A qué *Yacht*?

LUCÍA Al que entró anoche, ¿no has reparado en él? ¡Es hermosísimo! ¿Querrás venir?

VAL. Ya lo creo. Si el mar es mi encanto. Siempre el mismo y siempre distinto. ¡Cuántas

olas se habrán formado durante siglos y siglos! ¡Y cuántas espumas deshechas! ¡Y nunca acaban las olas ni acaban nunca las espumas!

OROSIA Pues hija, á mí todas me parecen iguales. Grandes ó pequeños, azules ó verdes, ¿qué más da? Más variedad de telas y de colores hay en una tienda, que en todos los mares del mundo. ¡Las telas, las telas sí, que cuando el tendero las extiende, forman ondas bonitas! ¿Verdad, Felipe?

FEL. Eso va en gustos.

LUCÍA ¡Ay! pues á mí para bañarme me gusta mucho el mar. ¡Está tan manso, cuando no está alborotado!

D. SAL. (Aparte.) (¿Habló usted á Valentina?) (A Felipe.)

FEL (Sí, señor.)

D SAL. (¿Y cómo se presenta?)

FEL. (Muy mal.)

D SAL. (¡Demonio de chica!)

VAL. (Que ha estado hablando con Orosia y Lucía.) ¿De modo que da su permiso don Salustio?

OROSIA Sí, hija: y en cuanto nos enteremos de quién es el dueño, pido permiso y allá vamos todos. Hasta don Trifón y don Crescencio: ellos nos responden del viento y del mar.

VAL. ¿Y el *Yacht*, de quién es?

OROSIA No te digo que no lo sé todavía.

LUCÍA Será de algún ruso ó de algún inglés. Pero yo supongo que seran muy finos y que nos darán su correspondiente *lunch* con jerez y champagne. El *jerez inglés* es el mejor.

VAL. Eso es lo de menos.

LUCÍA No, hija. Eso es lo principal. Pues si un *Yacht* no sirve para obsequiar á las damas, ¿para qué sirve? ¿Para dar tumbos en el mar? ¡Valiente diversión! Y si un inglés rubio no sirve para ofrecernos jerez rubio, ¿para qué sirve? ¡Valiente inglés!

FEL. No se apure usted: tendrá usted jerez.

LUCÍA Pero de Londón.

FEL. De Londón.

OROSIA Me parece que viene don Baudilio. Trae la

mano en la cara y no le veo del todo, pero debe ser él.

LUCÍA Traerá la jaqueca de siempre.

OROSIA ¡Qué lástima de hombre! Si no fuera por sus neuralgias...

D. SAL. ¿Qué?

OROSIA Nada, que estaría muy bueno.

ESCENA V

VALENTINA, OROSIA, LUCÍA, DON SALUSTIO y FELIPE; DON BAUDILIO, arrugando un lado de la cara y poniéndose la mano en la sien

D. BAU. ¿Permiten ustedes?

D. SAL. Adelante.

D. BAU. A los pies de usted, Valentina. A los pies de usted, Orosia. A los pies de usted, Lucía. Me parece que no hay más señoras. (Arrugando tanto el lado derecho que se le cierra el ojo de este lado. Tiene que mirar con el ojo izquierdo todo alrededor para cerciorarse de que no hay más señoras á quien saludar.)

VAL. ¿Cómo se encuentra usted hoy, don Baudilio? (Con dulzura.)

D. BAU. Mal, hija; muy mal. Felices, don Salustio. (Dándole la mano.) Felices, Felipe. (Lo mismo.) Me parece que no hay más señores. (El mismo juego que antes.) No sé si he saludado á todos, porque no sé dónde tengo la cabeza. Sí, creo que he saludado á todos.

D. SAL. ¿Conque no se siente usted bien?

D. BAU. No, señor. Tengo este lado derecho de la cara ¡tirante! ¡tirante! ¡tirante! ¡Tengo aquí una garra!

VAL. Pobre don Baudilio. (A Orosia.)

OROSIA Ya, ya ¡Un hombre que podía ser tan feliz! Casi joven; casi bien parecido; muy bueno y muy rico.

D. BAU. ¿Y ustedes? Supongo que ustedes tendrán neuralgia. Deben tenerla: el tiempo va á cambiar.

D. SAL. Yo creo que voy á tenerla, si no es que ya la tengo.

D. BAU. La tendrá usted: la tendrá usted de fijo. ¿Y usted, doña Orosia?

OROSIA También hay preludios.

D. BAU. Pues la tendrá usted: pierda usted cuidado. ¿Y usted, Valentina?

VAL. No; yo estoy buena á Dios gracias.

D. BAU. No hay que fiarse Valentina, pr párese usted. El barómetro ha bajado: me lo ha dicho don Trifón. El seismógrafo está todo tembloroso: me lo ha dicho don Crescencio. Señores, no hay cuerpo que resista estos cambios. En su tiempo de usted no había neuralgias, don Salustio, ¿verdad?

D. SAL. No, señor: esta es fruta contemporánea del telégrafo

OROSIA Pero había jaquecas, que da lo mismo.

D. BAU. No hay que confundirse, señores. Yo unas veces tengo jaqueca y otras veces tengo neuralgia, y alterno. Valentina, ¿será usted tan buena que pida un vaso de agua? Voy á tomar el tercer papelito de antipirina. (Lo saca del bolsillo con mucho cuidado.)

VAL. Sí, señor. (Toca un timbre.)

D. BAU. Perdone usted que la moleste, pero cuando estoy así molesto á todo el mundo. ¡Dios mío! yo tomo café, yo tomo té, yo tomo bromuro, yo tomo antipirina... ¡y nada! .. ¡Ay! ¡ay!... Ahora se ha pasado el dolor al lado izquierdo. (Desarruga el lado derecho y arruga el izquierdo, cerrando casi el ojo de este lado y apoyando la mano en la sien izquierda.) Hemos cambiado de garra: pues esto, miren ustedes, esto descansa.

CRIADA ¿Llamaban los señores?

VAL. Traiga usted un vaso de agua.

D. BAU. Agua sola. ¡Eh! sola. No, sola no: con una cucharilla. ¡Ah!... además, un terrón de azúcar para tomarlo después.

CRIADA Sí, señor.

D. BAU. ¿Y usted no tiene neuralgia, Lucía?

LUCÍA No, señor; lo que tengo es hambre.

D. BAU. Feliz usted. ¡Qué cara tan mala tiene usted, Felipe! ¡Usted la tiene! ¡la tiene!

FEL. Sí, señor; y muy fuerte.

D. BAU. Es claro: todo el mundo. Esto consuela: digo, que consuela (Entra la criada con el vaso de agua, la cucharilla y el azúcar.) el que cambie de sitio el dolor. (Llevando la mano al lado izquierdo de la cara.) Traiga usted, joven. (Toma el agua y pone el vaso en una mesita. Sigue hablando mientras prepara la antipirina.) ¡Ah! Don Salustio, tengo que darle á usted una noticia. ¿Sabe usted á quién he visto? ¿Sabe usted quién ha llegado?

D. SAL. Lo sabré, si uted lo dice.

D. BAU. Lo diré; pero aguarde usted á que se deshaga.. ó á que se mezcle...

D. SAL. Con calma, don Baudilio: no tengo prisa.

D. BAU. Yo sí; porque aprieta. ¿Tomaré dos papelitos? ¿qué le parece á usted, Valentina?

VAL. ¿Sufre usted mucho?

D. BAU. Mucho, querida, mucho. Pues llegó anoche *una persona*... y me la he encontrado hoy... disuelta... (Mirando al vaso y revolviendo el agua.)

D. SAL. ¡Se la ha encontrado usted hoy disuelta!.. ¡hombre!...

D. BAU. No: decía que ya esta disuelta, ó poco menos, la antipirina.

OROSIA ¡Ya! ¡nos habíamos alarmado!..

D. BAU. Pues una persona. ¿No adivina usted quién? (A don Salustio.)

D. SAL. No adivino. (Don Baudilio toma la antipirina.)

D. BAU. Le va á sorprender á usted... porque esa persona.. esa persona... No me pasa de aquí... (Llevando la mano á la garganta.)

OROSIA ¿Tan antipática es?

D, BAU. No: lo decía por la antipirina. Llego anoche en el *Yacht*.

LUCÍA ¿El *Yacht* trae cargamento de antipirina?

D. BAU. No, hija, no. Decía que esta persona llegó anoche en su *Yacht*. Por que el *Yacht* es suyo. ¿Quién lo creyera?

LUCÍA ¿Conoce usted al dueño del *Yacht*? ¡Qué dicha!

D. BAU. Ya lo creo que le conozco. Y usted también,

don Salustio. Y usted debe acordase de él; porque cuando eran ustedes niños, pasaron juntos algunos veranos. (A Valentina.) Pues me siento mejor. ¿Le parece á usted que tome otro papelito, Felipe?

FEL. Hombre, espere usted el efecto del que ha tomado.

VAL. ¿Quién es esa persona, don Baudilio?

LUCÍA ¿Quién es el dueño del *Yacht*?

D. BAU. Decididamente estoy mejor.

D. SAL. ¿Pero acabará usted de decirnos quién es?

D. BAU. Su sobrino de usted.

D. SAL. ¡Leoncio!

VAL. ¡Dios mío! ¡Leoncio!

D. BAU. Ni más, ni menos. Hecho todo un señor, hecho un inglés. Con su *Yacht* y algunos millones. Es decir, ayer los tenia; pero como pasó la noche en el Casino, no sé si los tendra hoy. ¿Conque les alegra la noticia?

OROSIA Muchísimo, aunque no tenemos el gusto de conocer á su sobrino de usted. (A don Salustio.)

LUCÍA ¡Resulta que el dueño del *Yacht* es sobrino de don Salustio! ¡Qué felicidad!

VAL. Eramos muy niños cuando yo le conocí; pero bien me acuerdo de Leoncio. Leoncio... Leoncio... ¡Qué alegría!... ¡Volver á verle! Yo tenía nueve años, él trece... ¡Cómo pasa el tiempo!..

D. BAU. Y á usted, ¿qué efecto le produce la noticia? (A don Salustio.)

D. SAL. Un efecto pésimo. Desagradable: muy desagradable: así, como suena. Me ha dado usted un gran disgusto.

D. BAU. Me lo figuraba. (Con aire de triunfo.)

D. SAL. Muchas gracias.

D. BAU. Se lo he dicho á usted, para que esté usted prevenido.

OROSIA Pero don Salustio, ¿no le regocija á usted recibir la visita de un sobrino? ¡y de un sobrino rico, que no vendrá *á pedir* seguramente!

LUCÍA ¡Y que tiene un *Yacht!* Señor, un sobrino con un *Yatch* de recreo, es casi un hijo.

D. SAL. Si acosado por la desdicha, por una desdi-

cha inmerecida, acudiese á mi puerta *á pedir*, le abriría mis brazos con cariño y le recibiría, no como á sobrino, como á hijo. Pero siendo *lo que yo sé que es*; y viniendo con ese *Yacht* que les encanta á ustedes y con muchos millones, ganados seguramente, no sobre los *verdes campos* en faenas agrícolas con el honrado sudor del rostro, sino sobre *verdes tapetes* con manos febriles; si pudiera cerrarle esa verja y soltarle dos perros de presa, ya estaría corriendo el cerrojo y desatando los perros.

VAL. ¿Tan malo se ha vuelto Leoncio? (Con curiosidad y pena que no oculta.)

D. SAL. ¡Ea! Leoncio es un perverso y un pervertido. Aunque sea mi sobrino, yo digo que es un perverso. Aunque sea hijo de mi hermana, no ha heredado nada de aquella santa. Fué muy santa, pero fué muy débil y ahí está el mal. La mala educación. Se dejan caer las riendas por gracia ó gallardía sobre el cuello del potro mal domado, y el potro se desboca, y las riendas se desprenden, ¡y detenga usted al animal! No, señor; no, señor. Hasta que esté domado, doble brida, cabezón de serreta, espuela vaquera, látigo de desbravador y mucho picadero. Eso le hizo falta á Leoncio. Ya... es imposible.

VAL. ¿Pero qué ha hecho?

D. SAL. Qué no ha hecho, pudieras preguntar.

OROSIA ¡Bah! Don Salustio es muy severo: calaveradas de joven.

LUCÍA Yo estoy leyendo la vida de Byron y también fué muy calavera. Eso no quita...

D. SAL. Eso quita muchas cosas: sobre todo *quita* honra y *pone* desbordamiento. Jugador desatinado y frenético...

LUCÍA Pero gana. ¡Qué puede usted echarle en cara si gana!

D. SAL. (Le dirige una mirada terrible.) Jugador frenético, digo. Hoy millones: ayer ni calderilla. ¡Por la mañana *palacios!* por la noche, el *banco* de una plaza pública por alcoba.

VAL. ¡Si usted le corrigiese! ¡Puede usted tanto! ¡Sus consejos son tan buenos! ¿Se acuerda usted del carácter que yo tenía? Pues usted me ha corregido mucho.

D. SAL. Hay fieras á las cuales no es posible corregir.

OROSIA La fiereza sienta bien en el hombre.

D BAU. Decididamente yo estoy mejor. (A Felipe.)

FEL Lo celebro.

D. SAL. ¡Y si no fuese más que jugador! Pero es claro, casi siempre tiene mucho dinero y el oro que se cuaja en moldes impuros, en impurezas se derrite. Leoncio tiene todos los vicios: y cuando digo todos... digo todos, y no he de hacer la cuenta: de esas cuentas el diablo se encarga.

VAL. ¡Qué cosas permite Dios! ¡Pobre Leoncio!

D. BAU. Del capítulo de mujeres se refieren cosas horrorosas.

D. SAL. Pues no tiene usted para qué repetirlas si son horrorosas, que lo sean.

D. BAU. Si no las refiero. Pero tiene una lista de amores, seducciones, raptos, adulterios... que ni la lista aquella de Leporello.

D. SAL. ¡Pues guárdese usted esa *lista*, hombre de Dios! que con su neuralgia del diablo, ni sabe usted lo que se dice, ni repara que hay delante señoras, señoritas y personas de respeto. Perdone usted, pero tengo los nervios...

D. BAU. (Dirigiéndose triunfante á los demás.) ¡Ya la tiene! ¡ya la tiene! ¡ya le empieza la neuralgia! Si lo dije, señor: lo dije. ¿Quiere usted un papelito de antipirina? (A don Salustio.)

D. SAL. Muchas gracias: no quiero nada.

VAL. Mudemos de conversación si le molesta á usted hablar del pobre Leoncio, y confiemos en que Dios le traerá al buen camino. (Dirigiéndose á don Salustio.)

D. SAL. No, señor: sigamos hablando de Leoncio. Si después de todo, esas conversaciones son las que más agradan: si somos así. Se habla de cosas santas y ejemplares y todo el mundo

se aburre. Se revuelven miserias humanas, crímenes ó infamias, y se despierta el interés. Hablemos de Leoncio. Al fin y al cabo ha de venir á esta casa, conque bueno será que todos ustedes le conozcan á fondo, que en mi casa á nadie se le engaña.

OROSIA Ya tengo ganas de conocerle.

LUCÍA ¡Ya! ¡ya! Pero será muy interesante Leoncio.

FEL. La verdad pura, es todo cuanto ha dicho don Salustio; que algunas noticias tengo yo de ese mozo. Pero con todo lo que nos ha dicho, en cuanto Leoncio se presente le abre los brazos y se le humedecen los ojos. El es así.

VAL. Al cabo es sangre suya, ¿qué quiere usted que haga? (A Felipe.)

D. SAL. ¡Ya verán ustedes qué recibimiento!

VAL. No, pues cuando era chico. . era travieso, y voluntarioso, y mal educado... pero *su corazón era bueno; muy bueno.* Ya lo creo.

D. SAL. No recuerdo nada bueno de esa criatura.

VAL. Pues yo sí. (Con energía.)

LUCÍA Pues cuenta, cuenta.

OROSIA Hay que defender al pobre chico.

D. SAL. (¡Ya se interesan por él! ¡Ah! ¡las mujeres, las mujeres!)

VAL. (Como reuniendo sus recuerdos.) En su casa de usted fué. (A don Salustio) Allá, en el pueblo, un caserón muy grande y muy antiguo: con unos retratos muy viejos. . una *abadesa* y un *obispo*... y Leoncio siempre estaba arrastrando una escalera para subirse á dar un beso á la monja y á sacar un ojo al obispo. (Lo dice sin saber lo que dice, obedeciendo al recuerdo.)

D. SAL. ¡Qué tal! ¡Ya tenía trece años! (Orosia y Lucía se ríen.)

VAL. Sí, tiene usted razón, era muy malo, muy malo. Todo el tiempo que estuvimos juntos no cesó de hacerme llorar. Pero á veces... era muy bueno. Hay que decirlo todo: al pecador hay que juzgarle con imparcialidad.

FEL. ¿Pero usted es imparcial?

VAL. ¿Yo?... ¿Por qué no?... Hace veinte años que no le he visto. Siempre he oído hablar de él como de un monstruo: no le defenderé por simpatía.

FEL. Será por piedad... por caridad cristiana.

VAL. Caridad: eso es. Con todos debemos ser caritativos, y más que con nadie, con los más pobres y más míseros. La miseria llagada, que con los ojos ciegos, sin p lo en que apoyarse, ni lazarillo que le avise, ni perro que le guíe, va derecha, derecha al abismo que el diablo le puso al través del camino, algo merece de nosotros, que somos sus hermanos.

FEL. Muchos quisieran estar ciegos, si había de ser usted el lazarillo.

VAL. No he dicho que piense serlo; que, en todo caso, para mí lo necesito.

OROSIA Pero dinos, dinos la aventura infantil: todo ese drama liliputiense que nos has prometido.

VAL. Verán ustedes. Se habían marchado casi todos de casa: usted y mamá y la de Leoncio... (Dirigiéndose á don Salustio.) Se habían ustedes ido no sé á dónde. Y Leoncio y yo corríamos por los pasillos, por las galerías, por el patio... ¡Subíamos y bajábamos cien veces las escaleras!... ¡Salíamos al huerto y volvíamos á entrar!. . ¡Estábamos muy contentos!... ¡Unas veces me tiraba de la mano: otras me perseguía, y casi siempre me llevaba á caballo sobre sus hombros, agarrándome yo á su melena negra, como si fuese una brida; y él empeñado en que había de desbocarse!

D. SAL. Pues se salió con la suya: se desbocó.

VAL. De cuando en cuando echaba un cigarrillo y me echaba el humo en la boca y en los ojos para hacerme toser y llorar... ¡Era muy divertido!

D. SAL. ¡Cigarrillos! ¿Qué tal?

OROSIA Sigue, sigue.

VAL. Conque yo tosía y lloraba; y él se reía; y yo me reía también.

D. SAL. La risa del diablo es contagiosa.

VAL. De pronto me echó al suelo de golpe y me dijo: «Valentona»... No me llamaba Valentina, sino Valentona.. «Valentona, entre los dos vamos á hacer una *valentía.*» Yo le miré espantada; sus valentías me daban miedo. El me tiró del brazo y me subió á un cuarto muy grande del último piso; una especie de desván, donde había leña, y cuadros, y trastos viejos, y trapos, y libros deshojados, y paja... ¡qué sé yo!... Y me dice Leoncio, luego que estuvimos arriba: «Mira, Valentona, vamos á coger un ratón, que aquí hay muchos; y le vamos á atar al rabo una carretilla de pólvora, que esta mañana compré cuatro ó cinco, y le vamos á pegar fuego á la carretilla, y verás cómo se chamusca y cómo corre el ratón y qué saltos da.» Al oir yo lo del ratón y la pólvora me puse á llorar y á dar gritos y quise huir; pero ¡bueno era él! Me tapó la boca, me zamarreó de lo lindo y me gritó al oído: «¡No te vas! ¡no te vas! ¡aquí, Valentona!» Yo, dándole patadas y mordiscos y llorando con llanto ahogado, y él sujetándome con todas sus fuerzas, ¡éramos dos fierecillas!

LUCÍA ¡Muy divertido! ¡muy divertido! ¿y qué pasó?

VAL. Pues á concluir voy. Viendo Leoncio que no podía hacer las dos cosas al mismo tiempo, coger al ratón y sujetarme á mí, fué, ¿y qué hizo? Se fué á la puerta, cerró por dentro y tiró la llave al patio. Después se vino á mí y me dió un gritazo al oído: «¡Llora hasta que revientes, chiquilla estúpida!» Y dejándome tirada en el suelo y pataleando, urgó con un palo en la leña y en la paja á ver si salía un ratón; pero no salió ninguno. El se emberrenchinó de modo que daba miedo, y de miedo me callé. Y al fin dijo con voz ronca: «Pues saldrás, saldrás, condenado, yo haré que salgas.» Y sacando yesca, piedra y

eslabón, echó lumbre y le pegó fuego á una de las *carretillas*, que se puso á dar saltos y truenos y á chisporrotear furiosa, con lo cual Leoncio palmoteaba y yo también, porque aquello era muy divertido. No lo fué hasta el fin, que se incendió la paja, y ardieron los cuadros, y se pegó fuego á la leña y se armó una humareda y brotaron unas llamas que daba horror. Yo empecé á dar gritos otra vez, y Leoncio, asustado de veras, vino á mí, me cogió en brazos, me apretó mucho y me dijo en voz baja: «Hemos pegado fuego á la casa, á escaparnos, Valentona.» Se fué á la puerta, pero, claro, la encontró cerrada, y entonces me apretó más; y aun más bajito me dice: «Nos vamos á tostar, chiquilla.» Y yo á llorar, y él: «No llores, que no te tostarás tú.» Miró alrededor, miró hacia arriba, y sobre la puerta había una ventana. Entonces me dió un beso muy fuerte, me puso en alto, me empujó por las piernas hasta que me hizo alcanzar la parte baja del marco, y dando saltos y empujones, y ayudando yo, me hizo pasar del otro lado. «Ahora, me grita, te coges al borde, estiras los brazos y te dejas caer.» Así lo hice: me dí un buen porrazo, pero ya estaba fuera.

D. SAL. Ya me acuerdo, ya me acuerdo. Buen susto nos dísteis.

OROSIA ¿Y echaste á correr?

VAL. (Emocionada y evocando aquellos recuerdos.) No; no eché á correr. Me quedé pegadita á la puerta, gritando; «Anda, Leoncio; anda, sube como yo; ven, ven pronto.» Y él contestaba medio ahogado y dando saltos: «No puedo, no puedo; no tengo quien me empuje; está muy alto; escápate, escápate, Valentona.» ¡No, de esto no me olvidaré nunca! Yo pegada á la puerta, llamándole y llorando: «¡Que se quema Leoncio!» Y él: «Escápate, escápate, que se acerca el fuego.» Y á través de la puerta me mandó *un beso* el pobrecillo. No, no tenía el alma Leoncio tan mala como

ustedes dicen. Si después le abandonó Dios, le salvará al fin; que pecadores así quiere Dios para que en la puerta del cielo dejen muchos harapos y vistan mucha luz.

D. SAL. (Mirándola y levantándose.) No sé si le cerrarán la puerta del cielo; pero la de esta verja voy á cerrarla por si acaso viene, para que nos deje almorzar en paz. (Se va á la verja y la cierra.) Conque á la mesa. Deme usted el brazo, doña Orosia, que los de mi tiempo nunca olvidamos lo que á las damas se debe. Usted, don Baudilio, dele usted el brazo á Lucía, si es que la neuralgia le permite ser amable. Tú, (A Valentina.) dale el brazo á Felipe. Y en marcha todos. (Se dirigen hacia la escalinata y empiezan á subir.)

ESCENA VI

VALENTINA, OROSIA LUCÍA, DON SALUSTIO, FELIPE y DON BAUDILIO; LEONCIO, del lado allá de la verja. Leoncio toca la campana de la verja con mucha energía. El grupo de árboles, arbustos y flores oculta la escalinata de modo que Leoncio no ve á nadie

VAL. (Deteniéndose y deteniendo á Felipe.) Han llamado. (Todos se detienen: pero ni ellos ven á Leoncio, ni éste los ve tampoco.)

D. SAL. Será el diablo.

LUCÍA (Asomándose con curiosidad por entre los árboles.) No; no tiene trazas de diab'o, que es muy gallardo. (En voz baja.) Será el dueño del *Yacht*; el del incendio; el sobrinito. Debe ser Leoncio.

D. BAU. (Asomándose también.) El mismo. Ya dije yo que vendría. (Leoncio vuelve á tocar.)

D. SAL. El diablo cargue con él.

LEON. (Sacudiendo la campana.) ¡Eh!... ¡Portero del infierno!... ¡Esto es un castillo encantado!... ¡Don Salustio!... ¿Vive aquí don Salustio, ó se han muerto todos?

VAL. (Suplicante á don Salustio.) En la calle no se le puede dejar. (Las tres mujeres miran por entre los árboles.)

LEON. ¿Pero qué casa es esta?... ¿Es un cementerio?... (Reparando en las señoras y echándose á reir.) ¡Pero qué pájaros tan monos revolotean entre los árboles!... (Orosia y Lucía se ríen.) ¡Y cómo trinan!...

D. SAL. ¡Por mi gusto!...

VAL. No es posible dejarle de ese modo. (Va con decisión á la verja.)

LEON. Al fin presentó la casa su fe de vida. ¿Vive aquí...? ¡Ah!... ¡Señorita!... (Descubriéndose.)

VAL. (Sin abrir la verja.) ¿Qué deseaba usted?

LEON. Yo.. nada... Sí; romper esta verja.

VAL. No hay que romperla teniendo puerta.

LEON. ¡Pero no se abre!

VAL. ¿A quién buscaba usted?

LEON. Antes, á un don Salustio. Ahora á un ángel.

VAL. Don Salustio, aquí vive. El ángel, no.

LEON. Pues á don Salustio; si no hay otro modo de entrar.

VAL. ¿Su nombre de usted?

LEON. Dígale que está aquí su sobrino.

VAL. Sí... Leoncio...

LEON. ¿Sabe usted mi nombre?

VAL. *Hace tiempo.* (Abre la puerta.)

LEON. (Entrando y mirándola con asombro, admiración y curiosidad.) ¿De suerte, que usted me conoce?

VAL. Sí... le conocí *en otro tiempo.*

LEON. (Mirándola fijamente.) ¡Y yo también!

VAL. No es posible que usted recuerde; han pasado muchos años.

LEON. (Abriendo los brazos.) ¡Valentona, abrázame!

VAL. (Retrocediendo.) ¡No!...

D. SAL. ¡Eh! ¡poco á poco!

LEON. ¡Don Salustio!.. ¡Venga un abrazo!... (Abrazándole.) Aunque es usted muy gruñón, se le quiere. (Todos se acercan poco á poco.)

D. SAL. ¡Ya veremos si soy gruñón! .. (Algo conmovido.)

LEON. Y ahora mande usted á Valentina que me abrace.

D. SAL. Eso no haré yo.

LEON. Pues lo haré yo. ¡Aquí!... (Llamándola con imperio.) ¡Aquí!... ¡pronto, y á darme un abrazo!

LUCÍA ¡Es simpático. (Aparte á los demás.)

OROSIA ¡Mucho!

LEON. ¡Vamos!... ¡á obedecer!

VAL. Mandón y descortés viene usted.

LEON. Y obediente te quiero.

VAL. A Dios y á don Salustio; á usted, no; que usted no es nada mío.

LEON. ¡Soy Leoncio! (Con ternura.)

VAL. ¡Y yo Valentina! (Se adelanta y le da la mano.)

LEON. ¡No, que sigues siendo Valentona!... ¡mi Valentona! (Todos ríen y hablan entre sí. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



La misma decoración del acto primero. Es de día

ESCENA PRIMERA

OROSIA, sentada. LUCÍA, paseándose

LUCÍA ¿Sabes que tardan mucho?

OROSIA Los paseos de Valentina son muy largos.

LUCÍA Y acompañándola don Salustio, más largos todavía. El buen señor es de plomo.

OROSIA De plomo el cuerpo y de plomo el alma.

LUCÍA Pues se hace tarde, muy tarde. Vamos, yo me consumo.

OROSIA Esperemos otro poquito. Ellos tienen que venir á almorzar.

LUCÍA Pues mira tú, hoy resolvemos lo de la visita al *Yacht*. Hace un mes que llegó, y será mañana, será pasado, todavía no hemos ido. ¡También Valentina tiene una calma! Cuando sea vieja, que lo será, á pesar de su juventud de hoy y de su ponderada hermosura, te digo que va á ser más posada que don Salustio. Todos los días promete acompañarnos: se arregla todo, se lo decimos á Leoncio, el pobre siempre tan amable; «cuando ustedes quieran, cuando ustedes dispongan: ¡qué mayor honra para mi *acorazado*!» Y resulta que Valentina tiene que ir

á la Novena, que don Salustio está doliente, (Con afectación dramática.) que ella tiene neuralgia. ¿Has reparado? Desde que vino Leoncio se le han pegado á Valentina las neuralgias de don Baudilio. (Riendo.)

OROSIA Ya, ya lo había notado.

LUCÍA Y así pasan días y días; el mejor día le da una ventolera á Leoncio, leva anclas, da vapor, y el *Yacht* se nos pierde en el horizonte. Apenas si tiene arranques y caprichos *el sobrino de su tío*. Es más inseguro que el tiempo.

OROSIA Nada, hoy se decide Valentina. Y si no, vamos solas. Sería una lástima no verlo. Dicen que es una maravilla.

LUCÍA Siendo de Leoncio, lo será. El sabe hacer las cosas en grande. Y diga lo que quiera don Salustio, es muy bueno y muy simpático.

OROSIA Un poco tronera; pero cuando tenga los años de don Salustio, ya sentará la cabeza.

LUCÍA ¡Y qué corazón!

OROSIA ¡Y qué talento!

LUCÍA ¡Y qué rico!

OROSIA ¡Claro: el que tiene un *Yacht* como el suyo!... Sólo el *Yacht* es una fortuna. Me dijo el otro día que tiene el *Yacht* para pasar en él la *luna de miel*, cuando se case. ¡Qué idea tan bonita! ¡Casarse, y al mar!

LUCÍA ¡Casarse, y la mar! (Con entusiasmo.) Pues á mí me dijo que se iría á la India con su esposa, cuando la tuviera. Que cazarían tigres; que viajarían en elefantes, y que estaba resuelto á comprar una *pagoda* para veranear en ella. ¡Casarse y veranear en una *pagoda!* Esa debe ser la dicha suprema. Es muy ocurrente Leoncio.

OROSIA Pero cada día se le ocurre una cosa distinta. Porque á mí me dijo que, en cuanto se casase, había de irse con su esposa al centro de Africa, á no sé qué *Oasis*. Y me pintó el viaje: ¡qué viaje! La esposa en un dromedario; y él, caracoleando alrededor del drome-

dario y de la esposa, en *una yegua del Profeta.*

LUCÍA ¡Ay, precioso! ¿Cómo serán las yeguas del Profeta?

OROSIA No sé: serán unas yeguas muy hermosas.

LUCÍA ¡Tiene una imaginación de fuego! ¡Por eso le es antipático á don Salustio, que es el hombre más prosáico!

OROSIA Claro: él prefiere leer, medio dormido, una obra de Fray Diego León.

LUCÍA Me parece que es Fray Luis de León.

OROSIA Lo mismo da. Don Salustio prefiere cualquier lectura indigesta á caracolear en una yegua del Profeta.

LUCÍA ¡Bueno está él para caracolear! Ni en una yegua de alquiler.

OROSIA ¡Ahí viene el otro sabio, el otro hombre sesudo!

LUCÍA Sí, Felipe. Con ese no iba yo, aunque me llevase en elefante á ver la India.

OROSIA Ni yo.

ESCENA II

OROSIA y LUCÍA; FELIPE, por el fondo

FEL. Felices, mis buenas amigas. ¿Están ustedes esperando á que vuelvan de paseo?

OROSIA Sí: estamos esperando á Valentina; á ver si decide cuándo ha de ser la visita al *Yacht.*

FEL. Pues no tardarán. Como Valentina no está buena, y como el médico le ha mandado que dé paseos muy largos á la orilla del mar para calmar los nervios... por eso. La higiene es tiránica.

LUCÍA ¿Y usted, no les acompaña?

FEL. Algunas veces: muy pocas. Valentina prefiere la compañía de don Salustio.

LUCÍA Gusto es. Pues yo preferiría la de usted.

FEL. Es usted muy amable.

OROSIA ¿Y no les acompaña algunas veces Leoncio?

FEL. No sé. Sí: al principio creo que se hizo el encontradizo; pero cambiaron de rumbo y perdió la pista. O no se atrevió á arrostrar el enojo de su tío.

LUCÍA Pues Leoncio no se asusta fácilmente.

FEL. ¡Quién sabe!

OROSIA ¿Y Valentina?

FEL. ¿Qué? ¿Valentina, qué? No comprendo la pregunta.

OROSIA Quiero decir, si se asusta fácilmente. (Riendo con malicia.)

FEL. ¿Y por qué ha de asustarse?

OROSIA No es usted franco con nosotras.

FEL. ¿Yo?

LUCÍA ¿Cree usted que vivimos en el limbo?

FEL. De ningún modo. Sé que viven ustedes en un hotel muy lindo, á la orilla del mar. Es decir, casi no viven ustedes en él, porque siempre están fuera.

OROSIA (Riendo) ¡Una chilindrina!

FEL. ¡Por Dios. . no crean ustedes!... Lo he dicho por decir algo. Además, el verano se ha hecho para tomar el aire.

OROSIA Si no nos incomodamos. La prueba es que vamos á ser francas con usted. Estamos al tanto *de la situación.*

FEL. ¿De qué situación?

OROSIA Vamos, está usted locamente enamorado de Valentina.

LUCÍA Y tiene usted celos de Leoncio. Esta *es la situación*

FEL. No sé qué contestar. ¿Enamorado de Valentina? ¿A quién no enamora una mujer tan buena, tan pura, tan hermosa, tan modesta? Resumen de todas las perfecciones, encarnación de todos los ideales, símbolo de todos los imposibles. ¿Qué quieren ustedes que yo les diga? Se enamora uno de todos los sueños de la imaginación, por lejos que estén, por inaccesibles que sean. Cuanto más lejos, más enamoramiento, cuanto más inaccesibles, más ansia por llegar. De modo que yo no puedo decir otra cosa, sin rene-

gar de Valentina, ó sin declararme estatua de mármol y tonto de capirote.

LUCÍA Ya ha dicho usted bastante. ¡Si parece usted galán de comedia!

OROSIA Eso es más que amor: es adoración.

FEL. Pues adoración. Pero en cuanto á los celos... (Protestando.)

LUCÍA ¡También! ¡también!

FEL. En primer lugar, yo no tengo derecho á estar celoso. Donde no hay correspondencia, no hay derecho á tener celos. Yo no tengo celos de que el sol derrame su luz por todas partes, porque el sol *no es mío.* ¡Oh, si lo fuese! ¡si lo fuese, ya procuraría abrazarlo bien, para que toda su luz y todo su calor quedasen en mí! ¡Además, tener celos de Leoncio, es ultrajar á Valentina! ¡Ella, la perfección humana, la rectitud, la pureza, enamorarse de un sér abyecto!... (Deteniéndose.) No: yo no debo hablar mal de un hombre que no está delante de mí. Nada diré. Pero no es Leoncio el hombre de quien puede enamorarse Valentina, sin dejar de ser Valentina.

OROSIA ¡Válgame Dios! ¡qué cosas dicen los hombres!

FEL. Pues, ¿qué dije?

OROSIA ¡Que una mujer *buena* no puede enamorarse de un hombre *malo*! ¡De quien no se enamoran es de los buenos, de los juiciosos, de los arregladitos como usted! (Riendo.)

FEL. Me parece...

OROSIA Me parece que discurre usted por cuenta de don Salustio. Además, Leoncio no es un malvado. Tiene corazón.

FEL. Si le conoce usted mejor que yo, no digo nada.

OROSIA No es que le conozca mejor: es que no le miro con ojos de celoso.

FEL. Bueno, pues me equivoqué. Leoncio es un modelo de delicadeza y de virtudes. Lo cual no le ha impedido dar un escándalo diario desde que llegó. Hoy juega en el Casino el

Yacht, contra un inglés millonario y le gana unos millones. Mañana tiene un duelo. A la noche siguiente riñe á puñaladas, en la choza de una pescadora, con no sé qué amante celoso. Y así día por día. El eterno modelo de todos los tenorios. Desde la princesa altiva á la que pesca en ruín barca.

OROSIA Ya tenemos la de la barca, pero nos falta la princesa altiva.

FEL. Eso queda para el drama

LUCÍA ¡Conque enamoró á una pescadora! Pues yo no he sabido nada de esa historia.

FEL. Perdóneme usted por haber sido el primero que se ha atrevido á contársela.

OROSIA Todo eso fué al principio. Después su conducta ha sido muy correcta y hasta heróica. Digo, ¡cuando salvó á aquellos pescadores! ¡Barca por barca!...

FEL. Ahí tienen ustedes á Valentina y á don Salustio. Con su permiso. (Sale por la derecha.)

ESCENA III

OROSIA, LUCÍA, VALENTINA y DON SALUSTIO

OROSIA (Saliéndoles al encuentro.) ¡Buen paseíto! (A Valentina.) ¡Don Salustio!...

VAL. Sí: más largo que de costumbre.

D. SAL. ¡Señora!... ¡Señorita!... (Saludando á Orosia y Lucía.)

LUCÍA Pero estás muy pálida.

VAL. El viento frío del mar. Seguimos por la orilla un buen trecho y luego paseamos por el muelle. (Se van sentando.)

D. SAL. Se empeñó ella. Yo quería que diésemos la vuelta al cerro, porque á su amparo se pasea más á gusto.

VAL. Yendo por donde usted quería, si el cerro es abrigo del viento, también es pantalla del mar. ¡Y el mar es tan hermoso! ¡Azul oscuro, algo picado! ¡y todo él con borreguitos de plata! ¡y se ve tanto horizonte!

OROSIA Sí muy hermoso. Y desde el muelle, ¡cómo luce el *Yacht*! ¡qué gallardamente se balancea!

VAL. ¿Sí? No reparé.

LUCÍA Pues á eso venimos.

VAL. ¿A qué?

LUCÍA A que Valentina repare en el *Yacht*. (Con cierta intención.) Al menos, á que no se olvide de él, ni de su promesa.

OROSIA Ya don Salustio dió su permiso hace un mes. ¿No es verdad? (A don Salustio.)

D. SAL. Es verdad.

OROSIA ¿Conque no quieres verlo?

VAL. ¡Ya lo creo! ¡Es muy gallardo!

OROSIA ¿Pues cuándo?

VAL. Hoy mismo. Luégo, á las cinco. (Con resolución.)

LUCÍA Ahora son las prisas. Hoy no puede ser: tenemos que avisar á Leoncio, para que lo tenga todo preparado. Será mañana: ¿quieres?

VAL. Sí: mañana.

OROSIA Pero sin falta.

VAL. Sin falta: promesa solemne.

D. SAL. Hay que ver cómo está el mar: si se puede ir sin peligro: el *Yacht* está muy afuera.

LUCÍA Yendo Leoncio, no hay cuidado.

D SAL. En el *Yacht*, no; pero hay que ir y volver en bote.

LUCÍA ¡Qué importa! Leoncio es todo un marino. Ha dado pruebas.

OROSIA ¿No se acuerdan ustedes de lo que hizo en la última galerna?

LUCÍA Fué un acto heróico. ¿No te acuerdas? (A Valentina.)

VAL. (Hablando mas para sí, que para los demás y con animación creciente.) Sí, me acuerdo, sí: fué de esas cosas que no se olvidan jamás. Si no es por él, se pierde una barca de pescadores. ¡Salvó muchas vidas!

D. SAL. Vayan á cuenta de otras muchas que ha perdido.

VAL. Usted no lo vió como yo: yo le miraba des-

de la parte baja del castillo con unos gemelos.

D. SAL. Ya sé, ya sé: ya lo refirieron los periódicos.

VAL. No basta referirlo: no basta leerlo: había que ver aquello. ¡Cómo salió del puerto Leoncio! ¡De cara á la tempestad! ¡Desafiándola y escarneciéndola! era decirla: «¡á mí, tú!» ¡No era el Leoncio del vicio, del juego, de las pasiones ruines! Créame usted, don Salustio, estaba transfigurado. Vosotras le visteis, ¿verdad? ¡Cómo pasó la barra! ¡qué firme en el timón! ¡qué arrogante en la postura! ¡y en un botecillo, que parecía una cáscara de nuez! ¡Una y otra ola, rotas en espuma, le envolvían, y al salir de la montaña líquida salía purificado! Muchos hombres honradísimos se dolían de los náufragos y casi lloraban, pero *desde la orilla.* Leoncio, no lloraba: dos ó tres veces sonrió apretando los dientes, ¡pero *en la barra*, sobre el abismo, hacia la barra! ¡Los hombres intachables, en *seguro*; él, el vicioso, el tronera, el perdido, *perdido esta vez entre las olas*! ¡Ah! que en aquel momento, Dios dejaba á los hombres serios y juiciosos en la playa y se iba mar adentro á besar con ráfagas de huracán, húmedas de agua salobre, la frente de aquel sublime pecador! ¡Sí: quiero ir al *Yacht*! (Se detiene asustada de su propio entusiasmo y se pasa las manos por la frente como para espantar aquellas ideas.)

OROSIA Claro; hay que ver el *Yacht*.

LUCÍA Y al héroe del *Yacht*, ¿verdad, querida? (A Valentina.)

VAL. ¿Por qué no?

D SAL. (Con disgusto.) Hay que ver qué tiempo tenemos.

VAL. Si hace mal tiempo, mejor; yo voy de todas maneras. (Enojada y resuelta.)

D. SAL. Mayor de edad eres. (En tono de reproche.)

VAL. (Cariñosa y humilde.) No se ofenda usted. Yo haré lo que usted disponga.

OROSIA No nos anticipemos á los sucesos. Se consul-

ta, ante todo, con don Trifón y don Crescencio.

LUCÍA Les encontramos en el muelle, y dijeron: «Vamos allá».

D. SAL. Y aquí vienen.

ESCENA IV

VALENTINA, OROSIA, LUCÍA, DON SALUSTIO, DON TRIFÓN y DON CRESCENCIO. Avanzan lentamente cogidos del brazo. Ambos tienen aspecto de sabios. Don Trifón con quevedos, y con mucha frecuencia mira hacia arriba. Don Crescencio usa anteojos de oro, y suele mirar hacia abajo. Dichas actitudes marcan dos tipos, pero sin exageración y sin que se conviertan en caricaturas

LUCÍA (Riendo.) ¡Observa cómo vienen! El uno mirando siempre hacia arriba, y el otro mirando siempre hacia abajo. Son dos sabios muy originales. El sabio del Zénit, y el sabio del Nadir, como dice Leoncio.

OROSIA Y serían dos maridos excelentes en el Ecuador.

D. SAL. Opino lo contrario. Porque si el uno se pasa la existencia mirando á las estrellas y el otro mirando á las hormigas, nunca le mirarán la cara á su mnjer.

OROSIA ¿Y qué?

D. SAL. Que si la tiene buena, eso pierde.

OROSIA Y si la tiene mala, eso gana.

D. SAL. El hombre debe mirar siempre á su nivel, porque si no... (Al entrar don Trifón tropieza en un banco; le sostiene don Crescencio. Esto sin exageración.)

D. TRIF. Demonio de banco, siempre me sale al paso. Si no es por usted, vengo á tierra. Gracias, don Crescencio. Señores... don Salustio, siempre suyo, Valentina...

D. CRES. A ustedes ya les hemos saludado antes... (A Orosia y Lucía.) Preciosa Valentina... Respetable don Salustio...

D. SAL. ¿Qué tal?

D. TRIF. ¿Pregunta usted por nosotros, ó pregunta usted por el tiempo?

D. SAL. Ante todo, por ustedes.

D. TRIF. Gracias; yo, muy bueno.

D. CRES. Yo creo que estoy bueno; pero la verdad es, que tan ocupado anduve, que ni he podido fijarme en el estado de mi salud. (Sonriendo.)

OROSIA Ya sabemos que están ustedes buenos y lo celebramos. Y el tiempo, ¿qué tal?

D. TRIF. No sé qué le diga á usted. ¿Verdad, don Crescencio?

D. CRES. Hay mucho que decir, amigo don Trifón.

LUCÍA Pues si ustedes no lo saben, ¿quién va á saberlo?

D. TRIF. El barómetro oscila; el termómetro oscila; el higrómetro oscila; el anenómetro oscila.

D. CRES. Y el seismógrafo palpita.

D. TRIF. Y así estamos. ¿Verdad, don Cescencio?

D. CRES. Así estamos. Pero, ¿cómo estaremos mañana?

D. SAL. Eso quiero saber; cómo estaremos mañana. ¿Tendremos buen tiempo ó mal tiempo? He aquí lo práctico, y déjense ustedes de oscilaciones.

OROSIA ¿Tendremos galerna?

LUCÍA ¿Podremos ir al *Yacht*?

D. TRIF. Al *Yacht*, siempre puede irse. Digo, á no ser en un caso extremo, en cuyo caso extremo no podrá irse.

D. CRES. ¡A que Valentina se atreve, aun en esos casos extremos!

VAL. Sí, me atrevo: digan lo que quiera el barómetro y el termómetro, y todos esos instrumentos complicados.

D. TRIF. ¡Protesto! Complicados, no.

VAL. Bueno, tan incomprensibles.

D. CRES. ¡Protesto á mi vez! Incomprensibles, tampoco.

D. SAL. Señor, en mi tiempo todos esos mecanismos erán más sencillos, más comprensibles y más seguros. Yo recuerdo que, cuando era niño, había en mi casa, y mi padre tenía en su despacho y en sitio preferente, un vene-

rable *fraile de cartón* con su capucha móvil, que era un encanto. ¿Se le calaba la capucha? *Mal tiempo.* ¿Dejaba caer la capucha con desahogo? *Buen tiempo.* Y no marraba el demonio del fraile de cartón. ¡Ay! ¡lo que he dicho! Dios y el reverendo me perdonen. Pero no marraba.

D. CRES. Ya marraría el fraile alguna vez.

D. TRIF. La infancia de la ciencia coincidiendo con su propia infancia de usted, don Salustio.

OROSIA ¿Pero podremos ir mañana al *Yacht*? Esta es mi pregunta.

D. TRIF. ¿Quién lo duda? Verdad es, que por el cable se ha anunciado ciclón; pero probablemente no llegará *tan pronto.* ¿Qué opina usted, don Crescencio?

D. CRES. Que no creo que llegue *tan pronto.* Aunque á veces *se adelantan.* Ya lo sabe usted, don Trifón.

D. TRIF. Pero otras veces *se atrasan.* Demasiado lo sabe usted, don Crescencio.

D. CRES. Claro está: como que á veces *no llegan nunca*: se deshacen en el camino.

D. TRIF. Y otras veces llegan sin previo anuncio: se forman en el camino.

D. CRES. Justamente.

D. TRIF. Precisamente. ¡Ah! Don Salustio, la ciencia es algo. (Todo esto dicho sin afectación.)

D. SAL. Pero este ciclón, ¿llegará mañana, ó no llegará?

D. TRIF. ¿Y qué importa? Que llegue ó que no llegue, esto no altera la ley general. Es un caso aislado.

D. SAL. Pero es precisamente *nuestro caso.* (Irritado.) (¡Demonios de sabios!)

OROSIA El que nos interesa: los demás casos, ¿qué nos importan?

LUCÍA ¡Ea! yo voy. ¿Y tú? (A Valentina.)

VAL. Yo también. Y á la gracia de Dios.

D. SAL. En ella estemos todos.

OROSIA Pues vamos á dar la noticia á Leoncio. De seguro está en el Casino. Prefiero hablar con él, á escribirle. ¿Vamos?

LUCÍA Sí: vamos al Casino.

OROSIA Acompáñennos ustedes. (A don Trifón y don Crescencio.)

D. TRIF. Con mucho gusto, querida Orosia.

LUCÍA Y usted también: y por el camino me explica usted esas palpitaciones terrestres.

D. CRES. Ya lo creo que le explicaré á usted... ¡Ah! ¡la palpitación!...

OROSIA Vemos á Leoncio, y volvemos en seguida con él, para fijar la hora. Conque hasta muy pronto

LUCÍA Hasta luego, don Salustio. Valentina, ¡que no te arrepientas! Nosotras vamos mañana, aunque don Trifón nos traiga un ciclón.

VAL. No me arrepiento: con ciclón y todo, allá.

D. TRIF. (Mirando hacia arriba al salir: va al lado de Orosia.) Me parece... me parece... Aquella nube... Don Crescencio, cambio de viento... Si con aquel pico tropieza aquella nube... me parece ..

OROSIA Me parece, que quien va á tropezar con el banco otra vez, es don Trifón.

D. TRIF. ¡Ay!... es verdad: Gracias, Orosia. ¡Demonio de banco! Siempre me sale al paso.

LUCÍA ¿Qué mira usted? (A don Crescencio, que va mirando al suelo.)

D. CRES. ¡Miro y no veo unos piececitos! ¡Palpitaciones terrestres! (Salen los cuatro hablando y riendo.)

ESCENA V

VALENTINA y DON SALUSTIO

VAL. Voy á mi cuarto: el viento del mar me ha puesto nerviosa.

D. SAL. Espera un poco. Quisiera que hablásemos. Pero si te sientes mala...

VAL. No: cansancio. Pero lo mismo descansaré aquí que arriba. ¿De qué deseaba usted hablarme? (Se deja caer en una silla ó en una mecedora.)

D. SAL. De muchas cosas.

VAL. Usted dirá.

D. SAL. ¿Vas mañana al *Yacht*?

VAL. He dado mi palabra. Mejor dicho: la dí hace un mes. El no ir sería una informalidad: un desaire á esas señoras. Y verderamente no hay motivo. Son buenas: son cariñosas: son amables.

D. SAL. No lo digo por ellas. Son insustanciales, ligeras, giran como veletas á todos los vientos, pero no son malas.

VAL. ¿Pues entonces?

D. SAL. Si el *Yacht* fuese de un inglés, de un ruso, de una persona desconocida, poco importaba que fueses. No iría yo, porque estos lujos modernos, en tierra y en mar me repugnan. Camarines de palo santo y raso entre las olas, alfombras, tapices, pianos; todas estas coqueterías en la inmensidad salobre, son un escarnio de lo ridículamente fútil á lo infinito de los mares de Dios. Entre damiselas, lo muelle y lo afeminado; en el mar, como en el mar. Madera robusta, alquitrán y brea, cordelaje de cáñamo y fuertes lonas tendidas, como alas abiertas de inmensa ave marina: esto, esto es lo propio.

VAL. ¿Decía usted que si fuese de un inglés ó de un ruso?

D. SAL. ¡Ah! sí: es verdad: eso decía, sino que á mí se me va el santo al cielo. Pero eso decía.

VAL. Pues siendo de Leoncio, de su sobrino de usted... tanto mejor.

D. SAL. Tanto peor.

VAL. ¿Por qué?

D. SAL. Te lo he dicho muchas veces. Leoncio es un ser envilecido. Tiene algo de la fiera y algo del mono. Hoy es grande como Satán: mañana será grotesco como un saltimbanqui. Leoncio mancha: ea, mancha: lo digo aunque sea mi sobrino.

VAL. Cuando se juega la vida por salvar pobres pescadores, ni es Satán, ni es saltimbanqui. Además, yo no voy á verle á él, voy á ver el *Yacht*.

D. SAL. Pero él estará allí, haciendo los honores de su flotante palacio y tendrás que verle.

VAL. También le veo aquí: usted le admite en su casa.

D. SAL. Muy pocas veces: de ella le eché cuando empezó á dar escándalos. ¡Aquellos escándalos! ¿te acuerdas?

VAL. Sí. ¡Qué repugnancia! ¡qué hombre! (Triste y pensativa.)

D. SAL. Pero salvó á los náufragos: fué el héroe del día: y entró aquí como conquistador. Vino, me dió un abrazo, me dijo: «Vengo como nuevo, que el agua salada me limpió de miserias.» ¿Y qué había de hacer? Ese tunante ejerce la fascinación del diablo. Hay que hacerle la cruz, sin dejar que se acerque.

VAL. Pues se le hace la cruz. Si todo en él es diabólico, huirá. Si hay en él algo divino, se acercará á la cruz y no hay miedo.

D. SAL. Tapándose la cara se acerca á nosotros á veces el *enemigo malo*, aunque le hagamos la cruz.

VAL. Será como usted dice; pero ya no puedo negarme. Además, somos muchos, Orosia, Lucía, don Trifón, don Crescencio, don Baudilio, haremos que vaya Felipe... Soy una entre tantos: nadie lo extrañará.

D. SAL. ¿Tanta gente necesitas para que te proteja contra Leoncio? (En voz baja y con severidad.)

VAL. ¿A mí? (Con asombro fingido.)

D. SAL. ¿Quieres que hablemos franca y lealmente?

VAL. ¿Sobre qué? (Con temor receloso.)

D. SAL. Sobre Leoncio.

VAL. ¿No hemos hablado bastante? ¿Por qué más?

D. SAL. ¡Ea! lo digo. Porque está enamorado de tí.

VAL. ¿De mí?... ¿El?... ¿Leoncio? (Todo su asombro es falso.)

D. SAL. Es decir, enamorado como él se enamora. No creas que se trata de un amor puro, de un amor que redime. No: tú no te redimes á él.

VAL. (Sonriendo con expresión de duda.) ¡Qué cosas dice usted!

D. SAL. Valentina, siempre fuiste franca conmigo. Nunca tu pensamiento huyó de mí. Y es que tu pensamiento era cristal por lo puro, y el cristal todo él, se deja penetrar por la luz. ¿Se ha enturbiado ese cristal? Valentina, ¿no sabes que Leoncio te ama?

VAL. (Con resolución.) Sí: lo sé: me lo ha dicho: me ha escrito.

D. SAL. ¿Y sus cartas?

VAL. O las he roto ó las he devuelto sin leerlas.

D. SAL. ¿Todas?

VAL. (Bajando la cabeza.) Menos una.

D. SAL. ¿La última ó la primera?

VAL. (En voz baja.) La última. (Pausa.)

D. SAL. Valentina, hija mía, para los seres más perfectos y más puros, llega un momento de crisis y de *tentación*. Quiso asaltar la tentación al Hijo de Dios, ¡para que no nos asalte á nosotros! No me engañes, que á tí te engañas: no rechaces mi consejo, que lo necesitas: he sido un padre para tí, pues seguiré siéndolo. Vamos, Valentina, ¿qué sientes por Leoncio?

VAL. ¡Todo cuanto puede sentir un corazón de mujer! ¡Le quiero mucho, muchísimo! ¡Le quiero de una manera insensata! ¡Eso siento! (Acercándose á él y casi al oído.)

D. SAL. ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande!

VAL. ¿Por qué le quiero? No lo sé. El no es digno de mi cariño. El me quiere como ha querido á tantas. Soy para él una mujer más: un capricho; quizá un recuerdo: la Valentona que lloraba en sus brazos. Y estas memorias dan cierta novedad á su amor y le prestan la lejana pureza de la niñez. Por eso cree que me quiere como no ha querido nunca. El, de buena fe lo imagina, pero ya sé que que no es verdad.

D. SAL. Pues si estás convencida de que no es verdad, ¿por qué te interesa ese desdichado?

VAL. Qué sé yo. Quizá por eso: porque es desdichado. No: aunque no lo fuese, le querría: no he de engañarme á mí misma. Yo no

puedo explicarme esto que me pasa. Es estar á la orilla del mar y sentir que la inmensidad tormentosa me llama á sí. Es querer luchar constantemente y ser constantemente vencida. Es querer despreciarle y es amarle cada vez más. ¡Si viera usted cuánto he rezado para que Dios se lleve estos pensamientos! ¡Noches enteras en oración! Y cuando nerviosa, febril, desesperada, me arrojaba del lecho medio desnuda y me ponía de rodillas á seguir mi rezo, pensaba oir la voz dulce y burlona de Leoncio, diciéndome: «Tápate, Valentona, que te enfrías.» Y pensando que él me estaba viendo, me metía otra vez apresuradamente en la cama, me tapaba la cabeza con la colcha y rezaba en voz muy alta para no oir aquella voz cariñosa y burlona: «Tápate, Valentona, que te enfrías.»

D. SAL. ¡Hija, hija... no hay más que un recurso: tierra por medio! Mañana mismo, sin avisar á nadie, nos marchamos.

VAL. Tiene usted razón, nos marchamos. Pero... mañana, no: pasado mañana.

D. SAL. No, eso no. Hoy mismo, esta tarde.

VAL. No puede ser: antes he de ir al *Yatch*: lo sabe todo el mundo: y presumiría Leoncio que le temo. Yo no le temo á él: en todo caso, me temería á mí misma: y á mí no me temo tampoco. Yo siempre haré lo que deba. Me caeré muerta de dolor: me desharé en lágrimas á mis solas; pero Valentina, es Valentona, como decía ese miserable de Leoncio.

D. SAL. Eso es orgullo, y el orgullo es pecado, y los orgullosos se desploman. Hija, no se puede tener orgullo en nada, ni siquiera en la virtud.

VAL. No, no me convence usted: no me comprende usted. Don Salustio, yo creo que haría muy mal huyendo de Leoncio. (Con nuevo arranque y variando de idea.)

D. SAL. ¡Ya te arrepientes, desdichada, de haberte arrepentido!

VAL. No es eso. Compréndame usted. Cuando más peligro corro; (En voz baja.) cuando más combatida me siento; cuando soy más débil; cuando más le amo, es cuando *está él lejos* y *yo estoy* sola. Cuando está á mi lado ese hombre, quisiera tener un látigo para sacudirle el rostro, á ver si se le caía la careta; ¡para sacudirle el cuerpo de podredumbre y de polilla! ¡Oh! ¡Entonces sí que necesito todo el amor que le tengo para no odiarle! Todo lo que me dice, me parece mentira; todo cuanto hace, engaño; y su sonrisa cariñosa, mueca de burla. ¡Oh! ¡Si yo le tuviera siempre junto á mí, me había salvado! ¡Tenerle, sí; tenerle siempre junto á mí! (Con ansia de amor, aunque ella dice y piensa que es para odiarle.)

D. SAL. ¡Valentina!...

VAL. ¡Para aborrecerle, para conseguir aborrecerle, para eso!

D. SAL. ¡Astucias de la pasión y añagazas del diablo son esas, Valentina!

VAL. No lo crea usted; yo sé lo que me digo. Yo á quien temo no es á él: es al Leoncio de mis ensueños y de mis vigilias. Es al Leoncio purificado por la distancia. Al que lucha con el mar, cuando todos retroceden cobardes, Felipe entre ellos, y arranca hombres á las olas. Es al Leoncio, que daría su vida por mí, si se la pidiese. Es al Leoncio, todo corazón, que me salvó del fuego cuando niña, diciéndome: «¡Escápate, Valentona!» y mandándome un beso á través de la puerta! ¡Ese beso, cuando me lo dió, era un beso chiquiquitito, como niños que éramos. Después ha crecido, á medida que crecía él y que crecía yo, y hoy es tan grande como mi alma y la está besando toda ella!

D. SAL. ¡Valentina!

VAL. ¡No sabe usted lo que sufro, y lo que gozo con sufrir! No dirá usted que no soy franca.

D. SAL. Lo que digo es que haces esfuerzos desesperados para engañar á tu conciencia con so-

fismas de tu imaginación y de tu pasión desastrosa. El deber no tiene más que un camino: áspero, pero recto. ¿Le quieres? ¿Es una infamia quererle? Pues huye, no quiero mentiras, ni argucias, ni pamplinas románticas. (Pequeña pausa.) Si soy muy duro contigo, es que te quiero muy de veras.

VAL. Lo sé. Pero Leoncio no es un miserable como usted dice.

D. SAL. ¿Ya le defiendes?

VAL. Es un pecador; un gran pecador si usted quiere; pero los pecadores pueden salvarse. Quien dejó *el buen camino* puede volver á buscarlo; que si el diablo pone atajos para salir, Dios pone atajos para volver.

D. SAL. ¿Y tú eres uno de esos, eh? ¿Tú vas á redimir á Leoncio? (Con tono burlón.)

VAL. ¡Quién sabe! Yo soy la compañera de su niñez, su amiguita, su Valentona. Yo tengo la obligación de salvarle, de intentarlo al menos. Si no lo hago por miedo á mí misma, es una cobardía y un egoismo. ¿Dígame usted si no sería un egoismo?

D. SAL. ¡Qué astuta es la pasión, y cómo inventa cosas bonitas! ¡Al abismo vas, Valentina! No; él viene á tí para ahorrarte la mitad del camino. (Señalando hacia fuera.)

VAL. (Mirando.) ¡Leoncio!

D. SAL. Sí; él. A ver cómo redimes al pecador, que será lance curioso.

VAL. ¡Tiene usted razón! Nos vamos ..nos vamos... Pasado mañana nos vamos.

D. SAL. ¿Y mañana?

VAL. A ver el *Yacht*... Es ya un compromiso, padre mío.

ESCENA VI

VALENTINA y DON SALUSTIO; LEONCIO, deteniéndose en la puerta de la verja

LEON. ¡Ella!... ¡Sí; pero con don Salustio!... ¡Nunca está sola!... ¡Hay para volverse loco!... ¡Ah!

¡Si para aislarla del mundo entero pudiera hacer alrededor de mi Valentina un mar con mi propia sangre, no me dejaba ni una gota en las venas! (Avanzando con ímpetu y sin poder dominar su ira.) ¡Muy felices!

D. SAL. ¿Eres tú?

VAL. Felices, Leoncio. (Afectando indiferencia.)

D. SAL. ¿Qué tienes? (A Leoncio.) ¡Vienes inmutado! ¡Aprietas los puños! Cuando el diablo se encoleriza, buena señal para los ángeles.

LEON. ¡Ah! ¿Usted nota en mí?... ¡Pues, sí señor!... (Con cambio repentino.) Pero no es ira ni cólera. ¡Es que vengo afectado, muy afectado... hondamente afectado!

D. SAL. ¿Por qué? ¿Te salió mal alguna picardía?

LEON. ¡No es eso. ¿Qué idea tiene usted de mí? Es... que el pobre don Baudilio... no hay más... se está muriendo!

VAL. ¡Don Baudilio!... (Alarmada.)

D. SAL ¿Qué has dicho?... (Lo mismo.)

LEON. Lo que acaban de asegurarme en el Casino. *¡Un ataque... un derrame... un accidente horroroso!...* Decididamente, *lo mato...* es decir, ¡decididamente se muere! Por eso he venido; á decírselo á usted. El pobre don Baudilio está en una casa de huéspedes: sólo, abandonado: se va á morir como un perro. Conque, yo pensé, puede que don Salustio quiera ir.

D. SAL. ¡Pues no faltaba más! Ya lo creo; ahora mismo. (Toca un timbre.)

VAL. ¡Válgame Dios, qué desgracia!.. ¿Pero no habrá exageración?

LEON. No, no la hay ¡El pobre don Baudilio cayó desplomado! ¡Aquellas neuralgias habían de concluir por algo... por algo siniestro!

CRIADA ¿Llamaba el señor?

D. SAL. Sí. Mi sombrero... mi bastón... ¡pronto!.. ¡Ah!... (Acercándose á la criada y en voz baja.) y le dice usted al señorito Felipe que venga al momento: que Leoncio desea hablarle. (Sale la criada.) (No te quedarás tú sólo con Valentina, que buen perro de presa te dejo.) (Aparte.)

LEON. ¿Pero no va usted? Mire usted que está acabando: ni el *Santo Oleo* le llega... Vamos, don Salustio...

D. SAL. Ya voy, ya voy. Señor, ¡lo que somos! ¡si no somos nada!

VAL. ¡Pobre don Baudilio!

CRIADA Tome usted, señor. (Le da bastón y sombrero.) Ya viene el señorito. (También en voz baja: sale.)

D. SAL. ¿Y tú? (A Leoncio.) ¿No vienes conmigo?

LEON. Me he tomado la libertad de citar aquí á un médico amigo mío, y en cuanto llegue, vamos los dos.

D. SAL. Bueno. Y que vaya también Felipe. ¿Eh?

LEON. ¿Pero usted no va?... ¡Que el pobre hombre está sólo... abandonado... moribundo!

D. SAL. Sí... sí... al instante. (Mirando hacia dentro.) Ya está ahí Felipe. Adiós... no tardes... ¿Qué somos?... ¿qué somos?... ¡Tierra... polvo... nada!... (Sale.)

LEON. (¿Qué somos? ¡Posmas!... ¡Eso somos! ¡Pero ya te eché á costa de don Baudilio!)

ESCENA VII

VALENTINA, LEONCIO y FELIPE

LEON. ¡Al fin te encuentro esta vez sola! (Acercándose con ansia.)

VAL. Ni esta vez. Ahí tiene usted á Feiipe.

LEON. ¡Otro imbécil! ¡Ah, entre todos van á volverme loco! ¡Haré un desatino! ¡Valentina, haré un desatino!

VAL. Será uno más.

FEL. Buenos días, Leoncio.

LEON. Muy buenos.

FEL. Me dijo la criada que deseaba usted verme.

LEON. ¿Yo? No. Entendió mal. Fué don Salustio; pero no tuvo paciencia para esperarle, y se fué. Encargó que inmediatamente se fuera usted tras él.

FEL. ¿Con él? ¿A dónde?

LEON. A casa de don Baudilio, que está muy malo, malísimo, mortal. ¡Ya se habrá muerto! Cuando usted llegue, acabó.

FEL. ¿Pero es verdad?

VAL. Sí; está muy grave.

FEL. ¿Y me llama don Salustio? ¿Es cierto, Valentina?

LEON. Yo lo afirmo. ¿Usted lo duda? ¿Es que yo miento? (Con ira.)

FEL. Son preguntas á que no me creo en la obligación de contestar.

LEON. Pero yo me creo obligado á pedir, á exigir, á obtener una contestación, señor mío.

VAL. Basta. En efecto, don Salustio dijo que fuera usted.

FEL. ¿Y usted qué dice?

VAL. Que debe usted ir.

FEL. ¿Ahora mismo?

VAL. Ahora mismo.

FEL. Obedezco. (Se inclina ante Valentina; se inclina ligeramente ante Leoncio y sale.)

LEON. ¡Al fin! (Felipe se vuelve en la verja y saluda.)

VAL. Adiós, Felipe. Gracias.

ESCENA VIII

VALENTINA y LEONCIO; después DON BAUDILIO

LEON. Fué prudente.

VAL. ¿Prudente con usted, Leoncio? No se haga usted ilusiones. Fué respetuoso conmigo.

LEON. No perdamos el tiempo. Deseaba esta ocasión, como el condenado desea un rayo de luz que le diga: «¡por aquí se sube al cielo!» ¡Y nunca te encuentro sola! ¡Siempre impertinentes, siempre necios! Tentaciones siento de arrojarlos uno por uno al mar. ¡Valentina, no huyas de mí! ¡Valentina, no me odies, no me desdeñes! ¡Ven aquí; óyeme! ¡Tengo que decirte muchas cosas, ya que no quieres leer mis cartas!

VAL. Pues concluya usted pronto de decirlas, porque creo que viene gente.

LEON. ¡Todavía... más gente!... ¡No!... ¡Yo me volveré loco! A ver... ¡Ah... sí... es don Baudilio... el imbécil, que no acaba de morirse!

VAL. ¿Pero qué dice usted?... ¡Don Baudilio!... ¿Pero no estaba muriéndose?... ¿Pero qué farsa es esta?

LEON. Dijeron en el Casino que le había dado un síncope, y yo exageré el accidente para echar gente de aquí. Por lo visto le pasó ya. ¡Es lo más inoportuno! Ni morirse á tiempo sabe.

VAL. ¡Siempre mentiras, ruindades, pequeñeces ridículas! ¡Siempre el histrión; nunca el caballero! (Con desprecio profundo.)

LEON. Eres injusta. Del todo no fué mentira. Y, además, ¡qué me importa mentir, si mintiendo me acerco á Valentina! Si en el mundo todo es mentira, todo, menos una cosa; ¡que yo te amo, te adoro! ¡Por tí, todo: héroe ó histrión, santo ó protervo! Una sola verdad, toda hermosura: ¡Valentina! ¡Un solo amor: el mío! ¡Todo lo demás, nada!

VAL. ¡Silencio!

D. BAU. (Desencajado, pálido, con el lado izquierdo totalmente fruncido.) ¡Ay, Valentina! ¡ay, Leoncio! ¡Creí que se quedaban ustedes sin este buen amigo! (Con enternecimiento y apretándoles la mano.)

VAL. ¿Se siente usted muy mal?

D. BAU. ¡Ay, no sé, no sé; no sé si tengo cabeza! ¡Ya no es dolor... *es el acabóse*, el delirio, el fin del mundo! (Leoncio le mira colérico.)

VAL. ¿Pero no se le calma á usted con nada?

D. BAU. Con nada, hija mía. Siete papelitos de antipirina, píldoras antineurálgicas de todos los doctores, todos los bromuros que existen! ¡Café frío, café caliente; con azúcar, sin azúcar! Tres duchas esta mañana, cuatro inyecciones hipodérmicas esta tarte. Pégueme usted un tiro, Leoncio, á ver si mejoro.

LEON. (Paseándose apresuradamente.) Con mucho gusto, don Baudilio.

VAL. ¡Válgame Dios!

LEON. (Parándose de repente ante él.) Está usted así porque quiere.

D. BAU. ¿Qué dice este hombre? ¿Porque yo quiero?

LEON. Sí, señor Usted se entrega á mí, y en media hora... *bueno*.

D. BAU ¿Cómo... qué?... Mire usted, yo he tomado todo cuanto hay que tomar: (Enumerando con acento cada vez más afligido.) aconitina, narcotina, laudanina, metritilamina, benzoetilamina, y no sé á quién acudir, como no acuda á la Providencia divina.

LEON. ¡Narcotina! ¡Laudamina!... todas esas son porquerías. En veinte minutos le pongo á usted como nuevo.

D. BAU. ¡Pues disponga usted de mí! ¡Don Leoncio de mi alma, disponga usted de mí! (Levantándose con desesperación.)

LEON. ¿De veras?

D. BAU. ¿Qué debo hacer?

LEON. Primero, se va usted de aquí á escape.

D. BAU. ¡Hombre!

LEON. Se va usted al muelle...

D. BAU. ¿Y me tiro al mar?

LEON. Eso, al fin. Por el pronto, se va usted al muelle; allí está mi lancha atracada. Usted conoce al patrón, se mete usted en ella y se va usted al *Yacht*. Sube usted con cuidado, pero si se cae usted al agua, mejor.

D. BAU. (Con decisión.) ¡Mejor! ¡Eso digo yo, mejor!

LEON. Le pide usted al contramaestre lo que yo tomo para las neuralgias, ¿eh? una mezcla de *castaña de las Indias* y de *triaca-magna*.

D. BAU. Eso no lo había tomado nunca. (Con cierto asombro.)

LEON. ¿Lo ve usted, hombre de Dios?

D. BAU. Pues adiós.

LEON. Espere usted. Después se echa usted en mi camarote, y como el mar está muy picado, se mareará usted horriblemente. Se queda usted en el *Yacht* ocho días, y no hay recurso; con la castaña, la triaca, lo que usted lleva tomado y el mareo, ó revienta usted, ó se pone bueno.

D. BAU. ¡Pues allá voy!

LEON. Por ahí debió usted empezar.

D. BAU. ¡Un abrazo! (A Leoncio.) ¡El mareo!... ¡Ah, sí, el mareo! ¡Eso es lo que yo apetezco! ¡Adiós, Valentina!...

VAL. ¡Adiós, don Baudilio!

D. BAU. (Saliendo vacilante.) Sí... el muelle... la castaña... la triaca... el mareo... ¡ó la muerte!

VAL. ¡Pobre hombre!

ESCENA IX

VALENTINA y LEONCIO

LEON. Y ahora los dos. Los dos solos.

VAL. Sí; solos hemos quedado. (Con frialdad.) Solos usted y yo.

LEON. Siempre *usted*. Cuando éramos niños, de otro modo nos hablábamos

VAL. Por eso, porque éramos niños.

LEON. Y por eso te ruego que me digas: «te quiero, Leoncio.»

VAL. Y como yo no aliento locuras, sólo le digo á usted, basta, Leoncio.

LEON. Pero tú has olvidado lo que soy. Eres tan terca como cuando eras niña; pero yo lo soy mucho más. Has de contestarme, Valentona: ¿me quieres? ¿me odias?

VAL. ¡Odiar! ¡No lo permita Dios! ¡Odiar! á nadie. Ni al más criminal. Ni al más envilecido. Ni al más infame. En todo caso compadecerle, pedir por él, rezar por él.

LEON. (Con alegría y esperanza.) ¿Rezas por mí? ¿la santita se acuerda de mí? ¿Dices al menos por las noches: «un Padre Nuestro, porque Dios traiga al buen camino á ese desdichado?» Al menos, responde á esta pregunta.

VAL. No tengo obligación de responder. Yo procuro cumplir mis deberes como puedo; pero en todo caso no es usted mi confesor. ¿Para qué quiere usted que responda? ¿Para burlarse de mis creencias? ¿Para hacer escarnio

de mi piedad? Para pensar: «¡pobre chiquilla, ella rezando por mí para salvarme de la perdición, mientras yo estoy pensando en la suya!...» (Conteniéndose.) ¡Jesús, qué cosas digo!

LEON. ¿Qué dices? ¡Yo!... ¿En tu perdición?... ¡Valentona, si por tí doy yo mi vida! ¡por tí! ¡ahora mismo! ¡pídemela!

VAL. No se trata de la vida. ¡La vida, qué importa! (Cambiando de tono.) Sí, la vida importa: al fin Dios nos la ha dado, y aunque es muy triste, aunque es un valle de lágrimas, á veces cruzan rayos de luz que en la lluvia de llanto pintan un iris muy hermoso. ¡Qué hermoso es un arco iris pintado en una lluvia de llanto!

LEON. Pues para tí ¡uno de esos rayos de luz, soy yo! ¡Llora, llora, que yo pintaré el iris!

VAL. ¡Usted! No. ¡Esos rayos vienen de arriba! ¡No vienen nunca de charcas, ni de lodazales, que es por donde usted se revuelca!

LEON. ¿Pues por qué no me das la mano para sacarme?

VAL. Usted tiene más fuerza que yo: yo no podría sacarle, y usted me haría caer dentro.

LEON. Tú eres capaz de hacer de mí cuanto quieras. De corregirme, de purificarme. ¿Quieres que sea santo? Pues que ensanchen el Calendario. ¡Ea, ya tenemos otro San Leoncio!

VAL. ¡No se burle usted!

LEON. ¡Si no me burlo! ¡Si por tí, soy capaz de todo! ¡De lo absurdo, de lo imposible! ¡De lo que hace un mes me hubiera hecho estallar en una carcajada! ¡Vamos!... ¡Si esto es volverse loco! Valentina, Valentona, ¿quieres que nos casemos? (Entre burlas y veras: con alegría, con risa: conmovido y burlón.)

VAL. ¡Casarme contigo! (Le tutea por primera vez.) ¿Qué estás diciendo?... ¡Casarme contigo!... ¿Contigo?

LEON. Sí: nos casamos y nos vamos en el *Yacht*.

VAL. (Cambiando de tono.) ¿A dónde me lleva usted? ¿A la India ó al Africa?... ¡Como á aquellas!

LEON. ¡A donde quieras! ¿Al cielo? Pues al cielo voy contigo, á ponerme alitas blancas y á volar entre los angelotes. ¿Al infierno? Pues al infierno bajo abrazado á tí; á bañarnos en ríos de lava, á ponernos coronas de fuego, á besarnos por toda una eternidad, entre tormentos infinitos, con un beso que no acabe nunca.

VAL. ¡No digas eso! ¡no digas eso!... ¡no diga usted eso!... ¡Mucho me quiere usted y me obliga á oir esas cosas! (Sin saber lo que dice, aturdida y fascinada.)

LEON. Yo no te obligo: puedes irte y no te vas.

VAL. Es verdad: pues me voy. (Moviéndose un pocc.) Me voy. Y ya no me verá usted nunca: nunca. ¿Lo comprende usted? (Acercándose.) Me voy para siempre.

LEON. ¡Si lo que haces es acercarte! ¡Tontuela, si tú me quieres! ¡Tus ideas, tus preocupaciones quieren separarte de mí; pero mi corazón le ha echado un ganchito al tuyo y no se va! ¿Lo ves? No te sujetan mis brazos y estás junto á tu Leoncio. ¡Como cuando éramos niños, Valentona! ¿Te acuerdas cómo te apretaba? ¡Pues ahora tengo más fuerza! ¡Como ahora te coja, quedas aquí ya para siempre! (Abrazándola.)

VAL. ¡No! (Desprendiéndose.) Para nunca. Mañana mismo me voy con don Salustio: está resuelto: esta es la última vez que me ve usted.

LEON. ¿Huir de mí? ¿No verte ya? ¡Ah! ¡eso sí que no ha de ser! ¡Tú no me conoces! Has de ser mía: mi amante, ó mi esposa, ó mi esclava: lo que tú quieras. No... no... ¡mi Valentona ha de ser mi mujer! ¡y todo el mundo ha de verla orgullosa y feliz, colgadita de mi brazo!

VAL. (Tristemente, pero ya dueña de sí.) No desatine usted, Leoncio. Yo no quiero, yo no puedo ser su esposa de usted.

LEON. ¿Por qué? Pronto, dílo: ¿por qué? (Nervioso, irritado.)

VAL. Porque se elige por compañero para toda la

vida, al que puede serlo en esta vida y en la otra: hay otra, aunque tú no creas en ella. A un hombre digno, noble, á quien se ame y á quien se respete. ¡Yo acaso te amaría! (Con arranque.) Pero no te respetaría nunca. A un hombre á quien se le pueda pedir un consejo, ¿y qué consejos me darías tú, si yo fuese tan imbécil que te los pidiera? A un hombre cuyo brazo se pueda tomar, sin tener que preguntarle: «¿á dónde me llevas hoy? ¿á la orgía, á la carcel ó al manicomio? ¡No, contigo nunca!

LEON. ¡Valentina!

VAL. A un hombre así, no se le da ni nuestro porvenir, ni nuestra alma, ni nuestro corazón; y si el alma y el corazón son tan débiles que hacia él se van, antes se desgarra una el corazón que lo desgarre él, y se hunde el alma en la sombra de un claustro, ó se hace una hermana de la caridad; que más vale curar podredumbre ajena, que sentirla en nuestro espíritu ó en el del sér por el cual daría una su salvación. (Ya sin poder dominarse.)

LEON. ¡Pero si es que tú puedes hacer de mí lo que quieras! Amándome, como me amas, porque eso se conoce... ¡si lo conoceré yo! ¿Soy un niño?... (Con fatuidad de libertino.) Tú puedes transformarme.

VAL. ¡Oh!... ¡Esa ciencia que tan bien sabes, te imposibilita para conocerme á mí, miserable!

LEON. ¡Pero si es que eres para mí, lo que no ha sido ninguna mujer de este mundo!

VAL. ¡Imbécil!

LEON. ¡Si eres mi único amor! ¡Yo he visto mujeres más hermosas que tú, que no tienes más que palideces de santa y unos ojos que brillan mucho! ¡Y más dulces que tú, que no tienes más que asperezas y espinas y amargores de guindo silvestre! ¡Y más buenas que tú, que con todas tus piedades religiosas, no tienes ni una palabra de esperanza, y por miedo á condenarte conmigo, no quie-

res subir al cielo conmigo! Pues bien, yo te prefiero á tí con todas tus espinas y crueldades, con todos tus amargores y egoismos, á todas las mujeres de este mundo.

VAL. ¡No se trata de *preferir*! ¡Se trata de ser *única* siempre! Tú no comprendes nada; nunca seré tuya.

LEON. Hoy le pido tu mano á don Salustio.

VAL. Te la negará. Y si él te la concede, te la negaré yo. Busca otra mujer, que entre todas esas que dices, alguna habrá mejor que yo.

LEON. No; tú.

VAL. ¡Te juro que no! ¡Jamás! ¡Nunca! Tú, á gozar; yo, con mis palideces y mis egoismos, muy lejos. Mañana mismo, hoy, esta tarde.

LEON. (Cogiéndole del brazo.) ¡No harás eso que dices!

VAL. ¡Demasiado sabes que sí!

LEON. (Ya loco.) ¡Es que tendréis que pedirme de rodillas, tú y don Salustio, que te acepte por esposa! ¿Tú no comprendes lo que yo soy?

VAL. (Desprendiéndose.) ¡Pobre demente! ¡Quiere ser terrible y es ridículo! ¿Vas á darnos muerte á don Salustio y á mí?

LEON. ¡No me precipites! ¡Por última vez!

VAL. ¡No!

LEON. ¡Valentina!..

VAL. ¡Silencio! (Señalando hacia fuera.)

ESCENA X

VALENTINA, LEONCIO, OROSIA, LUCÍA, DON TRIFÓN y DON CRESCENCIO. Las mujeres entran impetuosamente; los hombres con reposo

OROSIA (Á Leoncio.) ¡Al fin le encontramos!

LUCÍA Gracias á Dios.

LEON. ¿Me buscaban ustedes, señoras?

OROSIA En compañía de estos señores.

LEON. ¿Puedo servir á ustedes en algo?

OROSIA Se ha fijado para mañana la visita al *Yacht*.

LUCÍA Si no es molestia para usted.

LEON. Molestia, nunca. Honor, siempre.
OROSIA ¿Han acabado ustedes de enterarse? ¿Tendremos buen tiempo? (A don Trifón y don Crescencio.)
D. TRIF. (Mirando hacia arriba.) El viento cambió otra vez.
D. CRES. Esta tarde podremos decir algo. (Mirando hacia abajo.)
LUCÍA Será inútil; de todas maneras iremos.
LEON. Yo respondo de vidas y haciendas. Sobre todo, de las vidas. ¿Y quiénes son ustedes los de la expedición?
LUCÍA Los que usted ve.
LEON. ¿También Valentina?
VAL. También.
LEON. (Riendo.) Pero, ¿usted se atreverá? ¿A que no? Ya ve usted que estos señores no responden del tiempo. ¿Y si tenemos tempestad?
VAL. ¿Qué importa? Iré.
LEON. ¿Tendrá usted valor? (Con tono burlón.)
VAL. Creo que sí.

ESCENA XI

VALENTINA, LEONCIO, OROSIA, LUCÍA, DON TRIFÓN, DON CEESCENCIO y DON SALUSTIO

D. SAL. Pero, ¿dónde está don Baudilio? En su casa no está. ¿A dónde se lo han llevado?
LEON. Cálmese usted. Las noticias fueron exageradas. Por ahora no corre peligro.
D. SAL. ¿De veras?
LEON. Respondo de don Baudilio, y respondo de estas señoras y de estos señores.
D. SAL. Fiador poco seguro.
D. TRIF. (Mirando hacia arriba.) Otra vez el tercer cuadrante.
D. CRES. (Mirando hacia abajo.) Mañana tendremos ciclón.
VAL. Al *Yacht* mañana y de cara al peligro.
D. SAL. ¡Quien ama el peligro en él perece!
VAL. Si es cobarde.

LEON. Usted no lo es.

VAL. Ya ve usted que no. Yo *desprecio, desprecio profundamente* el peligro. Y lo *despreciaré* siempre.

LEON. Pues mañana.

VAL. Pues mañana.

D. SAL. (Aparte á Valentina) ¿Vas á ir?

VAL. Sí. (Lo mismo. Los demás hablan y ríen.)

D. SAL. ¡Sea... lo que Dios quiera! (En todo este final los personajes forman un grupo bien estudiado. Don Trifón mira hacia arriba; don Crescencio hacia abajo, pero sin exageración. Orosia y Lucía ríen y hablan con Leoncio, y aparte están don Salustio y Valentina.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día

ESCENA PRIMERA

OROSIA, LUCÍA y DON TRIFÓN

OROSIA ¿Quién había de decir que una?... ¿Cómo le llamaremos? ¿*Una expedición*?

D. TRIF. (Con tono de maestro.) La *expedición* es empresa de guerra, que generalmente se realiza por mar. Y la nuestra, aunque se realizó por mar, no fué de guerra.

OROSIA Pero que va á dar *mucha guerra*. Y en que habrá por lo menos una víctima. (En voz baja y con intencionado acento á don Trifón.) ¡Ea! pues yo la llamo *expedición*. Y decía, que nadie hubiera creído que una expedición que prometía ser tan alegre, acabase de un modo tan... tan desastroso. Porque ha sido *desastroso*, por las consecuencias principalmente. (Con tono de misterio.)

D. TRIF. Yo lo anuncié, amiga Orosia.

LUCÍA Sí, don Trifón lo anunció. Es verdad.

OROSIA ¡Si fué una verdadera locura! ¡Qué viento... qué lluvia! ¡Parecía que el mar se había vuelto del revés! ¡Qué mar! ¡No tenía más, que abajo muchos abismos y arriba mucha espuma!... ¡Qué temporal, Dios mío!

LUCÍA La pobre Valentina debe estar ahora con un mareo espantoso, si no es que el *Yacht* se fué á pique y se ahogaron ella y Leoncio.

OROSIA Basta, hija, basta. No hagas más comentarios.

LUCÍA Yo digo que le puede pasar á ella lo que nos pasó á nosotros.

D. TRIF. Para nosotros no pasó todo ello de un buen susto y de un mareo.

LUCÍA Aquí viene don Crescencio.

OROSIA A ver si trae noticias.

ESCENA II

OROSIA, LUCÍA y DON TRIFÓN: DON CRESCENCIO, que entra mirando al suelo

OROSIA ¡Don Crescencio! Repare usted en la gente.

D. CRES. Es verdad: ustedes perdonen. Pero en fin, cada cual á lo suyo, y todos á lo mismo. (Con malicia.) Don Trifón, á las palpitaciones atmosféricas; yo, á las palpitaciones terrestres; don Baudilio, á las palpitaciones nerviosas; Leoncio, á las palpitaciones de uno y otro pecho enamorado. El universo es una eterna palpitación. (Da la mano á Orosia y á Lucía.)

OROSIA *Intencionado* viene usted don Crescencio.

D. CRES. He andado por ahí, y he recogido *rumores*: no del esferoide terrestre, sino de la sociedad veraniega.

LUCÍA ¿Y qué dicen, qué dicen?

D. CRES. Parece que la visita al *Yacht* fué tempestuosa y de consecuencias... para la pobre Valentina.

OROSIA ¡Ah, sí señor!

D. CRES. Pues yo no conozco los pormenores. Cuenten, cuenten. (Algo distraído y mirando hacia abajo.) Pero ante todo, ¿qué es de don Salustio?

OROSIA No está, no hay nadie en casa. Ni don Salustio, ni Felipe: de la pobre Valentina no hay que hablar. ¡Irá por esos mares!

LUCÍA No hay cuidado; no hay cuidado; va con Leoncio.

OROSIA ¡Vamos, hija! (Dirigiéndose después á don Crescencio.) Pues don Salustio y Felipe estarán por el muelle, por la capitanía del puerto, por el semáforo... buscando noticias del *Yacht.* Y nosotros aquí con la ansiedad consiguiente. Son cuarenta y ocho horas que Valentina y Leoncio andan por esos mares de Dios.

D. CRES. O del diablo. Conque á ver, venga el relato.

D. TRIF. Pues bien, nos metimos en la lancha de Leoncio... ¡y al *Yacht!* que estaba muy lejos; en la boca del puerto.

OROSIA ¡Qué olas!

LUCÍA ¡Qué espumas!

D. TRIF. ¡Imponentes!

LUCÍA ¡Pero nosotras, heróicas!

D. TRIF. A la mitad del camino, Felipe quiso que volviésemos, pero Valentina no quiso ¡Esa sí que estaba heróica con su impermeable de capucha! (Riendo.) ¡Muy pálida, el cabello revuelto, separándose continuamente los mechones que el viento le echaba á los ojos, como si la tempestad *quisiera cegarla*, sonriendo con aire triunfante y mirando siempre al *Yacht!* Diríase que iba en un bote de salvamento á salvar á Leoncio.

OROSIA Es que vió á Leoncio pasar la barra cuando salvó á los pescadores, y ella quiso hacer una cosa parecida. Es muy buena, pero aquella cabeza no rige. Es una *mística romántica.*

D. TRIF. Al cabo Felipe se formalizó, y dijo: «Yo no acepto la responsabilidad de seguir. El mar está muy malo; cuanto más cerca de la boca, estará peor. Y, sobre todo, al *Yacht* no pueden subir las señoras.»

OROSIA Y Valentina le replicó: «*ni los hombres*, si todos tienen los ánimos que usted.» Y se echó á reir.

LUCÍA Yo creo que eso acabó de marear á Felipe.

D. CRES. ¿Y qué más?

D. TRIF. Al fin, llegamos; aunque con mucho trabajo

y mucho peligro, llegamos. ¿Pero, cómo subir al *Yacht*?

OROSIA ¡Qué balances! ¡No tiene usted idea!

D. TRIF. Leoncio dió sus órdenes y bajó al pie de la escala. Nuestros apuros los tomaba á broma, y reía como un loco. Valentina reía con risa nerviosa. Los demás no reíamos, y Felipe estaba cadavérico.

LUCÍA No, señor; yo también reía. Si aquellos balances me gustaban muchísimo. Yo quisiera estar siempre balanceándome.

OROSIA Porque tú no tienes juicio. Don Crescencio, el lance no era de risa.

D. CRES. ¿Y cómo terminó el lance?

D. TRIF. Después de mil probaturas, Leoncio cogió al vuelo á Valentina, que estaba en pie en la lancha, y, como si fuese una pluma, se la llevó á cubierta. Los dos, al subir por la escala, reían, envueltos por la espuma de las olas y oscilando con formidable oscilación entre el abismo y el cielo. ¡Era un grupo muy poético!

LUCÍA ¡Más poético que el de usted y Felipe, que parecían dos desenterrados! (Riendo.)

D. TRIF. ¡Qué mala es usted!

D. CRES. ¡Válgame Dios, qué aventura!

OROSIA Bueno, *ya hay una dentro*; pero, ¿y los demás? Se hicieron muchas tentativas, todas inútiles y peligrosas. Lucía se empeñaba en ser la segunda...

LUCÍA Y lo hubiera sido. Pero Leoncio *no quiso cogerme* como á Valentina. La partida no fué igual. *Yo subo como ella, si Leoncio me coge como á ella.* (Con mal humor.)

D. TRIF. Al fin Leoncio renunció á trasbordarnos.

LUCIA Diga usted que no quiso; ya tenía á Valentina, y le bastaba.

OROSIA ¡Lucía!

LUCÍA La verdad.

D. TRIF. Para concluir: Leoncio nos gritó desde arriba, riendo mucho: «es imposible, otro día será; vuélvanse ustedes á tierra.» Entonces Felipe protestó frenéticamente: «pues que

baje Valentina.» Y Leoncio con sorna: «Ya no es posible.» Y Felipe: «pues subiré yo.» Y el otro, asomándose á la borda: «pruebe usted.» ¡Ya era fácil! Entre todos contuvimos á Felipe.

D. CRES. ¿Y se volvieron ustedes á tierra dejando á Valentina en poder de Leoncio? ¡De Leoncio!... No me parece bien.

D. TRIF. Leoncio nos gritó que se acercaría al muelle para desembarcar á Valentina; que, además, Valentina quedaba en buena compañía; y entre dos marineros, asomaron la figura descompuesta de don Baudilio, que parecía un espectro. Luego supimos que hacía cuarenta y ocho horas que estaba en el *Yacht*. (Riendo.)

D. CRES. ¡Bonita compañía y segura!

OROSIA Ello fué que volvimos al muelle á esperar á Valentina. Y aquí empieza la parte seria, muy seria, y de consecuencias graves para nuestra pobre amiga.

D. TRIF. El *Yacht* no volvió. (Bajando la voz.)

OROSIA El *Yacht* salió del puerto. (Lo mismo.)

LUCÍA Nada, que Leoncio se llevó en su *Yacht* á Valentina, á la India ó al Africa.

D. TRIF. Y así estamos.

OROSIA Una hazaña de Leoncio.

LUCÍA ¡Y figúrese usted, con este temporal!

D. CRES. ¿Y por qué se fué el *Yacht*?

D. TRIF. Hay quien dice que perdió las amarras y que tuvo que salir á alta mar para que las olas no lo arrojasen contra la escollera.

LUCÍA ¡No es eso, no es eso! Se marchó Leoncio para llevarse á Valentina.

OROSIA Oye, Lucía, ¿quieres subir al mirador á ver si ha entrado el *Yacht* en el puerto?

LUCÍA Bueno, iré; pero no se apuren por Valentina. Yendo con Leoncio, no hay cuidado. Después de todo, debe ser delicioso navegar en un *Yacht* tan hermoso, con tiempo tempestuoso y bebiendo champagne espumoso. ¡Y lo ocurrente que estará Leoncio! Nada, que yo quisiera estar en el lugar de Valentina. (Sale por la escalerita.)

ESCENA III

DON CRESCENCIO, OROSIA y DON TRIFÓN

D. Cres. ¡Qué criatura! ¡Es inocente y monísima!

Orosia Y ahora, cuéntenos usted lo que se dice.

D. Cres. ¡Se dicen tantas cosas!... ¡Y ninguna buena! ¡Ya sabe usted lo que es la murmuración!...

D. Trif. Pero, ¿qué cuentan?

D. Cres. ¡Horrores! *La noticia del día* es que Leoncio ha robado á la pupila de don Salustio; así, *en crudo.*

D. Trif. El lance se presta á comentarios, no cabe duda.

D. Cres. Algunos afirman que era *valor entendido* con Valentina; que ella se dejó robar.

Orosia ¡Qué calumnia!

D. Cres. De todas maneras, la reputación de la pobre Valentina, acabó. En el muelle, en el paseo, en el Casino, no se habla de otra cosa. ¡*La fuga de Valentina*! ¡*El rapto de Valentina*!

D. Trif. Es cierto; por desgracia, es cierto.

D. Cres. Hay quien supone... ¡hasta dónde llega la malicia!... que se trata de comprometer á Leoncio y de hacerle casar con Valentina; ¡porque como es inmensamente rico!... ¡Después de todo, la jugada sería buena!... ¿eh?

Orosia ¡Ay, calle usted, por Dios! ¡Pero también es empeño en difamar! Leoncio y Valentina no iban solos; con ellos iba don Baudilio.

D. Trif. ¡Famoso guardián!

D. Cres. Pero, ¿qué dicen ustedes?... ¡Vuelvan la vista! ¿Quién viene por allí?

Orosia ¡Don Baudilio!

D. Trif. ¡Don Baudilio!

Orosia ¡Pero entonces ya llegaron todos! ¿Cómo no están aquí Valentina y Leoncio?

ESCENA IV

OROSIA, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO y DON BAUDILIO. Don Baudilio entra resuelto y alegre: la cara expansiva y sonriente

D. BAU. ¡Orosia!... ¡Querida Orosia!... ¡Encantadora Orosia!

OROSIA ¡Don Baudilio!... (Asombrada.) ¿Qué transformación es ésta?

D. BAU. ¡Don Trifón!... ¡mi querido don Trifón!... ¡Sabio ilustre!... ¡Académico futuro!

D. TRIF. ¡Don Baudilio!... ¿Pero qué es esto?

D. BAU. ¡Don Crescencio!... ¡mi simpático don Crescencio!... ¡gloria de la seismología y de la ciencia española!

D. CRES. Pero, ¿qué tiene usted? ¿qué le pasa?

D. BAU. ¿Qué me pasa? ¿pregunta usted *que me pasa*? ¡Que *no me pasa nada*! ¡Que *no me duele nada!* ¡Que *no sé si tengo cabeza*! ¡Como si no la tuviera! ¿Comprenden ustedes felicidad mayor? Lo que ha de pedirse á Dios, es no saber que tiene uno estómago, pecho, brazos, piernas, y, sobre todo, *cabeza*. En cuanto se entera uno de que posee cualquiera de estos órganos, está uno perdido; porque el que da la noticia, es siempre *el dolor*. ¡Ay, mis queridísimos amigos, hace cuatro años, que unas veces *el frontal*, otras veces *el occipucio*, el *lado izquierdo* ó el *lado derecho*, las *cejas* ó *el trigémino*, me han estado avisando con *dolor intolerable*: «¡Baudilio, Baudilio, que tienes cabeza!» Y ahora, nada: absolutamente nada: como si me hubiesen guillotinado. Ando entre ustedes, les hablo á ustedes, les estrecho la mano... *y sin cabeza*. La dicha suprema, ¡ser acéfalo! Baudilio, *empieza en los pies y remata en la nuez*. Después, el espacio sin pesadeces, sin latidos, sin dolores. ¡Encima, de los hombros el vacío! ¡Encantadora doña Orosia, soy feliz! ¡Querido don Tri-

fón, soy feliz! ¡Soy feliz! ¡queridísimo don Crescencio! (Se deja caer en un banco ó mecedora, saturado de felicidad y alegría.)

OROSIA Vamos, sea enhorabuena. Sí, sí, tiene usted muy buen cara: parece que le han quitado á usted veinte años.

D. BAU. ¡Lo que me han quitado es la cabeza, y lo que he recobrado es el corazón! (Mirándola con ternura.)

D. TRIF. Mucho nos alegramos.

D. CRES. Nos alegramos muchísimo.

D. BAU. ¡Pues y yo!

OROSIA Vamos á ver, ¿y Valentina? ¿y Leoncio?

D. BAU. ¡Ah! ¿Valentina? ¿Leoncio? Pues tan buenos, y tan guapos, y tan simpáticos.

D. TRIF. Pero, ¿dónde quedan?

D. BAU. ¿Dónde han de quedar? En el *Yacht*. ¡Un *Yacht* encantador! (Levantándose.) ¡Creí que me moría! ¡Un *Yacht* prodigioso! A *él*, á la triaca-magna y la castaña de Indias, les debo yo mi curación. Arrojé los hígados, los hipocondrios y los pulmones. ¡Qué mareo! ¡tres días enteros! ¡tres veces recé el Señor mío Jesucristo!

D. CRES. Pero, ¿qué piensan hacer?

D. BAU. ¿Quienes?

D. CRES. Valentina y Leoncio.

D. BAU. No sé: dar vueltas por el mar, y cuando se cansen, volver á casa. ¡Ah, ellos no se marean!

D. TRIF. ¿Pero cómo está usted aquí, y cómo no han venido con usted?

OROSIA Eso es. (Pidiendo también la explicación.)

D. BAU. ¿Que cómo estoy aquí? ¡Ah, sí! Esta mañana, cruzando por delante de la *playa de los pinares*, creyeron que me moría, y yo también lo creí. Con que según parece, me bajaron atado como un fardo á la lancha y me desembarcaron.

OROSIA ¿Y por qué no desembarcó con usted Valentina?

D. BAU. No sé. Sí, vamos: á Valentina no podían bajarla como á mí. Y además, no querría

Leoncio: ó no querría ella: ó no querría ninguno de los dos. Es que á mí me bajaron atado á una cuerda: y la cuerda daba vueltas: y yo daba vueltas: miraba hacia arriba, con los ojos entornados y vidriosos, y veía un barco que se me caía encima y Leoncio asomado, viendome bajar y todo girando. ¡Así, *no ha bajado nadie más que yo!* (Con orgullo.) ¡Con los balances no caía á plomo, y dos veces, en vez de meterme en la lancha, me metieron en el mar! A la tercera, caí de cabeza en la lancha. Entonces creo que fué cuando perdí la cabeza y con ella la neuralgia. Y ya me ven ustedes, ¡otro hombre!

D. CRES. ¿Pero no comprende usted que la situación de Valentina es muy delicada? ¿Cómo pudo usted abandonarla?

D. BAU. Si yo no les abandoné; si ellos me abandonaron á mí. Además, Valentina estaba muy buena.

D. TRIF. Pero, ¿y su reputación? ¿y su nombre? ¡Sola por esos mares con un hombre como Leoncio! ¿No comprende usted que Valentina está comprometidísima?

D. BAU. ¡Poco á poco! ¡Leoncio es un caballero! ¡Al que dude de Leoncio, de mi salvador, le parto yo el corazón de una estocada! ¡Leoncio es un dechado de virtudes y de piedad y de ciencia! Leoncio no compromete á nadie, y salva y cura y regenera á todo el mundo. Si compromete á Valentina, se casa con Valentina, y si me compromete á mí, se casa conmigo. Es un decir, para que ustedes comprendan de lo que es capaz aquel corazón magnánimo.

ESCENA V

OROSIA, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO y DON BAUDILIO, LUCÍA, que viene corriendo

OROSIA ¡Qué hombre éste! ¡Pero, si es otro!

LUCIA ¡Ahí están, ahí están, ahí viene! Les he visto desembarcar. (Don Baudillo le da la mano afectuosamente á Lucía.)

OROSIA ¡Gracias á Dios!

LUCÍA ¡Cuánta gente acudió á verles! ¡Les abrieron calle! ¡Y pasaron triunfalmente Valentina y Leoncio!

D. TRIF. Ahora empieza el *Vía-Crucis* para Valentina.

D. CRES. Veremos si tiene tanto valor para las tempestades de la vida, como para las tempestades del mar.

OROSIA ¿Y cómo viene? (Con curiosídad.)

LUCÍA ¡Muy erguida!

D. CRES. ¿Y Leoncio?

LUCÍA Muy humilde.

D. TRIF. ¿La trae del brazo?

LUCÍA ¡Cá! Ella se adelanta un poco y le deja atrás como si fuese un lacayo.

OROSIA Valentina es realmente valerosa.

D. CRES. Pues con todo su valor, si Leoncio no se casa...

D. TRIF. ¡Qué disparate! Leoncio no se casa.

D. BAU. ¡Tengamos la fiesta en paz! Leoncio se casa con todas las mujeres que comprometa. ¿Si le conoceré yo?

OROSIA Con todas las que comprometa, pueda ser. Pero con Valentina, me parecé que no.

LUCÍA Yo digo que sí. Como que ya trae aspecto de marido.

D. TRIF. Pronto saldremos de dudas, porque están aquí.

ESCENA VI

OROSIA. LUCÍA, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO y DON BAUDILIO; VALENTINA y LEONCIO los dos por el fondo. Valentina trae un impermeable elegante con la capucha caída. Viene pálida, pero altiva y desdeñosa. El pelo enmarañado, y separándolo de la frente y de los ojos por movimientos nerviosos y «por la costumbre» de dos días que ha estado sobre cubierta y azotada por el huracán. Marcha delante de Leoncio, sin mirarle siquiera. Todos se precipitan á su encuentro con grandes demostraciones de interés y amistad, en que se traduce la compasión y como el afán de consolarla y protegerla, con otro tanto de curiosidad maliciosa y algo de triunfo sobre una mujer que, según ellos, cae de tan alto. Don Baudilio se precipita á abrazar á Leoncio

OROSIA ¡Valentina! (Abrazándola.) ¡Valentina!

LUCÍA ¡Picarona! (Abrazándola también.) ¡Ya te tenemos!

OROSIA ¿Cómo estás?... ¿Qué tal?... ¿Hubo miedo?

LUCÍA Esta no tiene miedo nunca, ¿verdad?

VAL. ¡Gracias, gracias, queridas! Estoy muy buena. Yo no tengo miedo nunca, como dice Lucía. ¡Pero os agradezco tanto el interés que os tomais por mí!

D. BAU. ¡Otra vez los brazos! (A Leoncio.)

D. TRIF. (Acercándose á Valentina y apretándola las manos.) ¡Quién no se ha de interesar por usted, Valentina! (En su tono hay algo de lástima y protección.)

D. CRES. (Lo mismo y con grandes demostraciones.) Todos, todos nos interesamos muy de veras por nuestra Valentina.

VAL. Sí, ya veo que todo el mundo se interesa por mí. Lo he visto al desembarcar y lo veo ahora.

OROSIA Es que estábamos con muchísimo cuidado.

LUCÍA ¡Ay, sí, hija! ¡Con mucho cuidado! Todos decíamos, pero qué le pasará á la pobre Valentina?

VAL. No sé por qué. El *Yacht* es seguro.

LUCÍA Y además iba Leoncio!

LEON. La molestia era grande; el peligro no lo era tanto.

OROSIA ¡Ay, no diga usted eso, Leoncio! El peligro era grandísimo.

D. TRIF. Para usted, (A Leoncio.) acaso no; porque *está usted acostumbrado á esos peligros.* Para Valentina era mortal.

D. CRES. ¡Mortal!

VAL. Pues con vida me ven ustedes. Y además, yo al peligro no le temo ¿Qué puede suceder? ¿Morir? Dios dispone siempre de mi vida. Si ha dispuesto que siga viviendo, ¿qué importa que se desgarren los cielos, que suban las aguas ó que se desencadenen los huracanes? Él me protegerá y me sacará á la orilla; ó agarrada á un tablón, ó entre las espumas de la resaca, ó revuelta en el cieno que las olas arranquen del fondo del mar. Si en cambio decide el Señor que muera, ¡oh! entonces, ¿para qué necesita ni océanos ni tempestades? Todos esos furores no serán por mí, que con un soplo dejo de ser. De modo que en uno y en otro caso, yo me dejo llevar por una voluntad superior á la mía, y esa palabra *peligro* significa muy poco para mí. Si me traga el oleaje, se acabó Valentina: si me revuelca en la playa, de allí me sacan, y por ahí me traen, y aquí me dejan, y aquí me consuelan y animan amigos, parientes y bienhechores.

LUCÍA ¡Esto es ánimo!

OROSIA Y resignación cristiana.

D. TRIF. Y valor á prueba.

D. CRES. Y poesía consoladora.

VAL. ¡Ah! el espectáculo de esas grandes luchas de cielos y de mares, despierta la poesía en el espíritu más prosaico. Y dos días y dos noches he estado sobre cubierta saturándome con las grandezas de la tempestad.

OROSIA ¡Dos días y dos noches!

VAL. (Con enojo contra sí propia por descender á dar explicaciones.) ¡Ay, Dios mío! No sólo me he

vuelto poética, sino jactanciosa. Y no sé por qué he dicho esas cosas... de los dos días y de las dos noches... porque ni nadie lo creerá, ni tengo interés en que nadie lo crea. (Con supremo desdén.)

LEON. Yo lo afirmo.

VAL. Afirmándolo yo, no hace falta que lo afirme usted.

LEON. Tiene usted razón, Valentina.

VAL. ¿Y don Salustio? ¡Ah! ¡pobre padre mío! por él sí que he sufrido, pensando lo que él sufriría. ¡Tenia razón! No quise obedecerle, y bien lo pago. ¿Dónde está?

OROSIA Por los muelles y por todas partes anda buscando noticias. Pero en cuanto sepa la entrada del *Yacht*, vendrá como un loco.

VAL. Hoy todos venimos á está casa como locos.

LEON. ¿Me permite usted que espere á que vuelva don Salustio? (A Valentina.)

VAL. No es mi casa: es la de su tío de usted: sin mi permiso, puede usted continuar en ella.

LEON. Pues esperaré á don Salustio.

VAL. Como usted guste.

OROSIA Todos esperamos.

D. TRIF. Todos, para acompañarle en su alegría.

D. CRES. Y para ponernos á sus órdenes.

D. BAU. Todos no. Que yo neeesito aire, movimiento y gente á quienes contar lo que me pasa ó lo que no me pasa. Adiós, Valentina: sea enhorabuena. (Le da la mano.) Otro abrazo, Leoncio. ¡Hasta la muerte! Señoras y señores... Adiós, Orosia: ¡está usted encantadora! Valentina, Leoncio, todavía tenemos que hacer otro viaje en el *Yacht*. (Sale por el fondo.)

OROSIA ¡Yo creo que perdió el juicio! Pero es muy simpático.

VAL. Es el más cuerdo de todos nosotros. Y ahora, con el permiso de ustedes, me retiraré un momento para cambiar de traje... porque vengo envuelta en ondas amargas. (Haciendo esfuerzos por reir.)

D. TRIF. Ahí viene don Salustio.

VAL. ¡Don Salustio... ¡Padre mío!... (Precipitándose

para recibirle) ¡No!.. (Retrocediendo.) Temo su enojo!... ¡fuí contra su voluntad!... Prepárenle ustedes... Díganle ustedes lo animosa que vuelvo... y lo buena que vuelvo... y lo alegre... y cuánto deseo abrazarle... Y usted, Leoncio, le pide perdón por la calaverada que hemos hecho... Y yo vendré... yo vendré... pero ahora estoy aterida... Un náufrago á quien se recoge en la playa... Adiós... adiós... ¡que me perdone... que me perdone!... ¡No vuelvo... si no me llevan ustedes su perdón! ¡Ay, Dios mío!

ESCENA VII

OROSIA, LUCÍA, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO, LEONCIO y DON SALUSTIO

D. SAL. (Entrando con gran agitación.) ¡Valentina!.. ¿Dónde está Valentina?

OROSIA Don Salustio, tranquilícese usted. Ya la tenemos. Subió á cambiar de traje. Pero viene muy buena, muy animosa.

LUCÍA Muy valentona.

D. TRIF. Ya pasó el peligro, don Salustio: ahora á descansar.

D. CRES. Ya está Valentina en puerto seguro.

D. SAL. ¡En puerto seguro! (A punto de estallar, pero conteniéndose.) Eso es: muchas gracias á todos por el interés... Abrumado por tanto interés. (Se deja caer en un asiento: todavía no ha reparado en Leoncio.)

LEON. (Acercándose.) ¡Don Salustio!...

D. SAL. ¡Leoncio!... (Levantándose con ímpetu.) ¡Leoncio! (Con acento amenazador, y queriendo precipitarse sobre él. Sin embargo, se contiene.) ¡Mise...! (Iba á decir «miserable», pero se domina, aprieta los puños y cambia la palabra.) *¡Mi señor* sobrino! ¡Ah! tenemos que hablar; pero ahora no. Hablaremos los dos... á solas. ¿Comprendes? ¡Con-

que no te agazapes en el *Yacht* y te me escapes, ¡que eres muy capaz!

D. TRIF. Pues nosotros, nos retiramos. Les vemos á ustedes tranquilos y nos retiramos.

OROSIA Yo quisiera despedirme de Valentina.

LEON. No se marchan ustedes. Lo que hemos de hablar mi tío y yo, es conveniente que ustedes lo oigan. Yo les suplico que se queden.

OROSIA Con mucho gusto.

D. CRES Si usted se empeña...

D. SAL. ¡Ah! ¿tú quieres que nos oigan? ¡Pues los sordos nos oirán! ¡cuanto más los que tienen expeditos los oídos y despierta la curiosidad.

LEON. Sí, señor: deseo que nos oigan. Conque desahogue usted conmigo sus enojos. Pero le advierto, que Valentina no tiene la culpa de nada. Un conjunto de circunstancias, de casualidades que ella no pudo prever: mi aturdimiento: el estado del mar...

D. SAL. Basta. ¿Sabes lo que iba á decir cuando, con tanta osadía como cinismo te presentaste? Pues te iba á decir, lo que te digo ahora: ¡*Eres un miserable*! ¡Has comprometido á una mujer! ¡*Premeditadamente*! ¡*traidoramente*! ¡*cobardemente*! Ya van ustedes oyendo.

OROSIA Un momento, don Salustio. ¿Quieres hacer compañía á Valentina? (A Lucía.)

D. SAL. No se apure usted. Lo que yo digo, puede oirse, y nunca oiga cosas peores esta señorita. Además, la que tanto se roza con el mundo, bueno es que vaya aprendiendo.

LUCÍA Si ustedes lo disponen, me quedaré. (Fingiendo humildad.)

D. SAL. Leoncio, todo esto que ha pasado es una trama tuya, una trama infame: bien que, con decir lo primero, está dicho lo segundo. Una trama tuya: una locura de ella, y una debilidad mía. Pero quien paga por todos, es la pobre Valentina, que llorará toda su vida la ligereza de un momento.

LEON. ¿Ha concluido usted?

D. SAL. No. Mira; un leproso es un desdichado; pero

si coge á un niño y se lo lleva y le besa para hacerle leproso como él, ya no es un desdichado, ¡es un monstruo! Un hidrófobo es digno de mucha compasión, pero si entre ataque y ataque va con plena conciencia á buscar á un sér inocente para morderle y trasmitirle su veneno, ya no es digno de compasión, sino de que sobre él disparen una escopeta como sobre un perro rabioso. ¡Pues las almas también tienen su lepra y su hidrofobia; y tú eres ante la sociedad y ante Dios, el leproso y el hidrófobo, ¡el que deshonra y el que mancha; el que *enlepra* y el que *enrabia*!

LEON. ¿Ha concluído usted?

D. SAL. No. Quiero á Valentina como si fuese mi propia hija: y no puedo... vamos, que no puedo resignarme con esto. Es muy loca, muy chiquilla, muy desobediente... pero no merecía la mancha que, con razón ó sin ella... ¡supongo que sin razón! (Avanzando con los puños cerrados hacia Leoncio.) ha caído sobre aquella frente purísima por maldad tuya.

LEON. Ahora sí que ha concluído usted. Y óigame.

D. SAL. Excusas.

LEON. Oigame usted, por amor de Dios.

D. SAL. Mentiras.

LEON. Oigame usted, y oigan todos, que tengo derecho á que se me oiga. Don Salustio, yo no soy bueno; pero no soy tan malo como usted imagina y como ustedes sospechan. Soy obstinado, soy terquísimo; cuando me empeño en una cosa, ó la consigo, *ó dejo la vida* en la empresa.

D. SAL. No, desgraciadamente no la dejaste en ninguna.

LEON. Eso prueba que vencí siempre.

D. SAL. Hasta aquí. Veremos en adelante.

LEON. Pues adelante, digo yo. Cuando suceden las cosas, ni las discuto, ni vuelvo la cabeza para mirarlas. ¿Son? Pues sean. Como han sido las acepto, y adelante.

D. SAL. Poco á poco. Lo que fué, fué; pero si no fué

como debió ser, se ajustan cuentas y se responde ante quien debe responderse, y hoy ¡se responde ante mí!

LEON. ¿Pues á qué vengo? Pude no venir: con meterme en el *Yatch* y dar vapor á la máquina, ya estaba al otro extremo del mar.

D. SAL. El mar es para todos: para el que huye y para el que persigue.

LEON. Usted no ha necesitado perseguirme para encontrarme. Y tengamos calma.

OROSIA (A Lucía en voz baja.) Esto no acaba bien. No se casa.

LEON. Por mi ligereza, ó por las circunstancias, ó por mi astucia ó mi maldad, que no me defiendo, ¿he comprometido la reputación de Valentina? Pues á reparar mi ligereza ó mi maldad vengo resuelto.

D. TRIF. ¡Hombre, hombre!

LUCÍA (A Orosia en voz baja.) (Te digo que se casa; ¡si tiene una suerte!)

D. SAL. ¿Qué quieres decir? ¡No me fío!

LEON. No lo niego. La reputación de Valentina está en mi mano. O porque la suerte la puso en ella, ó porque yo hice presa: ello es que en mi mano está. Y *á tenderle mi mano vengo*, para que vuelvan su reputación y su honra á donde deben estar: cosas tan sagradas deben estar, no en mi poder, si no en poder de Valentina. ¡Don Salustio, deme usted por esposa á mi Valentina! (Con emoción.)

D. SAL. ¿Qué? ¿Cómo?... ¡Tú me engañas!... ¡Tú eres un tunante!

OROSIA ¡Bien, muy bien!... ¡La mano, Leoncio!

D. TRIF. ¡Es usted un caballero!

D. CRES. ¡Es usted un hombre dignísimo!

LUCÍA ¡Si yo decía que se casaba!

D. SAL. ¡Me confundo, Leoncio, me confundo!

LEON. ¡No alardee usted de severo! (En tono de broma.) No sea usted aquí el Comendador de *Don Juan Tenorio*. Es usted muy buen cristiano, y el Comendador, por echarla de puntilloso y de rígido, se condenó. ¡Con que en guardia, don Salustio! No se nos convierta usted

cualquier día en estatua de piedra. Hablemos como personas *de juicio*: hoy lo tengo; aprovechen ustedes la ocasión.

D. SAL. ¡Qué demonio, hombre!... ¿Qué más ibas á decir?

LEON. Hasta aquí fuí calavera; procuraré no serlo, y Valentina y usted me ayudarán. Soy muy rico, por hoy al menos; pero ya comprendo que usted no se fía de mí, y yo tampoco me fío mucho de mí mismo.

OROSIA ¡Qué Leoncio!

LUCÍA (¡Es simpático hasta la pared de enfrente!) (Aparte á Orosia.)

LEON. Oiga usted, don Salustio, y ustedes también al cabo han de ser ustedes testigos de la boda y de los contratos matrimoniales. Para poner á salvo á Valentina de mis futuras locuras, y para infundir á usted confianza, (A don Salustio) yo le aseguro á mi mujer, como usted quiera, la parte de mi fortuna que usted disponga: y si quiere usted toda, toda: eso será lo mejor. Yo nada.

OROSIA ¡Admirable, Leoncio: no es posible amor más fino!

D. TRIF. Ni conducta más gallarda.

D. SAL. Leoncio, yo no tengo derecho para oponerme á una resolución noble y honrada: ni es cristiano rechazar á los pecadores arrepentidos. Pero tampoco puedo imponer mi voluntad á Valentina. Ella resolverá.

LEON. Pues mande usted que venga.

OROSIA (A Lucía.) Llámala tú.

LUCÍA ¡Ya lo creo: ahora mismo! (Aparte.) (Y por el camino se lo contaré todo: hasta lo de la dote. Se va á volver loca.) (Sale corriendo.)

ESCENA VIII

OROSIA, LUCÍA, DON SALUSTIO, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO y LEONCIO

D. SAL. Ahora veremos lo que ella dice.

LEON. Pero usted, ¿qué consejo se propone darle? ¡Don Salustio, no sea usted cruel!

D. SAL. No eres tú lo que se llama una buena proporción, como marido. En tiempos normales, yo no te entregaba á esa criatura. Pero, en fin, tú prometes enmendarte: las circunstancias se imponen... ¡y qué remedio!... yo le aconsejaré que acepte. Y si la aventura del *Yatch* le ha dejado siquiera una centella de buen juicio...

LEON. ¿Qué?

D. SAL. ¡Aceptará! (A Leoncio, al oído.) (Y aceptará, además, porque te ama.)

OROSIA ¿Quién duda que aceptará?

LEON. Ahora veremos. Esa mujer trae mi salvación ó mi condenación eterna.

ESCENA IX

OROSIA, LEONCIO, DON SALUSTIO, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO, VALENTINA y LUCÍA

VAL. ¿Me llamaba usted, don Salustio? Aquí estoy, aquí estoy... don Salustio. (Conmovida.)

D. SAL. ¡Valentina... mala cabeza! (Se abrazan conmovidos.) Vamos... todo pasó. Te llamaba para decirte..

LUCÍA Es inútil, porque lo sabe ya todo: lo de la dote inclusive.

D. SAL. Entonces, es inútil lo que yo pudiera decirte, y á tí te toca responder.

VAL. Bueno será que usted repita la pregunta, por si no he comprendido bien.

D. SAL. Leoncio quiere casarse contigo, y me ha pedido tu mano.

VAL. Y usted, ¿qué me aconseja?

D. SAL. Hija... yo, honradamente, no puedo darte más que un consejo: cásate, acepta. (Pausa: Valentina inclina la cabeza: luego la levanta con energía.)

VAL. Siento en el alma no poder seguir su consejo.

LEON. ¡Valentina!... (Con violencia.)

VAL. Agradezco su ofrecimiento de usted (A Leoncio.) en lo que vale, pero no lo acepto. (Todos se asombran y murmuran.)

LEON. ¿Por qué? (Fuera de sí.)

VAL. No tiene usted derecho para preguntármelo. ¡Soy libre! (A don Salustio.)

D. SAL. Lo eres.

VAL. Pues si lo soy, resuelvo de mi suerte con arreglo á mi conciencia.

D. SAL. Valentina, ¿y el escándalo? ¿Lo que todo el mundo piensa? ¿Lo que todo el mundo dice? ¿Lo que todo el mundo cree? (Afligiéndose.)

VAL. ¿Qué me importa? Dios no lo cree.

D. SAL. ¡Piénsalo bien! (Todos la rodean; ella, impasible.)

ORCESIA. Valentina, hija mía...

D. TRIF. Mire usted... que yo no me precipito; y, sin embargo...

VAL. Ni yo me precipito tampoco.

D. CRES. Usted no comprende su situación, Valentina.

VAL. Puede ser.

LUCÍA. ¡No seas tonta!

VAL. (¿Es muy rico, verdad?) (A Lucía.) He dicho que no, y vuelvo á repetir que no.

LEON. Quiero tenér calma... y quiero tener calma. Yo le ruego á usted, (A don Salustio.) que me conceda unos breves momentos para hablar con Valentina. Y yo le ruego á usted que me escuche: será la última vez. (A Valentina.) Y yo les ruego á ustedes todos que no se vayan todavía. (Agitado profundamente.)

D. SAL. Es muy justo. Retirémonos algunos instantes como desea Leoncio.

VAL. No: eso no. Lo que tenga usté que decirme, delante de todos.

LEON. No puede ser.

VAL. ¡Escrúpulos ahora! Si ya es pública la deshonra, ¿no es justo que sea pública la reparación?

LEON. Pues sea. ¿Va á usted á casarse?... ¿Vas á casarte conmigo?

VAL. No.

LEON. ¿Por qué?... Responde. ¿Por qué? (Desesperado y amenazador.)

VAL. ¡Dios mío! ¡En qué apuro me vería si todos aquellos con quienes no he de casarme, me hicieran esa pregunta! Porque no se casa una sino con aquél que ha elegido, y á los demás no hay que darles explicaciones; en suma, porque soy libre y dispongo de mí libremente.

LEON. ¡Mentira! ¡No eres libre! ¡Hice que no lo fueses! Te encadené á mí ante el mundo, y el mundo con sus escándalos y sus calumnias, remachó la cadena. ¡Hasta don Salustio está en mi favor y remacha como todos!

OROSIA En el fondo, tiene razón.

D SAL. La infamia tiene su lógica

VAL. Por eso precisamente, por eso que dicen, no me caso con usted. Porque á mí no me vencen, ni las calumnias del mundo, ni los mandatos de don Salustio, ni sus infamias de usted. Sí: porque usted es un loco ó un infame: un voluntarioso sin alma, que por capricho y por terquedad quiere casarse conmigo, no por amor verdadero, ¡como el mío!... si lo tuviera. ¡Sí: cuando usted me subía en brazos de la lancha al *Yacht*; cuando me suspendió en el aire y me ví sobre aquel abismo verdoso y ondulante y entre borbotones de espuma que envolvían la escala y nos envolvían á los dos; cuando ví alrededor el mar tempestuoso subir bramando como si quisiera alcanzarnos, y arriba el cielo plomizo que se caía en girones sobre nosotros; cuando instintivamente me apreté á usted buscando protección, sólo ví en sus labios la sonrisa del triunfo grosero y repug-

nante! ¡Y comprendí que quería usted ganarme por el escándalo y la deshonra, ya que no había usted podido ganarme por el amor! ¡Mal medio! ¡Mal medio! ¡Llevar al templo á la que ha de ser su esposa empujada por la rechifla del mundo! ¡Cásate, cásate, que ya no tienes otro medio y *agradece mi generosidad*! ¡Mal medio! ¡mal medio! A mí, ni en el templo, ni en el *Yacht* se me vence con indignidades de canalla, sino con arranques de corazón! ¿usted no los tiene? tanto peor para usted; ¡no me tendrá usted nunca! ¡Nunca, miserable!

OROSIA — ¡Valentina! (Conteniéndola.)

D. TRIF. — ¡Es un carácter de hierro!

D. SAL. — ¡Pero qué noble!

LEON. — ¡No sigas! ¡no sigas! ¡no me precipites!

VAL. — ¿Puede usted hacer más de lo que ha hecho? Ya ante el mundo, ¿qué soy? Entendámonos: *ante el mundo. Ante Dios*, soy lo que era ..

LEON. — Por eso quiero que lleves mi nombre.

VAL. — Por eso yo no quiero. ¿Qué dirían? Por lástima, por ruegos de don Salustio, la hiza su mujer. ¡Y ella, como era rico, como era espléndido, se *dejó comprometer* para *comprometerle*! ¡Si usted mismo llegaría á pensarlo alguna vez!

OROSIA — ¡Ah! ¡eso no!

LUCÍA — ¡No faltaba más!

LEON. — No: no digas eso: ¡no pienses eso de mí! (Angustiado.) No: eso no: ¡Valentina!... ¡Valentina!

VAL. — Sí: ¡como que sólo ideas puras revolotean por su cerebro de usted! ¡como que nunca ha pensado usted indignidades! ¡Ahora soy para usted un copo de espuma! Cuando pase el capricho, y en usted pasan pronto, entonces, ¡la ola se volcó! la espuma abajo y las negruras arriba. *Mi resistencia*, pensaría usted, cálculo para empeñarle más y más. *Mis desdenes*, estudio de coqueta. *Mi visita* al *Yacht*, un lazo. Todo esto *lo pensaría* usted, porque se piensa según la atmósfera en que

se respira; y cuando yo comprendiese que usted lo pensaba, aunque no lo dijera... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! moriría y moriría condenada por toda una eternidad, porque moriría con el grito de la blasfemia en la garganta, y el retorcimiento de la desesperación en el pecho.

D. SAL. (Acercándose á ella.) ¡No digas esas cosas! ¡No blasfemes, hija mía!

LEON. ¡Deje usted que lo diga! ¡Si esa es una prueba de su amor!

VAL. Y bien; si te amase, ese sería un motivo más para no ser tuya, (Con explosión apasionada.) después de lo que has hecho. ¡Yo amarte! ¡y no amarme tú! Yo pensando, «¡Dios mío, toma mi vida, pero salva á Leoncio!» ¡Y tú! «Ven, Valentina, que voy á llevarte al altar, pero antes voy á revolcarte por todas las charcas de la plaza pública: ¡ese será tu velo de desposada!» ¡No, imposible! ¡imposible! ¡vete!... ¡vete, Leoncio: te odio y te desprecio!

OROSIA Vamos, Valentina, ¡cálmate!

LUCÍA ¡Por Dios, Valentina!

LEON. ¡Bueno! ¡ahora me odias! pero antes sentías mucho amor por mí ¿verdad? Esto es lo que yo quiero saber. Porque si me has amado, por más que tú digas, no has dejado de amarme. Y todo eso que ahora dices, no es más que la cólera del primer momento: los enojos de un carácter enérgico, que no quiere doblegarse: el orgullo celeste de una santa, que se indigna porque le manchan la orla del manto. Yo la limpiaré con mis besos cuando sea mi esposa. ¡Porque aunque se junte el cielo con la tierra, lo serás! Sí, tú me quieres, y por eso huyes de mí. ¡Créanlo ustedes! ¡convénzanla ustedes!

D. TRIF. ¡Por Dios, Leoncio, tenga usted calma!

LEON. ¡Pero si es que me quiere! ¡Si estoy seguro! ¿Te acuerdas? ¡Dos días y dos noches has pasado sobre la cubierta de mi *Yacht:* y te acercabas al timonel, con mentiras de cu-

riosidad, para huir de Leoncio! ¡y hablabas con los marineros del tiempo y del oleaje, y de la vida del mar, para no hablar conmigo de tu amor! ¡Pero yo lo comprendía, y cuando, ya rendida por el cansancio, nos sentábamos juntos, envuelta tú en mi impermeable de mar, y temblando de frío y de angustia, yo no sabía, en la oscuridad, á dónde mirabas; pero te sorprendía un relámpago, y bajo el capuchón *veía tus ojos clavados en mí!* ¡Niégalo, niégalo, Valentina! ¡Valentina, niégalo!

VAL. ¡Te miraba con ira! (Fingiéndose furiosa.)

LEON. ¡Con amor!

VAL. Mientes, y hemos concluído. No acepto tu ofrecimiento: no quiero verte más. Ofrece tu mano y tu riqueza, tus gallardías de aventurero y tu cámara del *Yacht* á otra mujer, de tantas como tienes enloquecidas. Yo te desprecio á tí y desprecio todo lo tuyo. ¡Adiós!

LEON. (Deteniéndola.) ¡Perderte, no!

VAL. ¡Sí, para siempre!

LEON. ¡Mira que no sabes de lo que soy capaz!

D. SAL. ¡Poco á poco que yo estoy aquí!

D. TRIF. ¡Por Dios santo, tenga usted juicio!

VAL. Con amenazas no me convences. Desprecié la deshonra fingida, que no por ser fingida, dejaba de ser deshonra, para que no desprecie la amenaza ridícula, que de todas maneras es ridícula.

LEON. ¡No me enloquezcas... no me precipites! Mira que soy capaz de cogerte ahora mismo y de sacarte de esta casa, y de llevarte en brazos por el muelle, por calles y por plazas, gritando, aunque sea mentira: «¡es mi manceba y no quiere casarse conmigo!»

VAL. ¡De eso sí serás capaz! ¡Vete!

D. SAL. ¡No repitas lo que has dicho, que me olvidaré de que llevas mi nombre!

D. TRIF. ¡Don Salustio! (Conteniéndole.)

OROSIA ¡Qué delirio!

LUCÍA ¡Qué miedo!

LEON. ¿No ves que mis ojos se inyectan de sangre? ¡Cuando me pongo así, hay que temerme!

VAL. Pues no te temo. (Retrocediendo.)

LEON. Pues, ¿por qué huyes? ¡Por miedo!

VAL. ¡Por repugnancia!

LEON. ¡Me arrojas al abismo, Valentina!

VAL. No habré tenido que empujarte mucho.

LEON. ¡Valentina! (Ya sobre ella, cogiéndola.)

VAL. ¡Que se vaya. . que se vaya... si no se va él, me voy yo!... (Con desesperación también, porque le faltan las fuerzas y va á ceder.)

LEON. (Loco, frenético, vencido, lloroso.) ¡Pues me voy... me voy!... ¡Adiós... adiós, Valentina!... ¡No me crees, pero te quiero con toda mi alma... y si dices que no tengo alma, con todo mi corazón, que corazón sí tengo! (Golpeándose el pecho.) ¡Bueno ó malo, me entregaba á tí por entero! ¡Tú me rechazas! ¡Miren ustedes bien: por vez primera estoy llorando!... ¡Lloro delante de ustedes... y saldré llorando para que todo el mundo me vea!... ¡Allá va el loco... allá va el loco!. . ¡Llora porque no le quiere Valentina!. . ¡Valentina, Valentina... eres más Valentona que yo!... ¡Adiós!... ¡Te amaba mucho!... ¡Adiós! (Sale por el fondo, delirante.)

D. SAL. ¿Pero no le quieres?

VAL. ¡Más que á mi alma! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

EPÍLOGO

PERSONAJES		ACTORES
VALENTINA	Srta.	María Guerrero.
OROSIA	Sra.	Alverá.
LUCÍA		Ruiz.
LEONCIO	Sr.	Thuillier.
DON SALUSTIO		Cepillo.
DON BAUDILIO		Balaguer.
FELIPE		García Ortega.
DON TRIFÓN		Cirera.
DON CRESCENCIO		García.

Un hombre del pueblo ó marinero del puerto, con acento andaluz

---

Entre el tercer acto y el epílogo, ha pasado un año

EPÍLOGO

La escena representa una especie de plazoleta contigua al mar y al hotel de don Salustio. A la derecha del actor, una tapia con una punta de hierro ó pequeña verja, que representa la parte posterior de dicho hotel. En los pilastrones, dos faroles encendidos. A la izquierda, un grupo de árboles y un banco oculto entre ellos. En el fondo, corre el parapeto ó pretil de un muelle de circuito. El centro está cortado, y de él arranca ó baja una escalinata de piedra (que no se ve, pero que se supone que llega hasta el mar) para embarcarse en botes. Por encima del parapeto se ve un horizonte muy extenso de mar y cielo. Cerca de la verja del hotel, otro banco. Es de noche: el cielo, con algunas nubes; de cuando en cuando se ve sobre el mar el brillo de la luna. (De todo esto se hace lo que buenamente ó malamente se pueda.)

ESCENA PRIMERA

DON TRIFÓN y DON CRESCENCIO. Vienen en direcciones contrarias, siguiendo el pretil y con lentitud, como si paseasen. Don Trifón observa la atmósfera y el mar. Don Crescencio trae la cabeza inclinada al suelo, según su costumbre. Al llegar al centro, y cuando el diálogo lo indica, tropiezan uno con otro, pero sin violencia

D. TRIF. Aquel *cirrus* algo dice. (Señalando hacia las nubes.) Y aquel *cúmulos* no dice menos. *Area ciclónica* se nos presenta, y aun áreas *anticiclónicas.* Meditemos.

D. CRES. ¡Esta idea, esta idea! Si yo pudiera llevar conmigo el *seismómetro*... Discurramos.

D. TRIF. Pero si el ciclón choca con el anticiclón ..

D. CRES. Pero si yo sufro el estremecimiento seísmico... (Ya están muy cerca uno de otro.)

D. TRIF. ¡Entonces el choque es inevitable!...

D. CRES. ¡Inevitable será!... (Tropieza uno con otro: se separan y se disculpan sin conocerse todavía.)

D. TRIF. ¡Ah!... Perdone usted...

D. CRES. Dispense usted...

D. TRIF. Iba distraído.

D. CRES Y yo también.

D. TRIF. ¡Caballero!... (Saluda descubriéndose la cabeza.)

D. CRES. ¡Caballero!... (Lo mismo.)

D. TRIF. Pero... ¿qué?... ¡No me equivoco!... ¡Don Crescencio!...

D. CRES. ¡Pero si es don Trifón!

D. TRIF. ¡Qué feliz encuentro!

D. CRES. Dijera usted mejor ¡qué feliz choque! (Se dan la mano afectuosamente.)

D. TRIF. ¡Usted por estas tierras!

D. CRES. ¡Y usted por estos mares!

D. TRIF. Yo estoy aquí hace dos meses. Pero, ¿qué ha sido de usted? Hace un año que no le veo.

D. CRES. Un año de estudio. Pero yo tal vez le distraigo á usted en sus meditaciones.

D. TRIF. De ningún modo. Esta noche no le dejo á usted. Yo siempre escojo esta parte del muelle de circuito, porque á estas horas no hay nadie.

D. CRES. Si le parece á usted, nos sentaremos en uno de estos bancos.

D. TRIF. Este rinconcito es mi sitio predilecto. Y cuando me canso de estar solo, entro en casa de don Salustio. (Señalando hacia la yerja de la derecha.)

D. CRES. Bien situado está el hotel de don Salustio. El año pasado, muchas veces en estos bancos, teníamos la tertulia, como decía don Salustio.

D. TRIF. ¡Qué sabrosos coloquios, y qué noches tan agradables! No volverán.

D. CRES. ¿Ha ocurrido algo? ¿Se casó al fin nuestra pobre Valentina? Cuente usted, cuente us-

ted. Yo sólo sé que Leoncio se marchó desesperado.

D. TRIF. Y desesperada se quedó Valentina. Profunda tristeza se apoderó de ella; quebrantó su organismo, y, por consejo de los médicos, se la llevó don Salustio á Niza.

D. CRES. ¡Qué demonio de chica!

D. TRIF. Allá pasaron estos meses, y ayer llegaron á pasar los de verano en ese hotel, según costumbre.

D. CRES. ¿De modo que tan enamorada estaba?

D. TRIF. Y lo está todavía. Siempre que puede se pasea por la orilla del mar, ó se queda como estatua de piedra ahí mismo, (Señalando hacia el pretil.) contemplando *la boca* del puerto, que fué *la que se tragó* sus esperanzas. Pero, ¿qué le decía á usted? Ahí está. (Conteniendo á don Crescencio.) No nos presentemos ahora, porque á la pobre la da mucho sonrojo.

ESCENA II

DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO y VALENTINA; después DON SALUSTIO. Don Trifón y don Crescencio, sentados en el banco y ocultos por la obscuridad de la noche y por la sombra de los árboles, observan durante toda esta escena. Valentina va lentamente al parapeto y se queda mirando al mar ó se sienta en el pretil. La luna la baña de luz

D. TRIF. (A don Crescencio en voz baja.) Ahora estará mirando al *Yacht* que se llevó sus ilusiones.

D. CRES. ¿Pero el *Yacht* está en el puerto?

D. TRIF. Sí. Lo perdió al juego Leoncio. Se lo ganó un inglés, Mr. Peterson; gran amigo suyo, y gran aficionado á estas playas.

D. SAL. (Saliendo del hotel.) ¡Valentina!.. ¡Valentina!... ¿Dónde estás, hija? (Al salir la ve y se dirige hacia ella.)

VAL. Aquí estoy; he venido ahora mismo.

D. TRIF. (Así está siempre el pobre don Salustio, tras ella. Temiendo que haga un disparate.) (A don Crescencio.)

D. SAL. La noche está fresca.
VAL. La noche está deliciosa.
D. SAL. Pero, hija, ¿no te cansas? Siempre es lo mismo.
VAL. Sí. Las mismas olas. El mismo cielo. Y el *Yacht*... allí. *El*, no.
D. SAL. Vamos adentro, Valentina. Pronto vendrán nuestros amigos.
VAL. No; es temprano todavía. Quiero antes dar un paseo. (En toda esta escena pasean los dos, apareciendo y desapareciendo según lo indique el diálogo.)
D. SAL. ¿En qué piensas?
VAL. En nada.
D. SAL. No es cierto.
VAL. Pues en *él*.
D. SAL. ¿Siempre?
VAL. Creo que sí. No recuerdo ningún otro pensamiento.
D. SAL. ¡Vaya por Dios!
VAL. ¿De modo, que no ha sabido usted nada de Leoncio?
D. SAL. No, hija; ya te lo hubiera dicho. (Deteniéndose.)
VAL. Perdone usted; no es verdad. Usted sabe algo. Y hace usted mal en no decírmelo; yo he de saberlo.
D. SAL. Pues no sé nada; ni me ocupo de ese loco, ni debiera ocuparme de tí. (Sigue paseando.)
VAL. ¡Un año entero sin noticias suyas! No es posible.
D. SAL. (Con enojo.) Bueno; pues sé mucho y no quiero decírtelo. ¡Ea! ¿Estás contenta?
VAL. Ahora es cuando dice usted verdad. (Salen paseando por la izquierda.)
D. CRES. Pero si tan enamorada está, ¿por qué no se casó?
D. TRIF. ¡Vaya usted á entender á las mujeres! ¡Qué sé yo! Valentina es muy religiosa, y Leoncio es un hombre sin fe y sin creencias. Y no es fácil casar á un ángel que bajó del cielo con cristalitos azules del firmamento sobre las alas, con un diablo que sube *de los profundos* lleno de escurriduras de azufre y pez por todo el cuerpo (Sonriendo.)

D. CRES. Nunca he intervenido en matrimonios de esta clase; pero no deben ser fáciles. ¿Y Leoncio?

D. TRIF. Loco por esa criatura. Era la vez primera que encontraba resistencia en una mujer. Y yo creo que la quería hondamente. En el hombre más pervertido, los recuerdos de la infancia tienen dulzuras y purezas inefables.

D. CRES. ¡Es verdad, es verdad! (1) Yo recuerdo siempre una *azotaina* que me dió mi abuela por haberle robado unos *jamones*. ¡Ni las sacudidas del Etna! Pues mire usted, siempre recuerdo con *estremecimientos* de placer aquellos *estremecimientos* de dolor. (Riendo. Don Trifón ríe también.)

D. TRIF. Es verdad, don Crescencio. Yo también recuerdo unas *sopas en leche* que me dió mi madre una Nochebuena, y una *pastorcita* de barro, á quien yo quise dar sopas, metiéndole la cabeza en el tazón. Muchos años han pasado; pues no se ría usted de mí, más de una vez he visto, entre los formidables pliegues del ciclón, la cabecita de la pastora goteando leche (2).

D. CRES. Nos vamos volviendo viejos.

D. TRIF. Me parece que sí. (Valentina y don Salustio aparecen por la izquierda, continuando su paseo, pero de vuelta.)

D. SAL. Pero no hay quien te entienda, mujer. No hay quien te entienda.

VAL. No es fácil.

D. SAL. (Parándose y haciendo que ella se detenga.) Te dije: «No te enamores de ese perdido.» Pues por lo mismo, *te enamoraste*. Te dije: «No vayas al *Yacht*.» *Pues al Yacht*. Cedo y te permito y hasta te ruego que te cases con él: «*Pues no me caso*.» (Imitando la terquedad de Valentina.) «Bueno, pues no te cases; pero olvídale.» Y tú: «*No le olvido y me muero por él*.» Pues te

---

NOTA Del (1) al (2) puede suprimirse para aligerar la escena.

morirás. (Echa á andar con mucho enojo á lo largo del pretil.)

VAL. (Siguiéndole.) No se incomode usted. Si yo lo único que quiero que usted me diga es *dónde está Leoncio.*

D. SAL. ¿Dónde están los condenados? En el infierno. Pues en el infierno estará.

VAL. No; á mí se me engaña, á mí se me oculta algo. Leoncio está enfermo; Leoncio es desgraciado; Leoncio se muere. ¡Me lo dice el corazón! (Sale por la derecha.)

D. SAL. ¡Valentina!... ¡Valentina!... (Sale tras ella, de modo que desaparecen los dos.)

D. CRES. ¿Y qué ha sido de Leoncio?

D. TRIF. Cuando perdió toda esperanza de conseguir á Valentina, se hundió más y más en el vicio, como Satán en sus cavernas, cuando perdió la esperanza de su cielo. En esto corrió la voz de que Valentina había muerto.

D. CRES. ¿Y qué? ¿Qué efecto le produjo?

D. TRIF. Que quiso representar el final de *Lucía de Lamermoor* á lo vivo.

D. CRES. ¿Se suicidó ese loco?

D. TRIF. Lo intentó; pero al fin se le pudo salvar. Y cuando se enteró de que vivía Valentina, á poco se muere otra vez de gozo. Naturalmente, vino la reacción y entró con *nueva vida en la vida* y con firme propósito de transformarse.

D. CRES. ¡Hombre, hombre!

D. TRIF. ¡Sí; fíese usted de *esas transformaciones*! Por el pronto se arruinó al juego; á esto le llamaba *la liquidación de su pasado.* Y luego, para demostrar que se había hecho ùn hombre *serio*, y que de cosas serias se ocupaba, se hizo *revolucionario* y *conspirador.*

D. CRES. ¡Qué demonio!

D. TRIF. «Que *la sociedad* estaba muy mal; que así como *él* se había transformado, era preciso transformarla á *ella.*» Conspiró, como digo; tomó parte en la última *intentona*; levantó una partida; luchó como una fiera; le cogieron por fin, y sin la intervención de don Sa-

lustio, desde Niza, y de don Baudilio, desde Madrid, á estas horas estaba fusilado.

D. CRES. ¡Válgame Dios! ¡Pobre Leoncio! ¡Qué cabeza! ¿Y dónde está?

D. TRIF. ¿Dónde á de estar? En la cárcel. Setenciado á veinte años y á punto de que se lo lleven para cumplir la condena. Mire usted si *era leal* el corazón de Valentina.

D. CRES. Por supuesto, ¿ella nada sabe?

D. TRIF. Nada; pero sabrá. En Niza se le puede ocultar todo; pero aquí, ¡ya es fácil! (Don Salustio y Valentina aparecen por la izquierda. Ella intenta seguir el paseo, pero don Salustio la detiene.)

D. SAL. Basta ya de paseo. Vamonos á casita. (Valentina obedece maquinalmente; pero luego se detiene, y volviéndose hacia el mar, señala un punto lejano.)

VAL. Mire usted. ¿Ve usted aquellas dos rocas en la boca del puerto? Por allí pasó el *Yacht*. El iba en pie sobre cubierta, mirando hacia aquí, de espaldas al mar, como diciéndome: «Tú me arrojas otra vez á las tempestades; voy de espaldas á ellas, ¡qué me importan! y con la vista fija en tí. Si caigo, caeré despreciéndolas y mirándote.»

D. SAL. Por de pronto vamos á casa, que hace fresco, y no estás tú para sufrir ni vientos, ni lluvias, ni siquiera *el relente*. (Se van acercando lentamente al hotel.)

VAL. ¡Cuánto daría por verle!

D. SAL. ¿Para darle... y para darme otro disgusto?

VAL. Para verle. ¿Dónde estará?

D. SAL. Pues está... por esos mares de la vida.

VAL. Pues esta vez... no me quedo en la orilla. (Entra en el hotel.)

D. SAL. Al que Dios no le da hijos... el diablo le da Valentinas. (Entra en el hotel tras ella.)

ESCENA III

DON TRIFÓN y DON CRESCENCIO

D. TRIF. Y terminó el primer paseo. (Refiriéndose á Valentina y á don Salustio.) ¿Quiere usted que entremos?

D. CRES. Con mucho gusto. (Se dirigen lentamente hacia el hotel; el uno mirando hacia arriba, y otro mirando hacia abajo según costumbre; pero sin exageración. Más bien es tendencia á llévar la cabeza alta don Trifón y la cabeza baja don Crescencio.) Pero nada me dice usted de los demás amigos y amigas.

D. TRIF. Probablemente les verá usted esta misma noche y muy pronto, porque ya es la hora á que suelen venir.

D. CRES. ¿Y don Baudilio?

D. TRIF. (Deteniéndose y riendo.) ¡Don Baudilio! ¡Oh, graciosísimo!

D. CRES. ¿Se curó de las jaquecas?

D. TRIF. Se curó por el pronto. Pero es hombre predestinado á *jaqueca perpetua*. ¡Don Baudilio ó la fuerza del sino!

D. CRES. ¿Cómo es eso?

D. TRIF. ¡Se casó! (Riendo.)

D. CRES. ¿Se ha casado don Baudilio?

D. TRIF. ¡Con Orosia!

D. CRES. ¡Con Orosia! ¿De modo que él entró también con nueva vida en la vida?

D. TRIF. ¡Y ahora tiene neuralgias toda la familia! (Se detienen los dos; riendo en la verja del hotel.) Pero ellos se lo dirán á usted, porque ahí vienen.

ESCENA IV

DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO, OROSIA, LUCÍA y DON BAUDILIO. Orosia viene cogida del brazo derecho de don Baudilio. Lucía, al lado izquierdo. Don Baudilio trae encogido todo el lado izquierdo de la cara

D. TRIF. (Adelántandose y tendiéndoles la mano.) Buenas noches, Orosia. Don Baudilio... Lucía...

OROSIA ¿Es usted? Muy buenas noches.

D. BAU. Mejores las tenga usted que yo.

LUCÍA (Con tono de mal humor.) ¡Pues si no las tiene mejores que nosotros, se ha divertido!

D. TRIF. Aquí les presento á ustedes un ilustre viajero, del cual ya se habrá olvidado. (Presentando á don Crescencio.)

D. CRES. ¡Señora!... ¡Señorita!... ¡Amigo mío!... ¿Ya no se acuerdan de mí?

LUCÍA ¡Ay! sí: el de los terremotos.

OROSIA ¡Don Crescencio!... ¡Cuánto me alegro!... ¡Ya le tenemos á usted otra vez!

D. CRES. Ya me tienen ustedes otra vez.

D. BAU. *¡Ya la tengo yo otra vez!* (Con tono afligido y llevándose la mano al lado izquierdo de la cara.)

D. CRES. Acabo de saber la fausta nueva. Felicito á ustedes sinceramente. (A don Baudilio y Orosia.)

D. BAU. Muchas gracias. Me parece que no nos felicitará usted en nuestras bodas de oro, ni en nuestras bodas de plata. Mire usted, ahora llevo *dos anillos de cobre* en los brazos, porque dicen que son buenos, que desarrollan electricidad. Y también ésta los lleva por precaución. De modo que, por el pronto, puede usted felicitarnos por nuestras *bodas de cobre*.

OROSIA (A don Baudilio, con mucho cariño.) ¿Cómo te sientes?

D. BAU. Se me ha quitado del lado derecho y se me ha pasado al izquierdo.

LUCÍA (Separándose de pronto y dirigiéndose á su hermana.) ¡Ay! Pues ponte tú aquí. Las neuralgias son contagiosas: créanlo ustedes. (Cambian de sitio

Orosia y Lucía, colocándose aquélla á la izquierda y ésta á la derecha, pero á cierta distancia y mirando con recelo á don Baudilio.) Yo, por precaución también; llevo un *aro de pata*, pero muy mono.

D. TRIF. ¿Quieren ustedes que entremos?

OROSIA Vamos allá.

D. BAU. Sí: entren ustedes. Yo me quedo aquí un rato, porque el aire del mar me ha calmado un poco.

OROSIA Yo también me quedo. No puedo dejarle á éste cuando está así. (Orosia está muy celosa con don Baudilio: con toda la «miel» de la luna de ídem.)

D. CRES. Pues en el hotel de don Salustio les esperamos.

OROSIA Oye, Lucía: tú puedes acompañar á estos señores.

LUCÍA Con mucho gusto. ¡Ya lo creo!

D. CRES. Y me contará usted todas las novedades.

LUCÍA Sí, señor. ¿Sabe usted lo del pobre Leoncio? Todo el mundo lo sabe, pero como usted acaba de llegar...

D. CRES. Ya me lo ha referido don Trifón.

OROSIA. (Llamándola.) Escucha. Lucía: no le digas una palabra á Valentina.

LUCÍA ¡Yo!... ¡Jesús!... ¡No soy tan imprudente!... ¡Pero cualquiera se lo dirá!

OROSIA Que sea cualquiera, pero que no seas tú.

LUCÍA Pierde cuidado. Es una pena lo que le pasa á ese pobre chico. (A don Crescencio.) ¡Tan valiente! ¡Dicen que se ha batido como un león! ¡Condenado á vivir veinte años entre gente de mal vivir! ¡Él, que nunca ha hecho otra cosa, y ahora que deseaba corregirse!...

D. CRES. En efecto, es muy triste. Un vida truncada.

LUCÍA (Acercándose los tres al hotel.) ¡Cómo vamos á llorar Valentina y yo... cuando Valentina lo sepa! ¡Tengo unas ganas de llorar con ella por Leoncio!

D. TRIF. Es usted muy buena.

LUCÍA Leoncio sí que es bueno, digan lo que quieran. ¡Qué gran pecado! ¡sublevarse! ¡Eso le pasa á cualquiera! (Lucía, don Trifón y don Crescencio entran en el hotel.)

ESCENA V

OROSIA y DON BAUDILIO. Esta escena hay que hacerla con naturalidad y gracia, pero sin recargar

OROSIA (Acercándose cariñosa.) ¿No estás mejor, Baudilio?

D. BAU. No, hija.

OROSIA Por Dios, Baudilio, ten calma: ten paciencia. Ya pasará.

D. BAU. Es que creí que había pasado para siempre. ¡Qué año tan feliz! ¡Sin neuralgia en la cabeza y con tu imagen en el corazón!

OROSIA ¡Mi pobre Baudilio! (Con mucho mimo.)

D. BAU. (Acercándose á Orosia con cariño.) ¡Orosia! (Separándose de pronto.) ¡Ay! ¡Orosia!

OROSIA ¿Qué? ¿Aprieta?

D. BAU. ¡Un latido muy fuerte!

OROSIA ¿Te molesta que te hable?

D. BAU. Tú no me molestas nunca. Mejor que la *antipirina* ó que la *metritilamina*, me calma tu cara *monina*. (Acercándose con aires de galán.) ¡Ay!... (Deteniéndose.)

OROSIA ¿Otra latido?

D. BAU. ¡Otro!

OROSIA ¿A la derecha ó á la izquierda?

D. BAU. ¡Es *ambidestro*: parte del trigémino, y va todo alrededor!

OROSIA Tenemos que ir á París, y tenemos que consultar con todas las celebridades. De este modo no puede seguirse.

D. BAU. Mejor sería ir al *Yacht*. ¡Si yo fuera amigo del inglés!

OROSIA Dicen que es muy amable.

D. BAU. Pues al *Yatch* voy. Y si el inglés no lo es conmigo y me permite que me maree... ¡me arrojo al mar!

OROSIA ¡Por Dios, no digas eso! ¡Dejarme viuda!

D. BAU. Ya lo estabas antes: te dejo como te encontré, ¡qué demonio!

OROSIA ¿Te has enojado conmigo?

D. BAU. No, hijita, dispénsame. No me hagas caso. Cuando estoy así, soy un salvaje, un antropófago. ¿Crees tú que la carne humana sería buena para las neuralgias?

OROSIA (Riendo.) ¿Vas á devorarme?

D. BAU. (Con malicia.) Puede ser.

OROSIA Si de ese modo te mejoras, ¿qué importa?

D. BAU. ¡Eres muy buena!

ESCENA VI

OROSIA, DON BAUDILIO y FELIPE, Felipe entra por la izquierda precipitadamente y en gran estado de agitación

OROSIA Creo que es Felipe. ¡Pero qué agitado viene! ¿Qué le pasa? ¿A dónde va usted, amigo Felipe?

FEL. (Contrariado.) ¡Ah! ¡Doña Orosia, don Baudilio... buenas noches! Dispensen ustedes... (Dirigiéndose al hotel. Luego retrocede.) ¿Saben ustedes si está don Salustio? Tengo que hablarle; pero á él solo.

OROSIA Pues no está solo.

FEL. Entonces... ¿quieren ustedes hacerme un favor señaladísimo?

OROSIA Con mucho gusto.

D. BAU. Yo, ahora precisamente, no tengo gusto para nada; pero le serviré á usted con buena voluntad.

FEL. Pues digan ustedes á don Salustio... si es que van ustedes á entrar...

OROSIA Sí, señor.

FEL. Pues díganle, pero sin que nadie se entere, que tengo que hablar con él de un asunto urgentísimo, y que le interesa por todo extremo. Y, ustedes perdonen... (Disculpándose por la molestia que les da.)

OROSIA ¡Por Dios, Felipe! (Ella y don Baudilio se dirigen al hotel.) (¡Debe ser alguna noticia sobre Leoncio!) (Aparte á don Baudilio.)

D. BAU. (Por Leoncio doy yo mi vida, mi sangre, mis nervios... es decir, mis nervios se los doy á cualquiera.) (*Aparte á Orosia.*)

FEL. Conque, ya saben ustedes: que salga don Salustio como si viniese á tomar el fresco, como hace otras veces.. pero sin que se entere nadie, y mucho menos Valentina.

OROSIA Pierda usted cuidado.

FEL. Muchas gracias.

D. BAU. ¡Ay!...

OROSIA ¿Otro latido?

D. BAU. No; iba á decir: «¡Ay, si se calmase!» ¡Pero no se calmará!... (*Entran en el hotel Orosia y don Baudilio.*)

ESCENA VII

FELIPE; después DON SALUSTIO

FEL. (*Paseándose con agitación y parándose varias veces á ver si viene don Salustio.*) ¡Ese hombre pone en mí su confianza y yo no puedo faltar á ella! ¡Es un miserable!... Pero yo no tengo derecho ni para decir'o, ni para pensarlo! ¡Conmigo se portó gallardamente! ¿Pero no viene don Salustio?... ¡Qué pesadez! (*Paseándose muy agitado y parándose á veces para evocar recuerdos.*) ¿Quién sabe si será Leoncio tan malo como yo me empeño en que lo sea? ¡Con qué tranquilidad paraba mis golpes! ¡Con qué ironía tan caballeresca me dijo al descansar entre uno y otro asalto: «Yo debía matarle á usted, porque usted ha puesto la mano en mi rostro y los ojos en Valentina; pero usted no entiende de armas y sería un asesinato.» Y volvimos á cruzar los hierros y él agregó mientras paraba: «En lance en que yo intervenga ha de haber sangre: no quiero la de usted, tome usted unas gotas de la mía.» Y se dejó herir en el brazo. ¡Cómo tarda! ¡es plomo! (*Mirando hacia el hotel.*) ¡Y Leoncio esperando mi contestación! ¡Oh!

¡yo necesito salvarle! ¡Le aborrezco y por eso he de salvarle! ¡Ah!... ¡ya está aquí!... ¡Pensé que no venía usted nunca!

D. SAL. ¿Pues qué pasa?

FEL. Sucesos graves.

D. SAL. ¿Se trata de Leoncio?

FEL. De Leoncio se trata.

D. SAL. ¡Desdichado! ¡Cuántas veces se lo dije á su madre! ¡acabará mal! ¡acabará mal!... Vamos, ¿qué hay? ¿qué hay?... ¿Alguna otra desgracia?... ¿Está enfermo?... ¿Atentó otra vez contra su vida?... ¡Hable usted, hombre; hable usted!

FEL. Pues déjeme usted hablar. En dos palabras, porque no estamos para perder el tiempo. ¡Pero por Dios, que Valentina no sepa nada! (Mira á todas partest se acerca y habla en voz baja.) ¡*Leoncio está aquí*!

D. SAL. ¡Ave María Purísima!... ¿Está aquí?... ¿Libre?... ¿Le han indultado?... ¡Si era preciso! ¡Si yo he revuelto Roma con Santiago! (Con extremos de alegría.)

FEL. No, señor: no es eso. ¿Indultarle? ¡Ya es fácil! ¡La intentona fué sangrienta! Leoncio fué el hombre de acción, y sus responsabilidades son enormes.

D. SAL. ¡Entonces no lo comprendo!

FEL. Pues no es tan complicada la cosa. ¡Leoncio se escapó!

D. SAL. ¡El!... ¡Se escapó!... ¡Es el demonio!... ¡No: á osado y á valiente nadie le gana! El se irá al infierno de seguro, pero con todos los honores de ordenanza.

FEL. Acabemos: ¿está usted dispuesto á ayudarle? porque á saberlo vengo en nombre suyo.

D. SAL. (Muy ofendido y muy afectado.) ¡Hombre de Dios! ¿cómo puede dudarlo esa criatura? Mientras estuvo en alto, mientras fué rico, mientras fué feliz... ¡feliz á su manera!... le traté sin compasión. Pero hoy que le veo pobre, (Enterneciéndose.) desdichado, perseguido y con sus *miajitas de arrepentimiento*, no me acuerdo más que de aquel chico, de aquel Leon-

cillo, que se me subía á las piernas, que me tiraba del corbatín, que me estropeaba el reloj.

FEL. ¿De modo que está usted dispuesto?...

D. SAL. ¿Por Leoncio? ¡A todo! Si yo estuviese en la magistratura, la cosa sería muy grave. Pero yo no soy juez: no ejerzo jurisdicción. ¿Se escapó? Hizo bien. Que le hubiesen vigilado mejor. ¡Si ahora no saben hacer nada! Yo no soy muy rico, pero todavía tengo unas cuantas *peluconas* para Leoncio.

FEL. Vamos al caso. Leoncio, apenas llegó, vino á buscarme, y me dijo... pero dejemos esto. (Don Salustio se acerca, y en silencio le estrecha la mano.) El inglés que le ganó el *Yacht*, mister Peterson, es una buena persona, y está dispuesto á recogerle en el *Yacht* y á llevárselo á Inglaterra. El *Yacht* está inscripto en la matrícula de Liverpool, y tiene bandera inglesa. Pero hay mucha vigilancia en los muelles, y mi plan es este. Leoncio viene á su casa de usted: un bote lo espera al pie de esa escalerilla: nosotros observamos todos estos alrededores, y en un momento oportuno, Leoncio sale, baja, entra, á los remos y al *Yacht*, y la bandera de la nación más sesuda ampara al hombre de menos seso de toda la cristiandad.

D. SAL. ¡Magnífico!

FEL. Pero es preciso que Valentina no se entere.

D. SAL. Corre de mi cuenta. Valentina no se entera de nada. En cuanto se marchen las visitas, *la convenzo de que está mala*, y la mando á la cama.

FEL. ¡Admirable! Voy á buscar á Leoncio.

D. SAL. ¿Dónde está?

FEL. Si no se marchó... que de él no me fío mucho... en mi casa.

D. SAL. Pues pronto. (Felipe se dirige á la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

DON SALUSTIO y FELIPE; VALENTINA, que viene agitadísima y angustiada

VAL. ¡Felipe... un momento: quiero hablar con usted! Y con usted también, padre mío. Con los dos: ahora mismo... ¡Dios mío, qué infamia! (Vacilando.)

FEL. ¡Valentina!... (Acudiendo á ella.)

D. SAL. ¡Hija mía!... ¿Qué tienes? (Lo mismo.)

VAL. ¿Qué he de tener? ¡Eso, eso!... Lo que me ha contado Lucía. Pero no es verdad: díganme ustedes que no es verdad. (Con angustia suprema suplicando á uno y otro.)

D. SAL. Pero si no sabemos de qué se trata. Explícate, y no te pongas así. (Procurando calmarla.)

VAL. ¡Ustedes me han engañado! ¡Ustedes lo sabían! ¡Virgen Santísima, yo te prometo ir en peregrinación y descalza á tu santa ermita, si no resulta verdad!

D. SAL. ¿Pero ve usted qué criatura esta? (A Felipe.)

VAL. Sólo una palabra, ¿es cierto?

D. SAL. ¿Pero qué?

VAL. Lo que me han contado: ahora, ahora mismo.

D. SAL. ¿Pero quién?

VAL. ¡Ella, ella! ¡La que lo cuenta todo; pero no miente nunca: Lucía!

D. SAL. ¡Charlatana! (Con enojo.)

FEL. Era preciso.

VAL. ¡Ah, es cierto, es cierto!... ¡Usted también engañándome! (A Felipe con amarga reconvención.)

FEL. Valentina, yo estaba muy lejos de usted, y usted cada vez más lejos de mí. (Pequeña pausa.)

VAL. ¿De modo que Leoncio está perseguido? No; más: en poder de esos hombres, de esos jueces, que no saben más que sentenciar, ¡siempre sentenciar! ¡Y ustedes le abandonan! ¡Usted que es su sangre! (A don Salustio.) ¡Usted que le debe la vida! (A Felipe.)

FEL. No es usted justa, Valentina. (Con tristeza y dulzura.)

D. SAL. ¡Si no le abandonamos! ¡Si hemos hecho todo lo posible! ¡Si haremos más! ¡Si éste, tú no sabes cómo se ha portado!

VAL. (Casi sin atenderle.) ¿Y por qué no decírmelo todo á mí? ¿Por qué ocultármelo tanto tiempo? ¡Qué falta de corazón! ¡Si cien años vivo, no perdono esto! ¡Leoncio arrojado por *toda una vida* entre esos hombres de la cárcel! ¡Qué horror y qué vergüenza! (Va de un lado para otro desesperada, como si buscase un medio ó una idea.) ¡No, hay que salvarle! ¡Dios mío, tú que le conoces mejor que nosotros, y sabes que es bueno, sálvale! ¡Yo rezaré mucho por él! ¡Yo me secaré la garganta rezando!

D. SAL. Vamos, Valentina, cálmate. Mañana iremos. Y se arreglará todo. Que te lo diga Felipe. ¿No es verdad que hay esperanzas?

FEL. Pero si no nos cree

VAL. Usted lo ha dicho: no les creo ¡No creo más que á éste: y éste ha de inspirarme algo (Poniendo la mano sobre el corazón.) ó es tan cruel como ustedes! (Se separa un poco, haciendo esfuerzos por coordinar sus ideas. De todas maneras, esta escena queda encomendada al genio de la actriz.)

FEL. (Yo creo que vale más decírselo todo.) (Aparte á don Salustio.)

D. SAL. (Pero querrá verle...)

FEL. (Después de luchar consigo mismo, con arranque noble.) (Pues que tengan ese consuelo. Voy á buscarle.)

D. SAL. (Vaya usted.) (Sale Felipe precipitadamente por la izquierda: fondo.)

ESCENA IX

VALENTINA y DON SALUSTIO; después un HOMBRE DEL PUEBLO

VAL. (Mirando cómo se aleja Felipe.) ¡Cómo huye de mí! ¡Cómo me deja sola! ¡Déjeme, déjeme usted también!

D. SAL. ¡Eres ingrata! ¡Tú no sabes lo que ha hecho por Leoncio ese hombre!

VAL. Bueno, que me perdone: yo se lo agradezco. Pero yo tengo mi plan. (*Sentándose en el banco y hablando más para sí que para don Salustio.*) Primero, estoy dando vueltas por la playa toda la noche: de todas maneras, yo no había de dormir. Y como el mar y el cielo son tan grandes, Dios, que es tan grande, debe estar allí cerca y me oirá mejor. (*Dirigiéndose más marcadamente á don Salustio.*) ¿Ve usted cómo llegan una ola y otra ola, y otra más, á la orilla, sin acabar nunca? ¡Pues así llegará una súplica, y otra súplica, y todas las que quepan en la noché, á los pies de mi Dios, como oleaje de fe y de angustia! Después, con el alba, á la misa de alba; pero como Dios ya estará cansado de mí, le rogaré á la Virgen Santísima. Y después... después, al tren; á Madrid; á donde esté Leoncio. A sufrir por él; á pedir por él; á llorar por él; y si á una mujer que hace esto no le atienden Dios, y la Virgen y los hombres... entonces, entonces no sé... entonces, ¡á morir por él! (*Llorando.*)

D. SAL. ¿Quieres dejarme que te hable?

VAL. Bueno, diga usted. Pero ya lo sé todo.

D. SAL. Pues mira... pero aguarda que pase uno que viene hacia aquí.

HOMBRE (*Es un hombre del pueblo ó un hombre del puerto, puede tener acento andaluz y comerse algunas letras de las palabras.*) Buenas noches: ¿vive por aquí un señor que le llaman don Salustiano ó don Salustio; uno que dicen que si fué cosa de justicia?

D. SAL Sí, señor; en ese hotel.

HOMBRE Vaya, pues muchas gracias, y á la paz de Dios. (*Se dirige á la casa.*)

D. SAL. Si le busca usted, no tiene para qué entrar, porque soy yo.

HOMBRE ¿Que usted es don Salustio? Por muchos años. Bueno, pues no quiero nada con usted. (*Sigue su camino hacia la casa.*)

D. SAL. ¡Eh! Buen hombre, ¿no buscaba usted á don Salustio?

HOMBRE ¡Qué matraca! Buscaba la casa de ese que dicen que si fué ó no de justicia. Pero á él precisamente no le buscaba.

D. SAL. ¿Pues á quién?

HOMBRE (Con cierta sorna.) Ya lo diré en la casa, cuando llegue, si es que usted me deja llegar; y cuando me abran, si es que me abren.

D. SAL. (Con mal tono.) No sea usted pesado; yo soy el amo de la casa y le pregunto á usted qué quiere y á quién busca.

HOMBRE Eso es otra cosa. Busco á una señorita que me dijo, el que me lo dijo, que era muy valiente.

VAL. (Adelantándose.) ¿Dijo Valentina?

HOMBRE Eso mismo, Valentina.

VAL. Yo soy.

HOMBRE ¿Usted es Valentina? ¿Usted es la de la casa?

VAL. Acabe usted, ¿qué quiere?

HOMBRE Nada. Digo, sí. Este papelito que me dió ese mozo *cruo* que está á la vuelta. (Le da una carta, acercándose mucho para verla.)

D. SAL. (De fijo, es de Leoncio) (Aparte. Valentina toma la carta asaltada de un presentimiento vago; rompe el sobre; procura leerla, no puede y se aproxima á uno de los faroles de la verja.)

VAL. Venga... No puedo... Aquí sí... A ver... ¡Ah! (Ahogando un grito de alegría; mirando alrededor; vacilando; conteniéndose y leyendo, pero sin poder dominar su emoción. Don Salustio acude á sostenerla Esta escena muda queda encomendada á la actriz.)

HOMBRE Le hace impresión la carta.

VAL. (Al concluir, volviéndose con violencia y sin poder dominarse, dirigiéndose al hombre de la carta.) ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Que sí!... ¡Pronto!

HOMBRE Conque, «*¿sí?*» (Riendo.) ¡Vaya, pues, á la paz de Dios! (Sale resueltamente por la izquierda.)

ESCENA X

VALENTINA y DON SALUSTIO. Al marcharse el hombre, Valentina se abraza á don Salustio con grandes demostraciones de alegría, enseñando el papel, riendo, llorando, mirando á todas partes, casi sin poder hablar. Una emoción profunda y compleja, que la actriz interpretará como crea conveniente

VAL. ¡Es él!... ¡Está libre!.. ¡Ha venido!... ¡Mire usted!... ¡Mire usted!... (Enseñándole la carta, pero sin dársela) ¡Y todavía me quiere!... ¿Le parece á usted?... ¿Es esto posible?... ¡Y esta noche huye!... Pero, ¡usted no dice nada!... ¿Usted no se alegra?... ¡Es de Leoncio, de Leoncio! (Enseñándole otra vez el papel. Le da un abrazo; don Salustio la abraza riendo.) ¿Pero usted es de piedra?

D. SAL. ¡Y tú, en cambio, de pólvora! ¡De dinamita! ¡Ea!... ¡la explosión! Yo sabía *todo eso*. Y *por eso* estaba más tranquilo que tú.

VAL. Pero Leoncio vendrá en seguida y es preciso que se vayan todos. Échelos usted de cualquier manera. Dígales usted que con la noticia que me ha dado Lucía, me he puesto muy mala. ¡Lo ve usted! ¡Yo tengo que pensar en todo!

D. SAL. Pero, ¡si no me dejas! ¡Si me aturdes! Allá voy. Buena idea. Que te has puesto *mala*, y que yo al verte mala, me he puesto *malo*. (Dice esto dirigiéndose al hotel.) ¡Justo, justo! Pero, ¡esto es mentir descaradamente!

VAL. ¡Qué importa!... ¡Pronto! (Empujándole con cariño.) Vamos.. por mí... por él...

D. SAL. Sí, por los dos. ¡Ah!... y les echaré por la otra puerta para que no pasen por aquí... no haga el diablo que llegue Leoncio al mismo tiempo. Y mira, yo saldré también á explorar los alrededores.

ESCENA XI

VALENTINA; después LEONCIO

VAL. ¡Libre!... ¡Al *Yacht*!... ¡A Inglaterra!... ¡Ya no caerá en esos infiernos de negruras y podredumbre! ¡Parece mentira! ¡Verle! (Mirando el papel) ¡Parece mentira! ¡Ni una palabra de enojo! ¡Qué bueno, qué cariñoso, qué humilde! (Repasando la carta, ó de memoria ó á la luz del farol.) «Valentina, ¿quieres verme por última vez? Si quieres verme, no tienes más que decir al que lleve esta carta: *Sí.*» Ya se lo dije. Me parece que se lo dije bien claro. ¡Ay, Virgen mía, me muero de impaciencia y me ahogo de angustia! ¡Si le cogiesen otra vez!... ¡Y á él no le importa la vida!... ¡Se dejaría matar!... ¡Por mí, por Valentina, le es la vida odiosa!.. ¡Leoncio!... ¡Leoncio!... ¡Perdón!... (Cae en un banco y se cubre el rostro con las manos. Después se levanta Valentina, apoyada en pie contra la verja y esperando. Leoncio por el fondo izquierda. La escena, iluminada por la luna. Cuando sea posible verla rielar sobre el mar, esto dará carácter poético á las escenas finales.) ¡Cuánto tarda!... ¡Ah!.. ¡Allí veo una sombra! ¡Es un hombre: un hombre que se acerca con precaución! ¿Será él?

LEON. ¡El hotel... la verja!... En la verja hay alguien. Es una mujer. ¿Será ella?

VAL. ¡Yo creo que es él! (Avanzando un poco más.)

LEON. ¡Yo quiero ver si es ella!

VAL. ¡Leoncio! (Dando unos pasos más.)

LEON. ¡Valentina! (Precipitándose: se abrazan con pasión.) ¡Valentina... mi Valentina!

VAL. ¡Calla... calla, por Dios!... ¡Ven!... ¡Silencio! (En voz baja, y queriendo llevarle hacia el hotel.)

LEON. ¿Pero tú me esperabas?... ¿Pero tú me abrazas?... ¿Pero tú sabes que este es el primer abrazo que me das desde que éramos niños?

VAL. ¡Yo no lo sé!... ¡No me acuerdo!... ¡Pero habla bajo! Vamos adentro.

LEON. No, espera: antes de entrar, has de decirme muchas cosas. Y no me hables con el desabrimiento de siempre. ¡Mira que he sido muy desdichado! ¡Por Dios, Valentina, dime palabras de consuelo! (Con mucha dulzura y humildad.) Contesta á mis preguntas. (La sienta en el banco que está junto á la verja, pero de modo que se les vea de frente.)

VAL. Sí; pero pronto, porque no hay tiempo. Pregunta y yo te contestaré á todo. ¡Ya verás.. ya verás... no como otras veces! (Precipitándose ella á dar las preguntas y las respuestas, sin esperar á que él hable, y aun interrumpiéndole cuando quiere hablar) ¿Tú me dices *que he sido muy mala*? Sí, he sido muy mala. ¿Que *si estoy arrepentida*? Sí, estoy arrepentida. ¿Que *si daría mi vida por tí*? La daría. ¿Que *si te quise siempre*? Sí, siempre; cuanto más te atormentaba, más te quería. ¿Que soy una loca, una imbécil, una ingrata? Sí, todo eso lo soy. Pero, ahora, tú puedes vengarte con una sola palabra. Díme: «*pues ya no te quiero*». Y, mira, Dios con todo su poder y todos sus infiernos, no podría castigarme ni con más justicia, ni con más crueldad! ¡Conque á ver, á ver lo que tú haces de tu Valentina!

LEON. (La oye transportado de alegría; quiere interrumpirla, y no puede. Le coge las dos manos, la mira riendo y llorando, y se abraza á ella casi sin poder hablar.) ¡Valentina... Valentina! .. ¿Preguntas qué voy á hacer? Pues esto, esto... yo no sé hacer más, ni sé contestar más.

VAL. Leoncio, ¿me perdonas?

LEON. ¡Ah! ¡si no te perdonase, ya sé yo un buen castigo!

VAL. ¿Cuál? ¿El que yo dije?

LEON. No. Decirte: «¿No quisiste casarte conmigo antes? Pues cásate ahora.»

VAL. ¿Y no vas á decirlo? ¿No lo dices?... ¡Entonces, ya encontraste mi castigo! (Se separa al otro extremo del banco y rompe á llorar.)

LEON. No te apures, tonta, ¡*que sí lo digo*! Ahora no tengo nada, no soy nada: el presidio ó la muerte en perspectiva. Valentina, ¿quieres ser mi mujer?

VAL. ¡*Ahora sí*! ¡*Ahora sí*!... ¡No te arrepientas de lo que has dicho! ¡Tuya! ¡en la miseria, en el destierro, en el presidio, en la muerte! ¡A donde tú vayas! ¡á donde tú caigas! ¡á donde tú ruedes! ¡En cuanto sepa dónde estás, yo iré á buscarte! ¡Si tú me recibes, seré tú mujer! ¡Si subes, subiré contigo: si te hundes, en ese mar nos hundiremos abrazados para beber en la agonía la misma bocanada de sal!

LEON. ¡Dios mío, si no creo lo que te oigo! ¡Tú eres otra!

VAL. Bobo, soy la misma.

LEON. ¡Pero si nunca me has dicho estas cosas!

VAL. Porque tú eras muy torpe y no me entendías. Pero esto es lo que te he dicho siempre. Sólo que entonces me daba vergüenza decirlo de este modo. Te veía feliz, poderoso, y en vez de decirte *te amo*, te decía *te odio*; pero, ¿qué importan las palabras? ¿Quién hace caso de ellas? *Del corazón* hace caso Dios, porque su amor es divino; y del corazón hacen caso los que aman... ¡como yo! Conque á ver si me entiendes ahora, ¡que yo no encuentro palabras!

LEON. Valentina, aquel Leoncio miserable y torpe que no te comprendía, murió la noche en que quiso morir por tí; porque le dijeron... que su Valentina... (Recuerda el conato de suicidio.)

VAL. ¡Lo sé!

LEON. Este Leoncio se va esta noche, porque no quiere que vayas *á la reja de la cárcel, ni á darle penitas ní á quitárselas*... (Procurando bromear, pero muy conmovido.) Pero te llamaré muy pronto. ¿Irás?... ¿Irás á buscarme?

VAL. ¡Iré! ¡Te lo juro por mi Dios y por mi madre!

LEON. ¿Y serás feliz?

VAL. ¡Lo seré!

LEON. ¿Y serás mi ángel bueno?

VAL. Tu ángel, no sé. Tu Valentina, sí. Y tú, ¿me perdonas?

LEON. ¿Qué he de perdonarte, niña mía?

VAL. El mal que te hice.

LEON. Por él te quiero más; luego no fué *mal*, sino bien; tú lo has dicho. ¡Bendita sea la mano que me azotó hasta punto de sangre, si fué para beberla hoy con sus labios y mezclarla á la suya! ¡Azota, azota más y bebe más!

VAL. (Con ternura; pero de pronto como despertando de un sueño, al recordar en la situación en que están.) ¡Ay, que hablamos y hablamos, sin pensar que ya es hora! (Señalando hacia el mar.)

LEON. ¿De qué?

VAL. De irte.

LEON. Es temprano.

VAL. Mira, la chimenea del *Yacht* está humeando; y aquel punto negro es el bote que viene á buscarte. (Llevándole hacia el pretil del muelle.)

LEON. No es humo, son nubes. Y yo no veo ningún punto negro. No veo más que el río de plata que la luna tiende sobre el oleaje al rielar en las aguas.

VAL. Sí, es humo, es humo; ¡mira cómo el viento lo deshace! Y el bote, ¿no lo ves? Ahora entró en ese río de plata que dices.

LEON. ¿Qué importa? Deja que se deshaga el humo, que otro vendrá después. Deja que el bote se acerque, que todavía no llegó, y el río de luz es muy largo.

VAL. ¡Pero hay que esperar al bote!

LEON. ¿Dónde mejor que aquí?

VAL. Al pie de esa escalerilla.

LEON. Si tú me acompañas...

VAL. ¡Hasta que toque con las olas, hasta que se mojen mis pies como aquel día.

LEON. Mira que los escalones están resbaladizos.

VAL. Tú me sostendrás.

LEON. ¿Como para subir al *Yacht*?

VAL. No sé. Eso tú has de decirlo.

LEON. Pues vamos.

VAL. Vamos

ESCENA XII

VALENTINA, LEONCIO y FELIPE. Valentina y Leoncio se preparan á bajar por la escalerilla del muelle. Felipe entra por la derecha con muestras de alarma

FEL. ¡Leoncio!... ¡Leoncio!..

VAL. (Volviéndose rápidamente.) ¿Quién es?

LEON. (Lo mismo y adelantándose.) ¡Felipe!...

FEL. ¿A dónde va usted?

LEON. Al bote.

FEL. No ha llegado aún.

VAL. Por allí viene.

FEL. Tardará un rato.

VAL. Pues aguardaremos.

FEL. (Con ansiedad.) Aquí no. Gente sospechosa anda por estos alrededores; deben ser de la policía secreta

LEON. Alarma sin motivo.

FEL. ¡No sea usted insensato! Se sabe que ha llegado usted; le dan á usted caza. Vamos adentro.

VAL. Sí, Leoncio. Dentro esperaremos que llegue el bote.

LEON. Dentro, no. Eso sería dejarme coger como en una ratonera; no podría salir. Yo necesito espacio y camino franco. A mí no me cogen vivo. Se acabaron los cerrojos. Ya no echan sobre mí, sino en todo caso los de la puerta del camposanto.

VAL (Abrazándose á él.) ¡No digas eso, ó déjame pasar delante!

LEON. ¡Que vengan: lucharé, y si me queda vida, a nado alcanzaré el *Yacht*!

FEL Pues vamos por esas callejas.

LEON. Vamos, que no me cogen desprevenido; armas llevo. (Riendo con risa de supremo desprecio.)

VAL. ¡Leoncio! ¡Leoncio! (Queriendo detenerle; luego se domina y ella misma le empuja.) ¡Ea!... ¡Basta!... ¡Pronto!

LEON. Para despedirme de ti... ¡ya volveré!

VAL. ¡No!... ¡Sí!... ¡Vete!...

FEL. ¡Por fin! (Con enojo celoso. Salen Leoncio y Felipe por la derecha.)

ESCENA XIII

VALENTINA; después, cuando el diálogo lo indica, LEONCIO, DON SALUSTIO y FELIPE

VAL. (Observando.) ¡No encuentran á nadie! ¡Sí!... ¡un hombre se acerca!... ¡Dios mío!... ¡Ah!... ¡es don Salustio!... ¡Qué miedo tuve! ¡Y se abrazan! ¡qué imprudencia!... ¡Se alejan los tres!... ¡ya no se les ve! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡que ya falta muy poco para que se salve!... ¡Qué ansiedad!... ¡qué angustia!... ¡Virgen mía!... ¡Ruido de remos!... (Asomándose al pretil.) ¡Ya está aquí el bote! ¡Gracias al cielo! ¡Si no se hubiese marchado, ahora tenía buena ocasión! ¡Mala fué la idea de Felipe! ¡Ah!... ¿qué es aquello? (Precipitándose á la derecha para observar.) ¡Se oyen voces!... «¡ataja, ataja!» dicen. ¡Y unos hombres corren! (Se oyen dos ó tres disparos de revólver, pero con poca intensidad, como á lo lejos.) ¡Jesús mil veces!.. ¡Era verdad!... ¡Le dan caza!... ¡Leoncio!... ¡mi Leoncio!... ¿Qué ha pasado? (Con terror. Pausa pequeña.) ¡Ah!... ¡por fin!... ¡Gracias, Dios mío! ¡Allí viene... ¡sí... es él... con don Salustio y con Felipe!... ¡Pero vacila!... ¡viene herido!... ¡Leoncio!... (Precipitándose en sus brazos. Entran Leoncio, don Salustio y Felipe. Leoncio viene en efecto herido, pero camina por su pie, aunque sin firmeza y ayudado un poco por Felipe y don Salustio. Todos vienen al primer término.) ¡Leoncio!... ¡Mi Leoncio!...

LEON. ¡Valentina!

VAL. ¿Herido?...

LEON. Sí. Pero no te asustes; estoy seguro que resbaló la bala!

D. SAL. ¡Yo creo que no tiene importancia! Si el bote vino... al bote.

VAL. Ya lo tienes ahí.

FEL. Pues, vamos. ¡Esos hombres volverán!...

VAL. Sí... Adiós... ¡Vete!... ¡Pero, Dios mío, esa herida!... Tú dices que no es nada... Yo toco sangre...

LEON. Naturalmente, (Bromeando.) una herida ha de tener sangre. (Abrazándola.) ¡Adiós... adiós!... (Vacila un poco.) Yo creo que no vale nada; pero si por casualidad me muriese... ¡Morir lejos de tí!...

VAL. ¡No digas eso!...

FEL. ¡Pronto!

D. SAL. ¡Ea!... ¡El hombre es hombre!... Más vale curar la herida en el *Yacht*, que en la cárcel.

VAL. Y si es grave, ¿quién la curará? (Entre Felipe y don Salustio le han ido acercando al muelle sin que él oponga gran resistencia, porque pierde fuerzas por la pérdida de sangre.)

LEON. (Ya cerca del pretil, pero en pie siempre, á Valentína, que ha quedado en primer término.) ¡Adiós, Valentina!... ¡Yo no quisiera que me separasen de tí!

VAL. ¡Ni yo tampoco!... (Con voz ahogada, tendiendo los brazos, pero sin atreverse á resistir.)

LEON. ¿Y si no te veo nunca?

VAL. ¡Me verás! (Con energía, como tomando una resolución suprema.)

LEON. ¿Cómo, si nos separan?

VAL. ¡Yendo á bustarte!...

LEON ¿Cuándo?

VAL. ¡Ahora! (Se precipita á él y le abraza.)

FEL. ¡Que vienen esos hombres! ¡Basta de locuras!

VAL. ¡Pues vamos, Leoncio!

LEON. ¡Dios mío! ¿No me engañas?

VAL. ¡No!

D. SAL. Pero, ¿qué dices?

VAL. ¡Que me voy!

D. SAL. ¿A dónde?

VAL. ¡A dónde él vaya!

D. SAL. ¿A qué?

VAL. ¡A vivir con él, si él vive; á morir con él, si él muere!

FEL. ¡Valentina!

D. SAL. Pero, ¿qué te propones?... ¿Y tu buen nombre, y tu reputación, y tu honra?

VAL. ¿No dicen que todo eso quedó en el *Yacht*? ¡Pues á buscarlo voy! ¡Adiós, padre mío! ¡Adiós, Felipe!... ¡Leoncio, yo te ayudaré á bajar!

LEON. No; aún me queda sangre y aún me quedan fuerzas. Yo te bajaré en brazos, ¡que no he de ser menos valiente que mi Valentona!

VAL. ¡Leoncio!

D. SAL. (Queriendo detenerla.) ¡Valentina!

FEL. ¡Valentina!

LEON. ¡No teman ustedes! Al estrecharla contra mi pecho, en la sangre con que la mancho, va el alma que la entre. Valentina, tan segura y tan honrada vas en mis brazos como irías en los de tu madre. Si vivo, serás mi esposa; si muero, serás el ángel que vele por Leoncio. (Desaparecen por la escalerilla Lo poético sería, si el galán tuviese buenos puños y la escalerilla bastante profundidad, que bajase en brazos á Valentina: se les vería desaparecer lentamente y sobre ellos el horizonte del cielo y el mar. Felipe queda en pie mirando el pretil Don Salustio un poco más retirado.)

FEL. Ya están en salvo: ¡que sea feliz!

D. SAL. Que sean felices. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Aunque en el pensamiento del autor el Epílogo es de *necesidad lógica*, sin embargo, las Empresas teatrales que lo crean oportuno podrán suprimirlo, terminando la obra en el acto tercero, de este modo:

Al pronunciar Leoncio sus últimas palabras y después de llegar á la verja se detiene, y como atraído por Valentina, vuelve á acercarse á ella don Salustio sin que lo note ninguno de los dos.

D. SAL. Pero, ¿no le quieres?

VAL. ¡Más que á mi alma! (Dice esta en voz alta, sin poder contenerse.)

LEON. (Precipitándose á ella y cogiéndola en sus brazos.) ¡Entonces, eres mía!

VAL. (Desprendiéndose.) ¡No!... ¡Eso no!

D. SAL. Acabe la locura y mande una vez la prudencia. ¡Sí, es tuya! (A Leoncio.) ¡Y así la merezcan tus obras como ha sabido ganarla tu amor!

VAL. (Protestando débilmente.) ¡Padre mío!

D. SAL. El que no quiera que le trague el mar, que no se meta mar adentro. Quédese en la orilla. Y aun en ella no estará seguro, que hay olas tempestuosas que la barren y marea creciente que la inunda.

FINAL

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa-

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, dráma en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición) Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.


3 0112 117456811